Ángel Ganivet

Cartas finlandesas
Hombres del Norte

DESPUESDE
CELEBRAR
COMOMERECEEL
COSMOPOLITISMO
DELOSGRA



Cartas finlandesas surge de la idea de Ganivet de contar a sus amigos granadinos cómo era aquella tierra tan distinta y tan alejada de España no solo geográficamente. Su irónica mirada recorre las tradiciones y costumbres de ese país nórdico, desde cómo comen hasta «cómo se mueren los finlandeses». En el diálogo que establece entre la sociedad finlandesa y la española analiza la España de finales del siglo XIX de una manera muy certera.

Hombres del Norte son seis ensayos sobre los más representativos escritores noruegos de la época. En ellos nos acerca la gran literatura escandinava desde una mentalidad meridional. Nórdica publica estos dos textos porque reconocen en el espíritu de Ganivet el deseo de dar a conocer la cultura de los países nórdicos.

Ángel Ganivet

Cartas finlandesas - Hombres del Norte

ePub r1.0
Titivillus 18-09-2020

Ángel Ganivet, 1898

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Cartas finlandesas

- I -

Después de celebrar como merece el cosmopolitismo de los granadinos, el corresponsal declara sus propósitos

Varios amigos míos granadinos, miembros de la tan ilustre como desconocida *Cofradía del Avellano*, me han escrito pidiéndome noticias de estos apartados países, en la creencia de que las tales noticias, aparte de los atractivos con que yo pudiera engalanarlas, tendrían de fijo uno muy esencial, el de ser *frescas*; porque la imaginación meridional, reforzada por el desconocimiento, no ya meridional, sino universal, que de este rincón del mundo se tiene, concibe a su antojo cuadros boreales, en que figuran los hombres enterrados debajo de la nieve y saliendo de vez en cuando para respirar al aire libre y fumar un cigarro en agradable conversación con los renos, los osos y las focas.

No soy yo hombre capaz de negarme a satisfacer los deseos de mis amigos, singularmente cuando lo que me piden es razonable y poco trabajoso; así es que me decidí a escribir varias cartas, hablando a cada uno de los peticionarios de lo que más pudiera interesarle y gustarle, y abrazando en conjunto desde la constitución geológica, etnográfica y política, artes, cocina o indumentaria, hasta los procedimientos que se emplean para encender el fuego y hacer las camas. Pero después, pensándolo mejor, caí en la cuenta de que no era justo reservar en beneficio de unos pocos un trabajo que, malo o bueno, había de contener tantas noticias nuevas y curiosas, y formé el propósito de callarme hasta el día 1.º de octubre, que es el de la apertura de los centros docentes, y ese día abrir mi cátedra como el más pintado, y explicar un curso libre por medio de cartas dirigidas en particular a mis amigos, y en general a todo el que quisiera matricularse en la administración de *El Defensor de Granada*. Ese día es el de hoy, y lo que pensé va a convertirse en hecho visible y palpable.

El procedimiento es un tanto revolucionario; pero los usos no nacieron todos a la vez: el mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra, y lo que falta son maestros y discípulos: yo no soy maestro, lo reconozco; pero en caso de apuro puedo ejercer de suplente, auxiliar o supernumerario, no tan mal como muchos que he conocido en mi vida estudiantil, dicho sea sin ofensa de nadie. Y por lo que hace a mis discípulos, lo serán muy a gusto, aunque por culpa mía con escaso provecho, todos los granadinos de buena casta, los cuales son por naturaleza cosmopolitas y muy aficionados a conocer países extranjeros. He notado que, en los años juveniles, a todos nosotros se nos mete en el cuerpo, juntamente con los primeros sobresaltos eróticos, una pasión violenta por conocer nuevas gentes y nuevos climas, sin duda para sacudir el yugo del amor y de las prosaicas complicaciones que acarrea. Y si muchos, casi todos, se mueren sin haber logrado más que dar una escapadita a Málaga para ver lo que es el mar, recaiga toda la culpa sobre el mal servicio de ferrocarriles y sobre la «crisis por que atraviesan las tres fuerzas vivas del país: la agricultura, la industria y el comercio».

Hallábame yo un día paseándome por el Grao de Valencia, y se me ocurrió entrar en cierto burdel a mano derecha yendo hacia el puerto, para saborear la legítima paella valenciana, que a la puerta estaba anunciada en un cartelillo tan sucio como falto de ortografía; y una vez dentro de aquel tugurio o cuadra, y en posesión de mi apetecido plato de paella, de exquisita paella, vi que en el centro del comedor, entre las mesas, comenzaba a perorar un hombre joven y simpático, que de frente parecía un tribuno y de perfil un banderillero, a causa de lo largo de sus brazos y de lo desmedrado de su chaqueta; y lo que me llenó de admiración fue oírle hablar de Granada, de la grandeza mayestática de nuestra Sierra, de la hermosura de nuestra Vega y de la umbrosidad apacible de los bosques de la Alhambra. Todos los comensales, que eran muchos, estaban suspensos y como colgados de la palabra del orador, y entre los platos y las bocas, las cucharas hacían varias estaciones. Yo no quise interrumpir tan bella disertación, por no cortar los vuelos a mi paisano (más que paisano, puesto que luego declaró ser nativo del Campo del Príncipe y, por tanto, greñudo auténtico), quien, dicho sea entre paréntesis, se despachaba a su gusto, es decir, que entre cada dos verdades metía un embuste como una piedra de molino; pero pensaba que, si las manos del disertante no denunciaran su oficio de sombrerero, cualquiera le tomaría por un bardo popular, famélico y errabundo, inspirado por la musa granadina, ingrata doncella que se hace amar a fuerza de desdenes.

Y en verdad, aunque el progreso de los tiempos haya transformado los laúdes en planchas u otros instrumentos de trabajo y las estrofas rítmicas en prosa hinchada e hiperbólica, yo creo que el espíritu popular no ha cambiado; que en él se conserva perenne el sentimiento de la belleza natural, renovador y purificador del arte. El pobre cantor del Grao de Valencia no es solo: en muchas ciudades y pueblos de España, donde yo menos podía imaginármelo, he encontrado granadinos, casi todos del gremio de sombreros, que sea por la crisis por que suele pasar, sea por lo «socorrido» del oficio, es el que da más aliento a la emigración; algunos establecidos decentemente; los más en míseros portales con un mostrador, un escaparate y dos sillas, todo de lance, amén de los moldes, planchas y sombrereras. En estos humildes centros, que a veces son terribles focos políticos, está depositada la representación del pueblo granadino en las «cortes extranjeras». ¿Y quién sabe todavía si nuestros sombrereros no se decidirán a aprender idiomas y a derramarse por todo el mundo, con gran provecho para nuestra fama?

Parecería más lógico que Granada, ciudad morisca, estuviese representada por vendedores de babuchas, que no que lo esté principalmente por artífices de una prenda que los moros jamás usaron ni quieren, con excelente acuerdo, usar, no obstante el empeño con que los paladines de la civilización pretenden adornarlos, no ya con sombreros, sino hasta con camisas almidonadas, corbatas y guantes. Pero las cosas son así: no seamos exigentes y conformémonos con que haya en España quien sea vocero de nuestro renombre y quien demuestre prácticamente que somos un pueblo amante de la expansión, de ver mundo, de sacudirnos el polvo, sin olvidar la tierra nativa, por más malos tratos que en ella hayamos recibido.

Para que nadie tenga nada que agradecerme, diré que yo vivo en este país a costa de España, y que aunque no haya ningún artículo de reglamento que me obligue a escribir a mis paisanos, no hay tampoco ninguno que me lo prohíba; de suerte que soy libre para pensar como pienso que estoy obligado, y, con el sueldo que me pagan, pagado. —Otro uso nuevo, dirán mis discípulos. —No tan nuevo, contestaré yo, puesto que los célebres agentes políticos que las repúblicas italianas enviaban al extranjero, los tan decantados venecianos y florentinos, no eran más que corresponsales de periódico, habilísimos gacetilleros, injertados en políticos sutiles, que escribían sobre todas las cosas con la mayor libertad y desenfado, y nos dejaron cuadros admirables de los países en que habitaban, mientras que los diplomáticos que se consideraban «seres superiores» escribían despachos

apelmazados y hueros, útiles solo, en general, para que los roan los ratones en los archivos. Nada hay más hermoso en el mundo que la llaneza y la naturalidad, y en gran error viven los que se rodean de misterios, que el tiempo se encarga de aclarar y de presentar ante nuestros ojos como envoltura de ridículas vulgaridades. Las ideas que los hombres tenemos deben ser como piedras, y los cargos que ejercemos como cántaros: ocurra lo que ocurra, debe romperse el cántaro. Cargos hay muchos e ideas pocas; respetemos la pureza de nuestras ideas y no la alteremos en beneficio de los fugaces intereses de nuestro medro personal, exagerado o mal comprendido.

No me gusta imitar a nadie; mas, si lo pretendiera, vemos que no faltan modelos, y de los mejores, y, a mucho apurar la materia, yo podría ser tan florentino como el mismísimo Maquiavelo, porque no nací en ningún villorrio, sino en una gran ciudad, que, por tener entre sus nombres históricos el de *Florentia*, da derecho a sus hijos a que usen el sobrenombre de florentinos, aunque sean más romos que un colchón.

A fuer de hombre honrado, he de declarar que el deseo de ser útil a mis conciudadanos no me ha forzado hasta el punto de obligarme a hacer cosas distintas de las que hubiera hecho en cualquiera ocasión; no se crea que escribo entre promontorios de libros y papeles: el único libro que tengo a mano es el de *Adressbok* o *Guía de la ciudad*. No trato de hacer un estudio científico: voy sencillamente a exponer las «ideas que se le ocurren a un español que por casualidad habita en Finlandia». Hablo de lo que veo y lo que oigo, o de lo que «semiveo» y «semioigo»: porque en cuanto al oír, como me hablan en varias lenguas, es posible que entienda muchas cosas al revés, y en cuanto al ver, como tengo la desgracia de distraerme con frecuencia, no veo las cosas por todos sus aspectos, y a veces no las veo por ninguno, porque imito a los gatos del tío Marcos, famosos gatos granadinos de quienes cuenta la tradición que cerraban los ojos por no ver los ratones.

No es esto decir que no lea libros: leo muchos, así como revistas y periódicos y cuantos papeles caen en mis manos, pero no tomo nunca notas; y en cuanto leo un libro, estoy deseando darlo. Algunas personas me han preguntado: —¿Cómo, si cree usted que este libro es tan bueno, me lo da y se queda sin él? —Porque lo he leído —contesto yo—, y ya no me hace falta. —Pero ¿y si desea después consultarlo para recordar algún detalle que se le olvidó? —Lo que se olvida se debe olvidar —afirmo yo, con un fatalismo estético que a las personas tímidas las descorazona—. Y esto no es una

«salida»: es un axioma, algo indiscutible, permanente e inmutable. Si de las ideas de un libro las unas se me quedan y las otras se me van, es porque las unas son concordantes con mi espíritu y las otras no, o porque, según mi modo de ver, las unas son más importantes que las otras. Si por un esfuerzo de la voluntad mantengo todas las ideas con el mismo relieve ante mis ojos, cometo un atentado contra mi inteligencia. Un hombre que pretendiera mover un objeto pesado por medio de la meditación, en vez de acudir al empleo de la fuerza, sería desde luego tenido por grandísimo loco, y, en cambio, se admira a quien pretende crear obras de la inteligencia apoyándose sobre la voluntad, y se acepta como verdad inconcusa que un hombre de genio debe llevar tras de sí tres o cuatro mozos de cuerda.

Las obras humanas han de ser creadas humanamente por procedimientos humanos. Cambian las ideas porque cambian las cosas y los hombres, pero la naturaleza del enlace del hombre con las cosas no cambia. Un sabio puede componer un muñeco perfectísimo que parezca un niño de verdad, y que, por medio de una corriente eléctrica y de un aparatito fonográfico, gesticule y hable como un gracioso orador; pero, si quiere ser padre efectivo, no tiene más remedio que resignarse y hacer lo que hace el más rústico ganapán. El que quiera hacer algo humano no tiene que andarse en quebraderos de cabeza: que diga lo que piensa como lo piensa, y esté seguro de que, por muy malo que sea lo que haga, no será peor que lo que haría violentándose. Yo no soy escultor; pero si cojo el cincel y esculpo en una piedra una figura a mi capricho, saldré más airoso que si comprase varios fragmentos de estatua y a fuerza de paciencia llegara a formar con ellos una estatua de artificio.

Puesto que voy a hablar de cosas de Finlandia, nada más natural que decir que este Gran Ducado tiene tal extensión y tantos habitantes, y que su capital, Helsingfors, es población de tantos miles de almas. No sería difícil hacerlo así, porque he tenido necesidad de buscar esas cifras y aún las conservo en la memoria; pero no haya temor: no las escribiré. No quiero inaugurar mis explicaciones llenando la cabeza de mis alumnos de cifras inútiles. Yo he preguntado aquí a personas de diferentes categorías sociales, y ninguna las conocía con exactitud: así, pues, no he de ser más papista que el Papa; si las gentes que aquí viven y que de aquí son no quieren molestarse en retener en la memoria esos datos, no veo la necesidad que tengan de conocerlos mis compatricios, que viven a tan larga distancia. Baste saber que este país es grande, mayor que Italia y menor que España; pero muy poco poblado. En el Sur, o sea en la verdadera Finlandia, viven con holgura unos dos millones y

medio de individuos, y en el Norte, en la Laponia, habitan los lapones, que no pasan de seis mil. En cuanto a Helsingfors, es capital moderna, que ha crecido como la espuma, y tiene, según unos, de sesenta a setenta mil habitantes, y, según otros, de setenta a ochenta mil, indicando esta vaguedad que se confía en ir subiendo y en llegar a la cifra a que hoy no se llega. Para resolver la duda, he llamado a mi *staerdeska*, una vieja muy lista y experimentada, y le he preguntado: «A su juicio de usted, ¿cuántos habitantes tiene Helsingfors?». Y mi criada, después de sacar los labios hacia afuera en forma de trompa, sin duda para concentrar la atención, me ha dicho: «*Jag tror omkring sjuttiotusen*». Lo cual, vertido al cristiano, quiere decir: «Me parece que setenta mil, poco más o menos». Sospecho que esta buena mujer me va a prestar grandes servicios, aparte de los que me presta limpiándome la casa. Desde ahora mismo la nombro pasante de mi escuela.

- II -

Vistazo general a los más importantes grupos étnicos de europa, y en particular al grupo escandinavo, y más en particular todavía al pequeño núcleo finlandés

Cuando yo vivía en Madrid, concurría asiduamente al Ateneo. La noticia de seguro no le interesa a nadie; pero a mí sí, porque conviene saber que yo nací refractario a la asociación, y que ni en Granada ni fuera de Granada he formado parte de ninguna sociedad. En Madrid llegué a inscribirme en algunas y a pagar las cuotas, pero a nada más; a la Academia de Jurisprudencia fui dos o tres veces, y me retiré por incompatibilidad de humores con la parva de ministros en agraz que por allí pululaba. El único hombre de talento a quien oí discurrir entre tantos abogados era y es —cosas de España— un médico, el doctor Jaime Vera, que luego se pasó «sin armas ni bagajes» a las filas del socialismo. Así, pues, el ser yo concurrente asiduo del Ateneo, aunque no llegara a leer el Reglamento ni a intervenir en votaciones ni discusiones, revela que el Ateneo es la única sociedad de España que encaja en mis gustos, declaración previa que me autoriza para decir, sin que nadie piense que soy enemigo de tan famosa institución, que lo bueno que allí hay es el espíritu amplio, tolerante, familiar y protector que supieron crear con su presencia y adhesión desinteresada algunos hombres superiores, que ya se murieron o tardarán poco en morirse. En cuanto a la juventud que entra de refresco, «peor es meneallo».

Un ateneísta joven, pues, profundo conocedor de la política europea, explicaba un día ante numerosos circunstantes boquiabiertos el mecanismo de la política continental, mediante un sistema curioso; por lo visto, andaba escaso de nutrición, pues todo lo arreglaba con «pan». Panamericanismo, panlatinismo, pangermanismo, paneslavismo y panescandinavismo. Según él

—y lo peor es que aquel día formó un plantel de hombres de Estado—, los hombres se habían decidido ya a formar núcleos superiores a las nacionalidades: «cada oveja con su pareja»; ya que no podamos ser todos hermanos, unámonos por lo menos en grupos similares y sepamos a qué atenernos. Yo estaba que un sudor se me iba y otro se me venía, porque pensaba en mis adentros: «Si a este hombre, o lo que sea, se le ocurre catarme la sangre, de seguro que me incorpora a la cabila de Mazuza».

Todos sabemos, porque nos llega más de cerca, lo que es el panlatinismo: es una idea generosa que viene a los postres de los banquetes, al ruido de los taponazos que lanza el vino espumoso, cuando los hombres, bien comidos y bien bebidos, se sienten hermanos de todos sus semejantes, aunque sean de raza negra, y aun de los monos antropomorfos. Pues bien; como el panlatinismo es todo lo demás. No existen naciones de raza única, ni hay para qué atender a tan ridículos exclusivismos. Si se habla de pueblos latinos, ¿qué hacemos con Bélgica donde hay flamencos que son del grupo germánico, y valones que son latinos, con iguales títulos que los «galos»; qué con Suiza, donde hay alemanes, franceses e italianos; qué con los flamencos franceses, tan apegados a su lengua tradicional como los belgas, y qué con los vascos, que ni siquiera pertenecen al tipo general con el que Haeckel formó su homo mediterraneus?

Así también, para llegar al pangermanismo habría que deshacer media Europa. Alemania tendrá que prescindir de sus provincias polacas y de los franceses de Lorena, y Austria se descoyuntaría en grupos alemán, húngaro, polaco, latino, eslavo, servio y hasta turco, y alguno de estos grupos, el húngaro, tendría que comunicarse por un túnel subterráneo con los finlandeses, que son sus hermanos de raza. Pues, oyendo hablar de paneslavismo al disertante de mi cuento, se ponía la carne de gallina. Veía uno venir a los rusos, no ya por las Ventas de Alcorcón: por la misma calle del Prado, y entrar al galope por las puertas del Ateneo, como aquellos temibles cosacos a quienes el calenturiento Espronceda decía: «La sangrienta ración de carne cruda, bajo la silla, sentiréis hervir». Y he visto soldados rusos, y creo que lo que desean, como todos los de Europa, es concluir sus años de servicio para marcharse a sus casas a vivir en paz con sus familias, o a casarse con sus novias y contribuir en la medida de sus fuerzas a la propagación de nuestra especie.

Cuando se habla de los escandinavos, se cree comúnmente que desean formar también un núcleo político superior en que quedaran comprendidas Suecia y Noruega, Dinamarca y Finlandia; y al leer que Rusia ha adoptado medidas enérgicas para «rusificar» a los finlandeses, se piensa que todos los escandinavos entrarán en efervescencia y montarán en cólera contra las medidas de opresión. Nada más lejos de la realidad: los dinamarqueses, noruegos y suecos, que vistos desde lejos parecen hermanos, de cerca son menos que primos; hasta las lenguas que hablan, que parecen poco diferentes y que de hecho difieren poco al leerlas, son muy distintas al pronunciarlas.

Y la pronunciación no es grano de anís, pues con ella se llega a destruir la unidad lingüística, como por la influencia del territorio y de los cruces se llega a destruir la unidad de las razas. Los dos Estados escandinavos unidos actualmente, Suecia y Noruega, no dan ningún espectáculo que permita pensar en la decantada fraternidad, pues hoy con un pretexto, mañana con otro, viven en perpetua discordia, poco más o menos como viviríamos en nuestra Península españoles y portugueses si llegáramos a constituir la unidad ibérica. En España hay pocas personas que sepan que hay cónsules y para qué sirven; razón sobrada para creer que se puede gozar de perfecta salud sin averiguarlo: entre Suecia y Noruega la cuestión consular, esto es, la de conceder o negar a Noruega la facultad de tener cónsules propios, ha estado a punto de ocasionar una ruptura. Cuando se sacan las cosas de quicio y se busca ocasión de disgustarse, no hay duda: los sentimientos de fraternidad andan por lo menos resfriados.

He llegado de un modo gradual a la determinación del grupo etnográfico en que «aparentemente» figura Finlandia, porque todo el mundo sabe que la raza finlandesa o carelia es en absoluto distinta de la escandinava; pero todo el mundo cree que esa raza está como anulada o metamorfoseada por la influencia civilizadora de Suecia. Las apariencias favorecen esta opinión, puesto que al primer contacto con este país se nota que la lengua, legislación, cultura y gran parte de la población son suecas.

Finlandia no es una casa de la que se pueda decir: aquí vive don Fulano de Tal; es una casa de pisos; viven muchos en ella: en el principal viven los rusos, que, aunque son muy pocos, son los amos; en el segundo y tercero, los suecos o los finlandeses sometidos a la cultura sueca y olvidados de su lengua y costumbres nativas; en los sótanos y buhardillas, es decir, en el interior del país, viven los verdaderos, los legítimos finlandeses. Nótanse, pues, en el país

curiosas superposiciones: los finlandeses fueron privados del litoral, cuyos puertos se convirtieron en ciudades suecas, hoy poco cambiadas aún, y luego en estas ciudades los suecos fueron sometidos a la autoridad rusa.

Además, como la posesión de Finlandia dio origen a varias guerras entre Rusia y Suecia, antes de la conquista total formaba ya parte de Rusia una parte de Finlandia, el distrito de Wiborg, en el cual la influencia rusa es muy visible; hay muchos adeptos de la religión cismática griega; se habla más el ruso, y fuman bastantes mujeres. El detalle de fumar es característico, pues la finlandesa no fuma por regla general: cuando alguna señora o señorita finlandesa me ha ofrecido un pitillo, y poniéndose otro en los labios ha comenzado a echar humo, he pensado que por allí andaba la mano de Rusia, y así era la verdad: o había por medio noviazgo o parentesco con rusos, o largas residencias en Rusia, o algo por el estilo. Por el contrario, la parte occidental de Finlandia, que está más inmediata a Suecia, es casi sueca: hay puertos, como Abo o Hangoe, donde casi todo se recibe por vía de Suecia, empezando por los periódicos, que vienen de Estocolmo, y que son leídos con más interés que los del país. Hay, pues, una serie de gradaciones imperceptibles producidas por el distinto modo de combinarse las tres razas dominadoras o dominadas del país: la rusa, la sueca y la finlandesa.

Pero, pasado el primer momento de confusión, comienza a distinguirse, y al cabo se distingue con claridad, que aquí lo esencial es lo finlandés de raza, la gente del interior, *fran landet*. Para hacer visible la idea, y salvando la diferencia de tiempo y cultura, diré que suecos y finlandeses están en la misma relación que estaban en España los colonizadores fenicios y griegos, dueños del litoral, y los iberos, celtas y celtíberos del interior. Entonces también la vida exterior de España parecía ser fenicia o griega para los que desde fuera miraban, y, sin embargo, fenicios y griegos pasaron, y quedó la raza indígena como base para constituir el tipo hispanorromano. Siempre que la amalgama no sea completa, que se deje en estado puro un fuerte núcleo de raza indígena, esta concluye por anular a todas las razas extrañas o mixtas que pretendan dominarla, porque tiene de su parte el amor al territorio, la compenetración con el alma del país, la tenacidad y la fe, que solo pueden tener los hombres que asientan los pies muy firmes sobre «su terruño»; así la raza pura finlandesa: su evolución es lenta y retrasada, pero es vigorosa e intensa, y en su día dará frutos abundantes.

A poco de llegar yo aquí, pregunté a un conocido si no había literatura propiamente finlandesa; algo típico, engendrado por el territorio más bien que por los habitantes; algo que no fuera solo artículo de comercio, sino como una Biblia poética del país.

Entonces tuve la primera noticia de la existencia del *Kalevala* o epopeya de los carelios, de los «hijos de Kaleva» o legítimos finlandeses. Y ahora que acabo de leer el formidable poema popular, que tiene nada menos que 50 *runor* o cantos y 22 300 versos, y comparo este monumento con las producciones literarias que figuran en los escaparates de las librerías, como en los de las tiendas de comercio las botellas de vino, cajas de frutas y prendas de vestir, esto es, como artículos de venta, me afirmo más en mi idea de que aquí lo que existe con existencia real, y pudiera decirse sustancial, es lo finlandés. Los habitantes del país que no son extranjeros se creen todos finlandeses: tanto los que hablan solo sueco, como los que hablan solo finlandés, como los que hablan los dos idiomas; realmente el idioma no es bastante para destruir las cualidades de la raza; pero no es solo el idioma lo que diferencia: es la compensación total de la vida, que con el idioma ha sido aceptada. No hay solo dos lenguas: hay dos vidas diferentes: la una, la de los finlandeses «asuecados», si me es lícito inventar tan fea palabra; y la otra, la de los finlandeses tradicionales. Los primeros ocupan lugar preeminente en la sociedad; los segundos ya dije que vivían en los sótanos y buhardillas, puesto que o están en el interior del país o forman «las clases bajas» en las ciudades, bien que en estos últimos tiempos se note una tendencia social muy marcada a levantar el espíritu finlandés y a hablar en el idioma patrio. Comparando estas vidas, digo yo, pues, que los que están en lo firme son los que hasta aquí figuran debajo, los cuales están destinados a quedarse encima como amos y señores absolutos de la situación. La autoridad rusa es conveniente; la lengua sueca podrá quedar como medio supletorio de comunicación intelectual; pero el espíritu del país solo puede llegar a su máxima altura recogiéndose sobre sí mismo y «pensando en su natural idioma», fijado ya y ennoblecido por creaciones de tan subido valor como el *Kalevala*, según podrá verse más adelante cuando explique el asunto y dé idea de las bellezas de este poema épico, y en cierto sentido étnico.

- III -

Donde se aplican al Gran Ducado de Finlandia las diversas teorías inventadas acerca de la constitución de las nacionalidades, y se demuestra que todas esas teorías son completamente inútiles

Los disturbios y guerras que perturban la paz interior de las naciones y ponen en armas a las unas contra las otras nacen casi siempre de la cuestión tan debatida de las nacionalidades, porque no ha habido medio de organizar las naciones de tal suerte que cada una comprenda solo una nacionalidad, es decir, un núcleo perfectamente caracterizado por rasgos propios: raza, lengua, religión, tradiciones y costumbres. Cada nación tiene el problema planteado dentro de casa, y si sus fronteras no están muy bien marcadas, en las fronteras, y si tiene colonias, en las colonias, las cuales, en sus relaciones con la metrópoli, se inspiran en ideas y sentimientos poco diferentes de los que rigen la acción de las nacionalidades en la lucha contra el poder unificador que se empeña en anularlas. Júzguese, pues, si sería útil tener reglas fijas para arreglar pacíficamente estas cuestiones, y si hay que estar agradecidos a los hombres generosos que se calientan los cascos en idear teorías enderezadas hacia tan humanitarios fines.

Yo he estudiado muchas de esas teorías, por no decir todas, y no contento con analizar los argumentos con que sus autores las sostienen, he hecho una aplicación práctica de ellas —práctica solo en hipótesis— para resolver la gravísima cuestión de la nacionalidad finlandesa; he supuesto que las naciones habían cerrado y hasta tapiado sus cuarteles; que había llegado la hora de pensar y de hablar sin temor, y que cada nacionalidad podía adoptar la postura que le pareciese más cómoda. Veamos lo que en esa situación paradisíaca podría hacerse en bien del país en que habito, aplicando una a una

las diversas teorías inventadas, defendidas y recomendadas por los doctores del derecho internacional.

Se trata de ventilar si hemos de ser suecos o rusos; y me incluyo, como se ve, entre los finlandeses, no porque piense abandonar la nacionalidad española, sino porque en un sentido general yo me considero indígena de todos los territorios que piso; y si llegara el caso de que estas gentes abandonasen a Rusia para hacerse suecos, yo me haría también sueco. Y el primer punto de apoyo que encontramos, la primera teoría, es la que se funda en la situación geográfica. Echamos una ojeada sobre el mapa de Europa, y vemos a la derecha el *Coloso del Norte*, como llaman a Rusia los estadistas aficionados a poner motes, y a la izquierda, allá en lo alto, la península escandinava, a la que ciertos geógrafos, que deben de ser parientes de los citados estadistas, comparan con un león abalanzándose sobre las naciones que están debajo, y entre el coloso y el león está metida Finlandia sin saber a qué carta quedarse. Porque como quiera que la Escandinavia no es una península bien definida; como no tiene un istmo que la separe del continente, ni siquiera una muralla natural como los Pirineos, sus límites son arbitrarios: pueden ser los que son, quedando excluida Finlandia; pueden ser tres líneas que corten los tres istmos formados entre el golfo de Finlandia y el Ladoga, entre el Ladoga y el Onega y entre este y el mar Blanco, y pueden ser otros intermedios que partan a Finlandia por la mitad, como quien dice por el eje. La geografía, pues, triste es confesarlo, no sirve en este caso para nada.

La segunda teoría se va a fijar en la raza; y, sin necesidad de averiguaciones, se sabe que la raza finlandesa no tiene conexión especial ni con la eslava ni con la escandinava. Como derivada de esta teoría, la que se funda en el idioma no será tampoco aplicable, puesto que, si el sueco está muy extendido y es la lengua corriente en el litoral, es al fin lengua importada como el ruso, que hoy se estudia forzosamente en las escuelas, y llegará a ser otra lengua «de relación». Enfrente de una y otra está la lengua nacional, la indígena, absolutamente distinta de todas las de Europa, excepto la magiar, que, aunque adulterada bajo la dominación turca, conserva aún, según me asegura quien las ha comparado, todo el aire de familia. Y en cuanto a la teoría histórica, su suerte no será mucho mejor, porque, si la dominación sueca pudo crear intereses históricos, la rusa lleva ya cerca de un siglo y también los ha creado. El renacimiento de la literatura finlandesa, la constitución política de Finlandia, la formación del partido nacionalista o finlandés, son obra de la dominación rusa, la cual, no pudiendo aspirar a una

asimilación rápida de este país a la metrópoli, se mantiene neutral entre las dos fuerzas constitutivas, la nacional y la sueca, y permite así que la primera se haga dueña de la situación.

No es cosa de apurar todas las teorías, porque sería el cuento de nunca acabar. Dese por averiguado que si las fundamentales no dan juego, con las secundarias no avanzaríamos una línea en el peliagudo problema que estudiamos. No obstante, queda una solución que no solo es fundamental, sino que es en nuestro tiempo la que está más en boga, el referéndum. Póngase a votación el asunto, y decida la mayoría absoluta o relativa; y no habrá más que hablar. ¿Quién mejor que los interesados para saber si han de ir hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia el coloso o hacia el león?

No quiero ahora discutir la bondad del sistema, y lo acepto como si fuera lógico y sensato; y concedo además que la votación se haga con limpieza, para lo cual no estaría de más que hicieran venir con alguna anticipación varios profesores españoles que instruyesen a los funcionarios encargados de dirigirla. Se pensará seguramente que las fuerzas opuestas lucharían con encarnizamiento para adherirse a esta o aquella de las dos naciones que tienen intereses creados en el país: si así fuera, no habría motivo sino para alegrarse. Lo peor es que esas fuerzas se unirían por el momento y que es probable que saliera de las urnas la independencia nacional. No hay pueblo, por muy incapaz que sea de gobernarse, que no aspire a ser amo de su casa, y con más razón querrían ser amos de la suya los finlandeses, que son gobernantes habilísimos, como quizá no haya otros en Europa.

Pero estos gobernantes no pueden cambiar la naturaleza de su país. Finlandia tiene muy poca población: es un país pobre. Faltan medios naturales de vida, y no es fácil crearlos artificialmente por la industria, como en Bélgica o Suiza, por la gran distancia a que se encuentran los centros de consumo. Las naciones situadas en el centro de Europa tienen a su favor algo que es decisivo en la lucha económica: la rapidez y baratura de los transportes. Así, pues, Finlandia se encuentra en el mismo caso que si España tuviese solo tres o cuatro millones de habitantes. ¿Cómo va a hacer frente con sus solas fuerzas al sostenimiento de ejército y marina de guerra para proteger su extenso litoral y defender su marina mercante, representación en el extranjero y demás organismos que exige la vida independiente de una nación? Y luego, la misma extensión del territorio es causa de que los dos grupos antagónicos que constituyen la nacionalidad no puedan fundirse por el contacto, como ocurre

en Suiza o Bélgica (para hablar solo de naciones pequeñas y neutrales), y sería ocasionada a mantener en el país una división irreducible y peligrosa, una vez que faltara el poder moderador que ahora conserva el equilibrio. En suma, la vida de Finlandia independiente no sería tan ordenada ni tan próspera como lo es hoy, regida autonómicamente e incorporada a Rusia para cuanto atañe a su vida exterior. La solución lógica es la actual, a la que se llegó por medio de la guerra y de la que no se puede salir con auxilio de ninguna teoría. Por esta vez, y no será la última, las armas han valido más que las letras.

Si algún federal ilustrado lee esto que acabo de escribir, pensará: «Este es de los míos: sin querer o queriendo, este buen señor ha llegado a donde llegó en su libro de *Las nacionalidades* mi "ilustre jefe" don Francisco, quien, después de echar abajo las teorías, estableció como regla general para la organización de las nacionalidades el sistema federativo. Finlandia no es miembro de una federación; pero en el fondo, si disfruta de su autonomía y está supeditada a Rusia solo en aquellos asuntos que son superiores al interés regional o que afectan a todo el imperio, el resultado práctico viene a ser el mismo que en el régimen federal».

Sin embargo, nada hay más opuesto a mis deducciones que la teoría federativa del Sr. Pi y Margall. Este reputado escritor está en lo firme cuando destruye los sistemas caprichosos, arbitrarios, de gabinete, los cuales hemos visto que carecen de valor en el caso de Finlandia —y quizá en los otros también—, pero cae en el error de fundar él otro sistema. Porque en política «todo sistema es falso»; la realidad es demasiado grande y bella para que se deje aprisionar en un molde salido de la estrechez de un cerebro. Lo profundo en política es conocer el espíritu de cada nación y desembarazarle el camino para que avance con mayor seguridad; es trabajar como servidores y no empeñarse en ejercer de «amos de la situación». Yo veo que en todo el mundo las nacionalidades fuertes luchan por asimilarse las débiles: Inglaterra en Irlanda; Rusia en Polonia o Finlandia; los austríacos contra los húngaros, y los húngaros contra los rumanos, etc. Y en vez de protestar sin reflexión, pienso: es posible que esa tendencia al predominio sea algo tan natural como el amor del hombre a la mujer; quizá este amor no sea más que una condición de existencia de las especies —quizá sea verdadera la idea de Schopenhauer de que en los más puros arrebatos de amor hay siempre en lontananza un bebé que se ríe de los amantes—; quizá, por último, las luchas entre el espíritu de unas o otras nacionalidades sean una condición de la existencia de ese

espíritu, y en el término de las luchas que nos espantan haya un nuevo y más brillante florecimiento espiritual.

Para mí, la federación no debe ser una organización estática, sino dinámica; no propia de un cementerio, sino hecha para que podamos vivir y movernos; no inmutable, sino transitoria y encaminada hacia la «unidad». Ciertamente que yo no voy a justificar los medios violentos empleados para imponerse: para que no haya violencia es para lo que yo acepto la federación. ¿Qué culpa tiene la sociedad de que haya individuos vanos y pretenciosos que pretendan forzar la máquina para conseguir la unificación en breve plazo y llevarse la gloria y los honores? Las ideas tienen la vida larga y necesitan del concurso de muchas generaciones; pero lo largo de la obra no importa: lo esencial es que exista la acción del fuerte sobre el débil (y a veces el fuerte es el que parece débil, y el dominador queda dominado). Si las varias nacionalidades que coexisten en una nación viven en perfecto equilibrio, sin mirarse las unas a las otras, o la máquina social está parada y es inútil, o está parándose y la disolución se aproxima. La acción debe encaminarse, pues, a la unidad, y una vez allí, unificadas todas las energías, habrá llegado el momento de realizar otras funciones más elevadas, reflexivas pudiera decirse, a las que no puede atenderse mientras la nación no esté unificada, mientras hay que consagrar a la unificación los esfuerzos que más tarde podrán ser dirigidos a establecer un régimen social más justo y benéfico. Mi federación va a la unidad, mientras que la federación sistemática y permanente no va a ninguna parte, puesto que, si las nacionalidades llegaran a fundirse contra la voluntad de los partidarios de la federación, habría que separarlas a cañonazos para que la confederación no desapareciera. Y no se piense que esto es exagerado, pues unida está ya Francia y casi lo está España, y hay quien pretende volver a la Edad Media para andar el camino dos veces.

En Madrid tenía yo un amigo cuyo solo defecto era la manía de adornarse con etiquetas y rótulos de los más llamativos y chillones: librepensador federal sinalagmático, propagandista revolucionario, exemigrado por delitos políticos y qué sé yo qué más; y aparte de esto, excelente persona, y por añadidura, cargado de familia. Alguna vez, en broma, le dije yo: «¿Sabe usted lo que pienso cuando le veo venir de lejos? Pues pienso que no es usted un hombre, sino un quiosco de anuncios que ha echado a andar». Este amigo trataba siempre de convencerme de la bondad del federalismo; y le ocurrió que vino por lana y salió trasquilado, como se va a ver.

—Yo no comprendo —me decía— por qué usted acepta la libertad individual y la de las ciudades, hasta acercarse a la autonomía administrativa, y se niega a reconocer la autonomía de las regiones. A lo cual le contestaba yo: —La razón es muy sencilla: un hombre y una ciudad son algo que existe siempre y por separado; tienen vida propia, y, si saben usar medianamente de su libertad, marcharán mejor que sometidos a tutela; pero las regiones son organismos accidentales que cambian con el tiempo. Si usted quiere reconstruir, por ejemplo, a Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia y Andalucía alta y baja, yo pediré que se vaya más lejos y que tengamos Tarraconense, Cartaginense y Bética; y así en las demás. Y si se me dice que esto es absurdo, yo demostraré que mi plan es absurdo como cuatro y el de usted como dos; pero tan absurdo el uno como el otro, porque en ambos se da un salto atrás, siendo así que lo que interesa es dejar que las cosas sigan su camino, y tener fe en que no nos llevarán a nada peor que lo que tenemos. Lo que usted y los suyos se proponen es lo mismo que si en un banquete, cuando todo el mundo está sentado a la mesa y se dispone a comer con mejor o peor apetito, la cocinera, con pretexto de que los garbanzos han salido un poco duros, vuelca la olla por la ventana y deja a los invitados sin comer.

Mentira parecerá; pero a mi amigo le impresionó tanto el ejemplo de los garbanzos que algún tiempo después vino a decirme que cambiaba de política. —¿Y qué piensa usted hacer ahora? —le pregunté yo—. Lo mejor sería que se declarase usted de mi bando, que es el de los neutrales o neutros, que se contentan con ser españoles a secas y no dicen nunca esta boca es mía. —No sé, no sé —me dijo mi amigo—: estamos reunidos varios correligionarios disidentes y quizá formemos un partido nuevo, cuyo principio fundamental será la unidad ibérica, realizada por medio de un sistema federal orgánico, cuyas bases están en período de gestación. Ya le pondré a usted al corriente, para ver si al fin se decide a entrar en política. Y yo no le contesté nada; pero pensé: —Estos no se contentan ya con tirar los garbanzos: quieren tirar hasta la olla.

- IV -

En la que el corresponsal, sin saber gran cosa de política, da una lección de política finlandesa, y, si se quiere, de política general y española

Estamos en pleno período electoral. —¿Cómo es eso —exclamará el lector—; pues no escribe usted desde Rusia, donde todas las clases sociales «gimen bajo el ominoso poder de un autócrata»? —En efecto, escribo desde Rusia; pero Rusia, como ya sabemos, es un coloso: comprende muchas provincias y estados vasallos y autónomos; y uno de estos es Finlandia, donde puedo decir que, no obstante tener mis orejas en estado completamente normal, no he oído hasta ahora ningún gemido; antes, me parece que todo el mundo vive muy contento en este riguroso y despiadado clima. Hay, pues, elecciones, y hay un poder ejecutivo que gobierna muy bien, y hay un poder legislativo, representado por un Landtdag o Dieta, que se reúne cada tres años y que comenzará a funcionar en el próximo mes de enero. —¿Y cómo se ha llegado a tan despejada situación? ¿Han degollado ahí a algún rey, o al menos, ya que reyes no los hay, a algún gran duque; ha habido revoluciones, motines o pronunciamientos? —Aquí no ha pasado nada, mis queridos discípulos. Hubo largas guerras entre Suecia y Rusia, motivadas por la posesión de Finlandia. El emperador Alejandro I, después de vencer en toda la línea a Gustavo Adolfo, no el Grande, otro que llevaba el número IV, se alzó con el dominio de este país; y comprendiendo que no era posible tratarlo como a las demás provincias de su Imperio, porque aquí había una nacionalidad muy bien definida y muy capaz de gobernarse, le concedió una carta constitucional que después ha sufrido modificaciones, pero sin tocar a lo esencial el régimen autonómico y distinto del Imperio ruso. Se ha llegado a conceder que el Arancel de Aduanas de Finlandia sea distinto; que se acuñe moneda finlandesa; hasta que sean distintos los sellos de Correos. Porque los emperadores del género autocrático son hombres tan discretos como los reyes constitucionales y saben someterse a la autoridad del sentido común, que,

tengo para mí, es una constitución que rige con más eficacia que todas las demás constituciones.

En San Petersburgo existe una Secretaría de Estado, Ministerio o Delegación para los asuntos de Finlandia; y en Helsingfors reside un gobernador general, que tiene el mando supremo de las tropas y preside el Gobierno finlandés o Senado, constituido por funcionarios nombrados por el emperador. Este Senado consta de dos Ministerios o departamentos, de Justicia y de Hacienda, los cuales deliberan y deciden en pleno en los asuntos de gran interés, y por separado bajo la dirección de su vicepresidente o *viceordfoerande*, en los de su exclusiva competencia; y los departamentos tienen varias expediciones o Direcciones generales para asuntos judiciales, civiles, militares, económicos, eclesiásticos, agrícolas, etc. El Senado es un Gabinete sin ministros, esto es, un Ministerio ideal; así es que todo marcha como una seda. No faltará quien extrañe que haya solo dos departamentos, y no ocho o diez como en los demás países. Se comprende que no haya departamentos de Estado ni de Marina, porque estos asuntos corren a cargo del Imperio; y más fácilmente aun que no lo haya de Ultramar, por no haber colonias; pero ¿y los otros? Si no hay Gobernación, ¿quién gobierna? Y si no hay Fomento, ¿quién fomenta? Yo creo que estas dificultades se resuelven con buena voluntad. Así como nosotros tenemos agrupados en un centro la instrucción pública, los ferrocarriles y carreteras, aquí han ido un poco más lejos y todas las funciones gubernamentales las han fundido en dos grandes grupos, por vía de simplificación, y no seré yo quien ponga reparos a tan excelente acuerdo.

El Landtdag, he dicho, se reúne de tres en tres años. El emperador lo convoca con la debida anticipación, y los distritos o agrupaciones que tienen derecho a elegir representantes los eligen cuando a bien lo tienen. No hay día ni hora fijos, y, por lo tanto, la elección carece del saborcillo teatral que le presta entre nosotros el acudir la nación en masa a las urnas electorales, o, en caso de que los electores no concurran, el abrirse todos los colegios a una hora convenida, salvo en aquellos casos en que el meridiano local se trastorna un poco por alguna de las causas que las leyes no pueden prever ni evitar. Pero, en uno y otro sistema, lo esencial es que los diputados, ya sea con actas limpias como aquí, ya con actas limpias y sucias como en España, quedan elegidos e investidos de la augusta representación nacional.

Y ahora empiezan las diferencias capitales. En Finlandia no funciona el Landtdag como un Parlamento a la moderna; el Landtdag tiene cuatro brazos o estados llamados *Stander*: el clero, la nobleza, la burguesía y el estado llano o campesino. De estos cuatro brazos, el de la nobleza tiene su palacio propio, y los otros tres se reúnen en un mismo edificio: el palacio de la Dieta. Los acuerdos son sometidos luego a la aprobación del emperador y promulgados con el refrendo senatorial. Tiene, por lo tanto, el Landtdag tres caracteres que lo diferencian de los Parlamentos: se reúne trienalmente; no es elegido por sufragio universal, y no delibera en masa, sino por estados; es, por lo tanto, una asamblea representativa, calcada sobre el modelo de las Cortes medievales. Y el país disfruta de tanta libertad práctica como si existiera el parlamentarismo puro, y está perfectamente gobernado.

No quiere esto decir que yo aconseje a los países de sistema parlamentario que vuelvan a la organización de la Edad Media. Así como de las uvas sale el vino, pero del vino no pueden salir uvas, así también de las antiguas Cortes se ha venido a dar en las modernas, pero de las modernas no se puede volver a las antiguas. Lo que yo pienso es que hay muchos modos de servir a Dios, y que debemos desechar el concepto ridículo de que el buen Gobierno esté vinculado en esta o en aquella forma, en este o en aquel régimen. Lo que yo pienso es que nosotros, y como nosotros muchos otros, no hemos querido caminar por lo llano, sino por las trochas, ni pasar el río por la puente, sino tirándonos a él de cabeza, y que cuando llegamos al fin de la jornada con la ropa hecha una lástima y calados hasta los huesos, nos encontramos que otros han llegado al mismo punto caminando muy a gusto por el camino real.

La transformación de los sistemas políticos no depende de los cambios exteriores, sino del estado social: un pueblo culto es un pueblo libre; un pueblo salvaje es un pueblo esclavo, y un pueblo instruido a la ligera, a paso de carga, es un pueblo ingobernable. Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos: no son graciosas concesiones de las leyes. ¿Qué importa que la ley nos declare libres si estamos poseídos por vulgares ambiciones, y sacrificamos nuestra libertad y aun nuestra dignidad por satisfacerlas? Hemos adquirido el derecho de insultar las más respetables instituciones, y hemos perdido el derecho de usar una faja que, aparte de servirnos para meter en ella todos los objetos que llevamos diseminados por innumerables bolsillos, nos serviría también para conservar bien abrigado el estómago. A cambio de la libertad de las ideas, nos dejamos despojar de una libertad más bella y más noble: la de la forma; y nuestra aspiración parece hoy por hoy cifrarse en que

todos los hombres, unidos en coro inmenso y fraternal, entonen un himno a la libertad, puestos previamente de frac y corbata blanca.

Hay muchos que creen que si en la actualidad todos los pueblos de Europa, o casi todos, disfrutan de un régimen político liberal, hay que buscar la explicación en las revoluciones. Si no hubiera habido pueblos que sacudieran el yugo y comenzaran la obra de liberación, no habríamos adelantado un paso. Esos otros pueblos que disfrutan hoy del nuevo régimen sin necesidad de haber acudido a la violencia deben agradecerlo a los que lucharon por implantarlo. Yo recuerdo haber leído un discurso del general Serrano, en el que, sintiéndose por un instante erudito, decía para justificar la revolución de septiembre: «Si en el mundo no hubieran existido revolucionarios, estaríamos aún adorando el caballo de Calígula». Y yo pensé entonces que la afirmación era un poco aventurada, porque los Calígulas tienen la vida corta y los caballos la tienen más corta aún, y el gobierno de una nación pasa prontamente de las manos de un Calígula o de un Nerón a las de un Trajano, un Tito o un Marco Aurelio. Para los que no se aturden ante el éxito; para los que no someten su juicio a la brutalidad del hecho consumado, sino que miden las cosas por la fuerza ideal que en sí contienen, la revolución de septiembre es un pronunciamiento afortunado; y la mayor parte de las revoluciones son engendros de la ambición o de la vanidad de los hombres, que, no contentos con seguir la evolución natural de las cosas, se precipitan a dirigirlas, para cargar con la gloria de haber salvado a la Humanidad. El verdadero revolucionario no es el hombre de acción: es el que tiene ideas más nobles y más justas que los otros, y las arroja en medio de la sociedad para que germinen y echen fruto, y las defiende, si el caso llega, no con la violencia, sino con el sacrificio.

Pero volvamos al Landtdag finlandés, un poco olvidado con estas divagaciones. Aunque ya he dicho que satisface admirablemente las necesidades de este país, no basta la afirmación sin pruebas. El hecho es evidente, y el que dude no tiene más que venirse por acá para convencerse de que no le engaño. Pero no estará de más apoyarlo con algunos razonamientos, ya que en España se suele dar más importancia a los razonamientos que a la realidad. La primera ventaja de la Dieta finlandesa es la de reunirse solo cada tres años. Si un comerciante de medio pelo hace su inventario una vez al año, una nación no pierde nada con fijar un período de tres o de cinco años para deliberar acerca de la marcha de sus negocios, formar su balance general y ver si conviene introducir algún cambio en el rumbo que hasta entonces se ha

seguido. Una nación no debe vivir al día, y las instituciones no deben funcionar sin descanso, porque el desgaste puede ser excesivo. Cuando nos habituamos a ver las cosas, les perdemos el respeto y concluimos por menospreciarlas; viéndolas de tarde en tarde, nos interesan más, nos aparecen con más prestigio y nos inspiran más confianza. Un Parlamento que funciona constantemente ha de dar por fuerza algunos tropezones y hasta puede caer en descrédito; y si se presenta una ocasión en que tenga que resolver un asunto grave, se acude a él con incertidumbre y hasta con temor. En fuerza de trabajar en asuntos pequeños, se incapacita para resolver cuestiones grandes. Si el poder legislativo, que por su función es más alto, está a un andar con los otros, pierde su principal carácter, que es el de ser un refugio supremo en las grandes crisis por que pueda pasar un país. Podría, pues, formularse un axioma político, diciendo que «la bondad de una Asamblea deliberativa está en razón directa del tiempo que media entre sus reuniones». Cuanto más de tarde en tarde, tanto mejor, y si no tuviera que reunirse nunca, se habría llegado a la perfección, porque el hecho indicaría que ya no hacía ninguna falta.

El segundo carácter del Landtdag finlandés es el de ser elegido por clases y no por sufragio universal; y solo la consideración de los buenos resultados prácticos que da aquí el sistema me retiene y me impide manifestar mi disconformidad. En nuestro tiempo comienza a estar de moda hablar mal del sufragio, y los espíritus más distinguidos hablan de él con grandísimo desdén. Ibsen, en su *Enemigo del pueblo*, ha lanzado el gracioso apotegma de que «siendo la mayoría de los hombres una caterva de imbéciles, la minoría es la que lleva la razón». Idea que ya había leído en el *Teatro crítico*, del P. Feijoo, quien pensaba que todas las piedras del mundo reunidas no pueden formar una estatua, y que un águila ve mucho más que una bandada de gorriones. Por su parte, Taine, que era un profundo político, se negó a ser elegido por sufragio universal, sin duda porque creía que la acumulación de varios millares de votos sobre su nombre no había de añadir nada a la gloria que él por su solo esfuerzo había conquistado.

Yo no estoy conforme con estas ideas: yo veo en el sufragio un pequeño reflejo de la Divinidad, un medio que la Providencia ha puesto en manos del hombre para que cree en el sentido estricto de la palabra crear, es decir, sacando las cosas de la nada. Hay una porción de gentes sin una idea en la cabeza ni en otra parte del cuerpo que se morirían sin haber sido nada real y concreto en el mundo si no existiese el sufragio. Con el sufragio, a un quídam

de esos se le echa encima una pila de papeles y se le transforma en todo lo que sea menester. Reconozcamos que esto, como diría el ilustre D. Juan Valera en su estilo acicalado, no deja de ser muy bonito. Yo soy ardiente partidario del sufragio universal, con una limitación: la de que no vote nadie. Y no se crea que mi afirmación es una broma de mal gusto: es otro axioma de política trascendental, como demostraré ahora mismo, ya que en nuestros días hay que demostrar hasta los axiomas. Todos los argumentos expuestos en contra del sufragio se reducen a este: la verdad no surge del concurso de muchos hombres, sino del esfuerzo de las inteligencias; si entregamos los intereses de la sociedad en manos de la mayoría de sus miembros, no contamos con un criterio verdadero, ni justo, ni prudente, ni constante. Todo marchará al azar. Sin embargo, este razonamiento no ataca a la esencia del sufragio: va solo contra su aplicación, y si a eso fuéramos, no existiría nada en el mundo. Para ser padre de familia se necesita, creo yo, más inteligencia que para depositar un voto en las urnas, si el padre de familia ha de cumplir a conciencia sus deberes. ¿Cuántos hay que los cumplen? Uno de cada mil. ¿Y vamos por eso a suprimir la familia? Aunque quisiéramos, no podríamos. No nos queda más recurso que resignarnos, y a lo sumo, cuando vemos que un hombre es decididamente incapaz para constituirse en familia, aconsejarle que no lo haga y esforzarnos por persuadirle. Este es mi criterio en la cuestión del sufragio: a mi juicio, todos los hombres que viven en sociedad tienen derecho estricto a intervenir en el arreglo de los asuntos de interés común. Antes que reconocerles a unos el derecho y a otros no, sería preferible volver al derecho divino, y resumir todos los derechos parciales en el derecho de un autócrata. Si después notamos que la mayoría no sabe hacer uso de su derecho, cabe aconsejarla y persuadirla a que no use de él. Y en España no habrá que molestarse mucho, porque el pueblo, reconociéndose sin inteligencia bastante para intervenir, no vota sino cuando le espolean. Pero no se piense que es lo mismo no votar porque no se puede que no votar porque no se quiere. Yo salgo a la calle con cinco duros en el bolsillo y vuelvo a casa sin haber gastado un céntimo, y vuelvo alegre porque he ido por todas partes con la seguridad que da el llevar cinco duros para lo que pueda ocurrir; en cambio, salgo sin un cuarto y vuelvo de mal humor; porque se me ha antojado comprar todo lo que he ido viendo, y he temido verme en un compromiso que me obligara a declarar mi precaria situación. Así, pues, el Landtdag finlandés, que sin duda alguna supera a las Asambleas elegidas por sufragio universal, sería teóricamente más perfecto si existiese el voto universal y no votasen más que los que hasta aquí vienen votando. En este punto reconozco de buen

grado que nosotros, teóricamente también, estamos a mayor altura que los finlandeses.

Queda aún un tercer extremo: la deliberación por brazos, como natural consecuencia de la elección por clases. Los acuerdos del Landtdag exigen el concurso de tres *Stander* por lo menos, y de los cuatro para ciertos asuntos de gran interés, como las modificaciones de carácter constitucional, el servicio y cualesquiera reformas que afecten a los derechos de clase, las que no podrán ser admitidas sin el concurso de la clase interesada. También este sistema de deliberar por separado está hoy muy en baja, y se considera más perfecto el puramente parlamentario. Y es seguro que, si una Asamblea fuese representación íntegra de una nación, se habría dado un gran paso hacia el ideal político: la fusión de los diversos grupos sociales; pero bien a las claras vemos que en nuestros días vuelven a levantar la cabeza nuevos partidos de clase que, con razón o sin razón, no se consideran representados suficientemente en los Parlamentos del sufragio universal; y más claro se ve todavía que esos Parlamentos no pueden andar solos, que hay que ponerles detrás, a modo de niñera, un Senado que los vigile y que les dé unos cuantos azotes cuando sus travesuras pasan más allá de lo que permite la prudencia. La Dieta finlandesa es a la vez Congreso y Senado, y sus varias representaciones se corrigen mutuamente, cuando el caso así lo exige: es un organismo basado sobre la realidad de los intereses colectivos, no en una concepción arbitraria; su composición no es homogénea, pero tiene el gran mérito de ser franca y de no cubrir la diversidad real de los intereses bajo la etiqueta de una unidad artificiosa.

En resumen: yo acepto todos los progresos políticos de «mi siglo», y me enorgullezco de haber nacido en un país donde la democracia ha llegado a encarnar con tanta pureza y perfección; pero reconozco que el país mejor gobernado que he visto hasta el día es este de Finlandia, donde todos esos progresos han sido hasta aquí letra muerta. Y ya que nosotros no podamos sacar otra enseñanza de esta observación, convenzámonos al fin de que nuestras luchas por cuestiones fantásticas deben cesar; que con un sistema u otro se va donde se quiere ir, si no faltan inteligencia ni buenos propósitos. Los que desean aún derramar su sangre generosa por introducir un cambio en las exterioridades del Gobierno, que tengan la bondad de reservarla para empresas más nobles, en las que se ventile el interés de «toda la nación»; y si la sangre les bulle tanto que no pueden aguantar más, que llamen a un sangrador y que se sangren y dejen en paz a sus conciudadanos.

- V -

Reflexiones psicológicas que le sugiere al corresponsal la lectura de la guía de la ciudad de Helsingfors

El que quiera hacer descubrimientos notables que no se gaste el dinero en comprar telescopios ni pierda el tiempo en revolver archivos y bibliotecas: que se vaya a lo ancho de la calle, y allí donde note un movimiento espontáneo de mucha gente en una misma dirección estará seguro de hallar el principio de una investigación trascendental para la ciencia. El verdadero y profundo saber brota de las muchedumbres inconscientes: un pueblo que acude a votar a los comicios no da ninguna luz sobre sus propias aspiraciones, porque ha pensado de antemano lo que va a hacer y acaso ha formado artificialmente su criterio oyendo o leyendo disparates ilustrados; ese mismo pueblo se congrega en la plaza pública para oír a un ciego cantar romances, y es seguro que hará o dirá algo por donde vengamos a descubrir sus ideas íntimas tradicionales.

Oigamos al ciego entonar el romance de los nombres de las mujeres, donde se declaran los méritos y defectos, vicios y virtudes de las Juanas y las Petras, las Marías, las Tomasas y las Manuelas. Para los perezosos, para los que se contentan con juzgar sumariamente por impresión rápida y superficial, el ciego es un mendigo que dice unas cuantas tonterías a cambio de unos cuantos ochavos; yo creo que es un artista utilísimo, un cultivador del arte más fecundo, el que se desarrolla al aire libre y sirve de pasto ideal a las clases pobres, que no tienen medios ni capacidad para conocer otras formas artísticas más cultas; y creo también que lo que el ciego dice son tonterías con un gran fondo de verdad. —Ya ve usted —se dirá—: asegura que las Marías son muy frías, y yo conozco precisamente cuatro, de las cuales una, es cierto, es fría como agua de aljibe; pero de las otras tres una es más que templada, otra es como un brasero y otra arde en un candil. Ese ciego no debía tocar la guitarra, sino el violón. Sin embargo, si la gente lo oye y le compra los

romances, no dejemos en este punto nuestras observaciones: ahí hay, como suele decirse, gato encerrado.

Es innegable que los nombres tienen una fisonomía propia adquirida por el uso, aparte de la que algunos poseen ya por su significación. Don Juan es un conquistador de corazones, don José un señor muy patriarcal y don Pedro un hombre adusto. La religión, la historia o el arte dan a los nombres ese carácter sugestivo, que no puede ser desvirtuado por los hechos: si un hombre se conduce de un modo incongruente con el nombre que lleve, no por eso variamos nuestro concepto sobre el nombre, sino que decimos que este está mal empleado. Jamás convendremos en que a un tunante le encaje bien el nombre de Homobono, o a un nombre discreto el de don Hermógenes. Mas, para que un nombre tenga fuerza expresiva, es necesario que se le agregue algún rasgo que determine el estado social de la persona: si don Juan es el Tenorio, el tío Juan no es más que un pobre hombre, rudo y tosco, y Juan a secas es un infeliz, y, por otra parte, los nombres de los dos sexos no son iguales en este punto, porque los de mujer están menos usados que los de hombre. El papel de las mujeres ha sido y es principalmente doméstico, y, por lo tanto, sus nombres solo tienen expresión en la vida íntima y familiar, salvo contadas excepciones; son advocaciones de la Virgen; nombres poéticos, y en algunos casos formas femeninas de nombres de santos, las cuales no pueden conservar su significación originaria: doña Juana no puede echar sobre sí las glorias de don Juan.

El error del ciego procede, pues, de que, obligado a componer para su clientela, formada principalmente por mujeres pobres, tiene que concretarse a los nombres femeninos que son los menos característicos, y a emplearlos sin añadidura, tales como los usan las mujeres del pueblo; pero esto no debe impedir que reconozcamos la verdad de la idea generadora del romance, de la cual se deducen después consecuencias de mucha mayor importancia, puesto que, así como existen nombres característicos de las personas, con estos nombres se forman después nombres característicos de las naciones.

Este preámbulo viene aquí a cuento porque, como creo haber dicho ya, el único libro de que dispongo para escribir estas cartas es el *Adressbok och Yrkeskalender*, o *Guía de la ciudad*, y a fuerza de mirarlo me ha venido la idea de sacarle el jugo que contiene, que no es poco: voy, pues, a hablar de los nombres de los finlandeses y a deducir de ellos algunos rasgos psicológicos muy interesantes del pueblo finlandés.

Recorriendo las listas de apellidos, nótase la variedad de procedencias de la heterogénea población de Finlandia, particularmente de las ciudades del litoral. Hay algunos apellidos rusos cuya desinencia más común y conocida es en *off*: Matrosoff, Baranoff, Pletschikoff, y bastantes polacos en *sky*: Doubitsky, Galetsky, Baltschefsky. Vienen después los suecos, cuya estructura es análoga a la de los alemanes o a la de los ingleses, como Lindberg, Bergstroem, Eklund, Ekholm, Lindfors, Nyholm, Suellman, Wasenius, Oesterman, Johansson, Carlsson, Thomasson, Danielsson, etc. Y los más típicos y extraños para nuestra vista son los finlandeses: Touminen, Saastamoinen, Haemaelainen, Raatikalnen, Pikkarainen, Niinimaeki, Nikkilae, Aeyraepaeae, Jaeaeskelaeinen, Kokkonen, Kaekikoski, Kaeraejaemies, etc. Estos nombres tan extraños, como ya lo indica la abundancia de vocales, se pronuncian con gran dulzura.

Los apellidos finlandeses son, por regla general, largos; hay también algunos breves, pero menos corrientes, como Erköo, Aho, que pertenecen a dos distinguidos periodistas de la localidad; el finlandés es tan armonioso como el italiano; mucho más que el sueco, bien que este posea la soltura y elegancia de la lengua francesa, y en muchas palabras la plenitud y sonoridad de la española.

En relación con los apellidos, los nombres pertenecen a diversos santorales o se escriben de distinto modo: hay John, Johan, Juhani, Karl, Kaarlo; un nombre que me gustó la primera vez que lo leí en la *Princesse Meleine*, de Maeterlinck, Hjalmar, es aquí corriente, así como Axel, Arvid, Eoro, Jaako, Uno, Aino, Edvin, Gunnar, Sigrid, Frithiof, Haral, Erik. En nombres de mujeres los hay preciosos, y no dejaré tampoco de dar varios de los que más me agradan, por si alguna de mis lectoras se halla en estado interesante y preocupada por el nombre que le ha de poner «a lo que nazca»; Olga, Dagmar, Hilda, Ida, Lida, Gerda, Lidya, Aina, Selma, Sainaa, Sanny, Mia, Alma, Thyra, Ada, Dina, Air, Hulda, Edla, Ebba, Elsa. Algunos nombres de mujer tienen estructura masculina: por ejemplo, Aino, nombre de una heroína del *Kalevala*, que andando el tiempo será dado a conocer en Europa y en España por una distinguida cantante de aquí, que ahora empieza su carrera: Aino Achté. Sin embargo, los nombres más usados son los de la antigua Iglesia católica, los cuales se escriben exactamente igual que en España: aquí, pues, abundan las Amelias, Natalias, Rosas, Olivias, Amandas, Paulinas, Carolinas, Cristinas, Gustavas, Elviras, Junias, Julias, Emilias, Augustas, Sofías, Auroras, Paulas, Ineses, Josefinas, Jacobinas y cien por el estilo.

Ya que estamos en posesión de los nombres, vamos a lo más importante: al modo de usarlos. Aquí el nombre propio tiene muy poco uso: los hombres y las mujeres firman con su inicial y el apellido, y a veces con solo el apellido. Si en España recibimos una carta firmada por J. Petersson, o su equivalente J. Pérez, pensamos que quien escribe es un hombre, y nos extraña que no haya firmado con su nombre entero; aquí ese nombre puede ser de una señorita joven y guapa, y hasta si se quiere íntimamente conocida. Como la mujer trabaja como el hombre, ha perdido el calor sentimental y se ha convertido en una entidad útil: así, pues, el nombre propio, que es el afectivo, va camino de desaparecer. En España sería ridículo decir a una señorita: «Buenos días, Rodríguez»: aunque no se tenga confianza, se emplea el nombre propio, porque a la idea de una mujer acompaña siempre la de amor o delicadeza. Aquí me ofrece su tarjeta una señorita que se llama H. Lindroos: después de tratada mucho tiempo como Froeken Lindroos, preguntaré por curiosidad qué significa la H., y se me dirá que Hanna; y este nombre ¿qué es? ¿Es lo mismo que Anna, Ana? No. Es una forma abreviada de Johanna, Juana; pero después seguiré diciendo Lindroos a secas, pues el empleo del nombre propio sería una gran inconveniencia, por estar reservado para las expansiones íntimas. En toda Europa se observa que, conforme avanza la idea de emancipación de la mujer, decae la importancia del nombre propio; pero al menos las muchachas gustan de lucir sus nombres, en particular si son bonitas; aquí es donde he notado mayor desprecio por el nombre personal y sentimental.

En Finlandia los dos sexos usan el nombre de igual manera, porque su función social es también análoga, y el empleo predominante del apellido marca asimismo el carácter de esta sociedad. El nombre de una nación está representado por la forma usual del nombre de sus individuos. N. Koskinen es un finlandés (varón o hembra); Louis Dupont es un francés; José Pérez y Gómez es un español; y no se crea que la diferencia está en la significación de las palabras, puesto que lo mismo diríamos que es francés Félix Martín y que es español Félix Martin Martin (sin acento). Donde los franceses dan un golpe, nosotros damos dos. Aquí hay un apellido español, Riego, cuyos usufructuarios no sé si descenderán del general que dio su nombre al himno de la libertad; si así fuera, habría que convenir en que el oficio de proclamador de Constituciones es un tanto azaroso. Pues bien; T. Riego será finlandés y Rafael del Riego español, y aún recuerdo haber leído algunas veces el nombre de Riego con su segundo apellido, no obstante ser tan celebrado y popular.

El nombre propio es el que marca la individualidad; el apellido, las relaciones sociales. Así, pues, el nombre típico, usual de una nación, revela su carácter predominante. Hay nombre individualista y socialista, aristocrático y democrático. Los nombres griegos son individualistas y democráticos, porque se componen de un solo elemento: Solón, Sócrates, Platón, Aristóteles, Pericles; en España hay también nombres de expresión análoga, los únicos que acaso existen en el mundo, los de nuestros toreros: la exterioridad ofrece algo chocante; pero, vistas las cosas de cerca, *Costillares, Cúchares, el Tato, Pepe-Hillo, Frascuelo* y *Lagartijo* son nombres esencialmente helénicos y expresan el fondo de individualismo que aún conserva nuestra raza, bien que no se muestre en obras maestras de ciencia y arte, sino en formas artísticas rudimentarias, como tienen que ser siempre los juegos públicos.

Roma es un pueblo de organizadores, constituido aristocráticamente sobre un patriciado; y el nombre romano es complejo, porque tiene que expresar no solo la personalidad, sino también el abolengo. Comparando estos dos nombres, Demóstenes y Marco Tulio Cicerón, se tiene la clave de dos historias y de dos civilizaciones. Los pueblos modernos conservan en gran parte el espíritu romano; pero el equilibrio, representado hoy por el uso simultáneo del nombre y del apellido, es inestable. Inglaterra es quizá la nación que se aproxima más a la organización romana; en Francia el nombre propio pierde mucho terreno, lo cual indica muy a las claras que las tendencias colectivas lo van ganando.

En Finlandia encontramos el nombre típico de una nación democrática y socialista, cuyo individuo ideal no tendría nombre propio, sino el apellido, es decir, el rótulo social. Un pueblo donde se diga D. José, D. Manuel, D. Antonio, no puede ser socialista jamás; el hombre del colectivismo tiene que ser Fernández, Martínez, Rodríguez, García; y así se llaman aquí, cambiados sus nombres por otros. No faltan aristócratas sueltos, pero son la excepción: para convencerse de que este país es democrático, basta fijarse en que un apellido vulgar, por ejemplo, Johansson, Juánez, es usado por todos como si fuera el más distinguido, sin buscar medios de diferenciación. Se desean diplomas, cruces y todo cuanto sea distinción personal y proporcione ventajas materiales, pero sin sacar nunca a relucir los pergaminos. En España un hombre no querría llamarse J. Fernández, y acudiría a mil artificios para tener su nombre bien marcado, ya poniéndose un nombre propio muy raro, ya colocando tras el Fernández uno o dos apellidos más. Los finlandeses, antes que hombres, son miembros del organismo social, y tienen, como veremos en

mil detalles, aptitudes sobresalientes para vivir libres dentro de las organizaciones y reglamentaciones en las que nosotros no podríamos movernos siquiera.

Entonces, se dirá, ¿España no es una nación democrática? De ningún modo; somos el pueblo más aristocrático de Europa: así como en otros pueblos se ha debilitado el nombre propio, nosotros lo conservamos, porque conservamos nuestro amor al individualismo; pero hemos agregado un apellido más para señalar nuestro entronque, nuestra ascendencia. Yo soy el único que tiene aquí dos apellidos; y varias personas me han preguntado ya qué significa el segundo, y muchas más son las que han pegado los dos y los han transformado en uno solo; yo contesto siempre que en España la mujer, socialmente, es menos que aquí, pero que en casa lo es todo; que hasta conserva su nombre de familia y lo transmite a sus hijos con el del padre. Lo cierto es que en España Juan Fernández y García firma con más humos que D. Juan Fernández de Córdoba y García de Zúñiga. Hemos llegado a la igualdad haciéndonos todos hidalgos, esto es, siendo todos aristócratas. Por eso, hablar de democracia en España es música celestial; no podemos ser demócratas, porque queremos demasiado a nuestra familia. En la actualidad vivimos en plena democracia, y estamos asistiendo al espectáculo interesante de la formación de un nuevo patriciado, de una aristocracia política, constituida por la aglomeración en los cargos públicos de gentes enlazadas por vínculos familiares. No gritemos contra los yernos, los sobrinos, los cuñados y los primos, porque ahí está nuestra salvación, en ese plantel de aristócratas de nuevo cuño que en el porvenir han de dar muchos días de gloria a la patria, o por lo menos a sus respectivas familias.

- VI -

Donde se descubre el amor de los finlandeses al progreso y se explica la causa de este amor

La pereza intelectual que a todos nos domina nos induce a inventar fórmulas convencionales que nos ahorren el trabajo de estudiar a fondo las cosas. Así, para dar idea del carácter general de una nación, hay etiquetas o muletillas muy usadas que dejan completamente satisfecha nuestra curiosidad: «ese país es refractario a la cultura»; «este es amante del progreso», y «aquel avanza de un modo visible por la senda de la civilización». Con arreglo a esta fraseología, es lícito decir que Finlandia es un país que ama el progreso y avanza a galope tendido por todas las sendas que a él conducen. Ahora lo que falta saber es lo principal, es decir, lo que aquí entienden por progreso; porque, si interpretaran la palabra al revés que nosotros, caminando hacia el progreso irían a dar en donde nosotros menos pudiéramos figuramos.

La idea corriente hoy por hoy sobre el progreso es, por desgracia, demasiado material: no se da apenas importancia a lo que es en cada pueblo la vida de familia, las relaciones amorosas, el trato entre amigos, la unión de las diversas clases sociales, y en particular de amos y criados; se atiende principal y casi exclusivamente a la extensión de la red de ferrocarriles, estado de las carreteras, servicios de correos, telégrafos, estadística comercial y cotización de los fondos públicos. Un pueblo cuyos valores se cotizan a la par puede sin reparo degradarse y vivir en la corrupción más escandalosa; siempre será más culto que aquel otro cuyas cotizaciones anden entre el 70 y el 80 por 100. Como la familia existe desde el origen del mundo, y los adelantos mecánicos son cosa fresca, estamos aún en el período de la novedad, y no queremos convencernos de que los tan celebrados adelantos solo traen servicios útiles para la vida y que lo esencial continúa siendo la vida en sí: una vez que la familia se desorganiza, que las relaciones sociales se resquebrajan, que la vida

colectiva se corrompe, el progreso material no sirve más que para cubrir las apariencias y para engañar a las gentes superficiales; es un progreso hipócrita y menguado, que sirve solo para prolongar indefinidamente la existencia infructuosa, y a veces nociva, de los pueblos que a él se acogen.

En punto a progreso material, aquí en Finlandia existe cuanto puede apetecer el más descontentadizo; más que progreso, hay ensañamiento por el progreso y por muchas cosas que no lo son. Tienen, por ejemplo, la manía de rapar los jardines, y no dejan que la hierba levante una pulgada del suelo: concepción democrática mala. En cuanto un tallo verde asoma, tímido, entre dos piedras, viene una mujer con un gancho y lo arranca, como si se temiera que con el tiempo interceptara las atarjeas o la vía pública. Y lo mismo pudiera decirse del adoquinado, del arrecifado y de los demás servicios de urbanización. A mí no me gustan estos excesos; y, si por mí fuera, la hierba crecería a sus anchas hasta que le llegara la hora de agostarse, y las vías públicas tendrían muchos altibajos. En Atenas no fue conocido el entarugado, y andaban por las calles personas de más viso que las que hoy se echa uno a la cara: quizá, si allí se hubieran dedicado a afeitar jardines y a adoquinar calles, hubieran desaparecido sin dejar rastro.

La psicología tiene sus misterios, y no es fácil ver así, de golpe, la influencia que en nuestro espíritu ejercen las formas exteriores que habitualmente nos rodean y nos moldean sin que nos demos cuenta de su sorda labor. Nuestro orgullo nos hace creer que estamos solo sometidos al influjo de los objetos en que voluntariamente fijamos nuestra atención; pero acaso sea más enérgico el influjo de lo imperceptible y de lo despreciable. Un hombre que habita en una ciudad desigual, con calles quebradas, con jardines semisalvajes, circundado por la belleza natural que la tierra da de balde, es un hombre apto (si se decide a trabajar, justo es decirlo) para la creación de obras originales: por lo menos es un hombre llano, natural, sin artificio; ese mismo hombre habita en otra ciudad muy bien entarugada, alineada, arrecifada, barrida y fregada, e insensiblemente comienza a perder los rasgos más salientes de su personalidad: comienza él también a alinearse, a recortarse, a pelarse, a afeitarse y a engomarse; en una palabra, a estropearse por fuera y por dentro, y quizá al encontrar un amigo en la calle no sepa ya saludarle familiarmente, sino haciendo varios movimientos mecánicos y ofreciendo, en vez de toda la mano, como antes se hacía, el dedo índice, que parece apuntar como cañón de revólver. Estas y otras bellezas nos trae el progreso mal

entendido, y nos las trae por nuestra ignorancia, porque no vemos el enlace que las cosas entre sí, a la callada, mantienen.

Una señora finlandesa me preguntaba cierto día: —¿Es verdad que en España, cuando pasa una mujer bonita, los hombres le echan a los pies la capa y el sombrero? —Sí señora: es verdad —contesté yo—; pero desgraciadamente la costumbre se va perdiendo. —¿Y cómo explica usted ese cambio? ¿Es que se vuelven ustedes más calmosos, menos enamorados y galantes? —No es eso, señora mía; es que ha decaído mucho la capa; hoy se usa con preferencia el gabán, y la nueva prenda no sirve para el caso. La capa va suelta sobre los hombros, y en menos que se piensa, en un abrir y cerrar de ojos, está extendida en el suelo: el movimiento es elegante y artístico. En cambio, el gabán es una prenda sin gracia: no hay modo de quitárselo en medio de la calle, pues parecería que se iba uno a desnudar; si se le extiende sobre el suelo, tomará mil figuras, y todas ellas serán antiestéticas, y hasta sería posible que la beldad a quien se pretendía rendir homenaje tropezara y cayera por nuestra culpa. Y, en cuanto al sombrero, como ahora se gastan de casco duro, al tirarlo al suelo iría botando como una pelota y se llenaría de bollos y piquetes. Los españoles somos, pues, como éramos; pero el traje ha cambiado y no nos deja hacer lo que antes hacíamos.

Hechas estas salvedades, para que conste al menos que a mí los adelantos no me turban hasta el punto de cegarme y entontecerme por completo, no tengo inconveniente en reconocer las ventajas del progreso material y en guiarme por este, como signo ulterior, para descubrir el progreso efectivo de las naciones; pero tengo que separarme de nuevo de la corriente general y decir que no me bastan los hechos; que yo doy más importancia que a los hechos a la forma en que se presentan.

Lo característico de Finlandia es el entusiasmo con que se aceptan todas las innovaciones de utilidad práctica, la rapidez y perfección con que todo el mundo se las asimila. En España tenemos ferrocarriles; pero no solo los tenemos de mala manera, sino que en algunos casos hemos llevado nuestra mala voluntad hasta el extremo de que el tren sea derrotado por la diligencia. En nuestra provincia existe ese raro fenómeno. Aquí los ferrocarriles son del Estado finlandés, y, a pesar de lo escaso de la población, dan ingresos muy lucidos; en cuanto al servicio, casi compite con el alemán, que es el más perfecto de Europa. —El teléfono es aquí tan usual como los trastos de cocina; es una persona más en cualquier conversación. Muchas veces ocurre

una duda que puede ser resuelta por alguien que está ausente: al minuto se tiene la respuesta, casi como si el consultado se hallara en la reunión. —No conozco ciudad donde existan, proporcionalmente al número de almas, más carruajes que en esta: están distribuidos por toda la población y en constante movimiento; son muy ligeros y baratos, y los usan hasta las clases pobres. —Por el velocípedo hay verdadero delirio, y las mujeres lo han aceptado como instrumento de emancipación; no se da un paso sin topar con una señorita montada en su bicicleta: si os fijáis por detrás, veréis que de esa parte del organismo que sirve, entre otras cosas, para sentarse, pende en forma humorística un cartelito donde se lee un número, que quizá pase del cuatro mil: ese número, que es el del registro velocipédico, indica a las claras el abuso que se hace del pedal. Porque aquí no se fijan más que en el ahorro de fuerzas, y, en cuanto una novedad es útil, todo el mundo la acepta en masa, sin que a nadie se le ocurra criticar ni dárselas de refractario.

Yo hice un día ciertos reparos al hecho de que una señora vieja y horriblemente voluminosa fuese también dando tumbos en una angustiada bicicleta (por cierto que ese día sentí por primera vez algo nuevo: la compasión por un aparato mecánico), y la persona a quien me dirigía solo me contestó: «Yo lo encuentro bien; es útil». —Finlandia es el país de los lagos: casi todas las ciudades y pueblos del interior están unidos por vías navegables surcadas continuamente por vapores; y no es extraño el caso de que un campesino se encargue durante una travesía de dirigir una embarcación con la seguridad de un marino práctico. Y como estos hay mil hechos curiosos que revelan la satisfacción rústica con que son aquí acogidos todos los adelantos y la prontitud y perfección con que se los introduce en la vida vulgar y corriente.

Mas no se crea que tan ardiente amor al progreso es signo de energía espiritual; es todo lo contrario. La opinión irreflexiva ve en la actividad febril de un hombre que se pasa la vida rodando por los trenes, dando órdenes por telégrafo y por teléfono o yendo como una centella en velocípedo, una prueba de robustez cerebral extraordinaria; cuando en realidad lo que debe verse en todo eso es un desequilibrio orgánico: la exaltación de la fuerza muscular y la atrofia del sistema nervioso. He aquí la causa de que los pueblos meridionales sean por temperamento refractarios a las innovaciones mecánicas e incapaces de resistir el ajetreo excesivo de los novísimos medios de locomoción.

El tipo perfecto del hombre activo es el norteamericano; hoy es ya popular en Europa la idea del *yankee* a lo Bourget: un hombre vulgar de alma y cuerpo poseído por la manía de reunir muchos millones; posee alguna línea de ferrocarriles, y, si llega el caso, alguna ciudad entera, que fundó por su cuenta y riesgo o que ganó en una jugada de Bolsa; trabaja día y noche en su bufete, con un aparato telefónico en cada oreja, el telégrafo enfrente y un expreso de propiedad particular silbando a la puerta, por si los negocios exigen de repente un viaje de cuatro o seis mil kilómetros; y, por último, el pobre hombre cae un día muerto sobre su escritorio a consecuencia de un ataque cerebral, mientras su mujer da un baile en París o en Cannes, o juega fuerte en Montecarlo. Hay sin duda en estos rasgos exageraciones de tipo novelesco; mas lo novelesco difiere poco de lo real: en el estudio de Bourget, *Outre-Mer*, aparecen figuras semejantes a la que yo he indicado en cuatro líneas, y *Outre-Mer* no es un libro humorístico, aunque a ratos lo parezca.

Tan extraordinario derroche de actividad no podría prolongarse mucho tiempo si estuviera alimentado por la inteligencia: yo he visto funcionar grandes empresas comerciales, y he comprendido sin gran molestia la marcha de los negocios; y, una vez dominada esta primera dificultad, he visto que todo se reduce a una rutina para la que solo se requieren facultades de resistencia. La gente profana, que no ve más que la complicación aparente de las operaciones, piensa que el que las dirige es un hombre de genio: una vez en el secreto, se convencería de que aquel trabajo está al alcance de cualquier burro de carga. Yo encuentro un gasto mucho más grande de energía en el que crea una obra de arte; y, si se quiere un ejemplo de actividad material, diré que más fortaleza física se requiere para ser matador de toros que para ser millonario al estilo *yankee*. No hay que ir a América para hallar hombres fuertes; para lo que hay que ir es para encontrar temperamentos que resistan la tensión pasiva a que nos condena el progreso mecánico.

A un amigo mío, lagartijista entusiasta, le oí referir una anécdota muy significativa sobre el insigne maestro cordobés. Se hablaba de lo malo y de lo bueno que tienen las profesiones y oficios, y se llegó a tocar el toreo; y alguien le preguntó a *Lagartijo* qué era lo que más le disgustaba de su profesión, a lo cual el interpelado, con una concisión digna de Tácito, contestó: «Er tren». En estas dos palabras, mejor o peor dichas, hay más sustancia psicológica que en todos los tratados de Psicología que sirven de texto en los Institutos. Un torero de raza se halla en su elemento mientras lucha, mientras su actividad libre e inteligente está enfrente del toro, y se

fatiga de ir incrustado en un vagón, prueba evidente de que para resistir el traqueteo de los innumerables vehículos de nuestra época la energía natural del temperamento es más bien un obstáculo; lo que el vulgo toma por actividad es inercia: ese hombre que va cincuenta horas en tren no va, sino que lo llevan; él no hace más que aguantarse.

He presentado estos dos tipos de actividad para hacer ver, por medio de ejemplos conocidos, lo que son los finlandeses. El finlandés se aproxima al tipo *yankee*: no tiene campo de acción para ejercitarse en empresas de alto vuelo, pero en su esfera funciona como un organismo libre, adaptado a una función mecánica; es calmoso hasta un extremo desesperante, pero tiene una constancia a prueba de bomba; su entusiasmo progresista nace, propiamente hablando, de su pereza, del deseo de economizar tiempo y de molestarse lo menos posible. La primera advertencia que me hicieron a mí al llegar, cuando di mi ropa blanca a la lavandera, fue que tardarían en lavarla, según es costumbre, de dos a tres semanas; y como en el lavado ocurre con muchas cosas más. Aquí no quieren trabajo extraordinario ni apresuramientos; gustan de la regularidad, y dan a cada obra su plazo marcado e inflexible. Yo hace ya muchos años que no tengo reloj, y lo suprimí después de tenerlo otra porción de años parado. En España esto sería una dificultad, y fuera de España también he caído en faltas graves por no saber nunca la hora; aquí he resuelto el problema, porque cada ciudadano es un aparato de relojería: la muchacha que enciende las estufas, las ocho; la mujer de la leche, las ocho y media; mi *staederska*, las nueve; el correo de la mañana, las diez; el almuerzo, las once; la joven que viene del *kontor*, las doce; segundo correo, la una; la chica que vuelve de sus clases, las dos; mi vecina, una joven pintora, va a comer, las tres; la *doktorinna* pasa en bicicleta, las cuatro. De aquí en adelante ya no se distinguen los bultos; hay un intervalo hasta las nueve, en que mi criada viene a hacerme la cama. Porque aquí, dicho sea de paso, las camas son duras como piedras y las hacen cuando se va a dormir.

- VII -

El corresponsal traza un inesperado y curioso paralelo entre la manteca finlandesa y los jamones de Trevélez

En una de las innumerables revueltas estudiantiles que agitaron la vida escolar de mi tiempo, no recuerdo en cuál, en una que sería provocada, como de costumbre, por las reacciones gubernativas en vísperas de Nochebuena, se reveló, salió a luz un nuevo orador, que desde lo alto de una reja nos arengó, nos entusiasmó y nos inflamó a los incipientes revolucionarios: era el joven tribuno un prodigio en el arte de escalar rejas y de enardecer a sus semejantes. En la reunión se hallaban dos señores viejos atraídos por la curiosidad, y tengo muy presente que el uno dijo: —Ese muchacho llegará a ministro; me lo da el corazón. —¿En qué te fundas? —repuso el otro—, porque yo creo que lo que está diciendo es una sarta de disparates. —No importa: dice disparates, pero los dice bien, y además tiene una agilidad sorprendente para encaramarse en sitios altos; repito que ministro tenemos.

Muchas veces he recordado la profecía (que se realizará, no cabe la menor duda), y he pensado que aquel flamante tribuno tenía una cualidad muy recomendable: la de ser siquiera hombre franco. Aspiraba a salvar el país, y lo decía para que nos enterásemos. ¡Cuán diferente es Fernández! Fernández ha publicado un tomo de poesías con el título de *Rugidos de un loco*: las ha dedicado a un personaje influyente de la situación, y ha recibido una credencial de ocho mil reales en el Ministerio de Hacienda; ya es poeta distinguido, y cuando ascienda a doce mil será poeta inspirado; si llegase a jefe de sección, sería eminente; y genial si consiguiera el nombramiento de Consejero de Estado: aún le queda que rugir para que sea verdad tanta belleza. —Gómez es un autor dramático. Ha compuesto un drama en que figura un genio falto de recursos y, lo que es peor, enamorado de una señorita de buena casa; pero el genio lucha y logra un acta de diputado y se casa a seguida, sin dificultad; y, al caer el telón, el público piensa que el genio es el

mismo Gómez, y que el drama es una indirecta; y el público está en lo firme. —Pérez ha llegado a concejal. Pérez es un joven de provecho que desea ser útil a sus conciudadanos: ha estudiado a fondo todas las «cuestiones vitales» de la vida municipal y tiene en cartera un plan completo de reformas: ocho grandes vías cruzadas, y en los cruces plazas muy grandes con monumentos muy pequeños, para que no haya estorbos, y un red de tranvías que circularán con gran rapidez. Y algunas personas respetables que conocen el pie de que cojea la Humanidad en general, y Pérez en particular, piensan que a Pérez, como a Gómez, habrá que darle un acta para que vaya a desahogarse al Parlamento, porque si no es capaz de echar la ciudad abajo. Si fuéramos a multiplicar los ejemplos, tendríamos un volumen de *caracteres* como los de La Bruyère, hasta tal punto nuestra sociedad abunda en tipos de nuevo cuño, forjados todos en el yunque de las necias y vulgares ambiciones. Pero no puedo olvidar un tipo que rebosa interés por los cuatro costados; un amigo y antiguo condiscípulo: González. González es un alpujarreño, de familia bien acomodada, y aspira a ser el representante de su distrito natural. Ha creído descubrir la causa de los males que afligen a sus electores, y ha comenzado una campaña de propaganda enérgica; lleva pronunciados más de doscientos discursos, cuya síntesis se halla en el siguiente silogismo: «Todos nuestros males provienen de no tener medios fáciles de comunicación; para tenerlos hace falta un hombre que se mueva donde hay que moverse; pues bien; yo me ofrezco a ser ese hombre». El argumento, como se ve, no admite réplica. Yo, sin embargo, creí que no estarían de más algunas aclaraciones, y, apoyado en la antigua amistad que me une con González, le escribí la siguiente carta:

«Estimado amigo: Leo con sumo interés las noticias que da la prensa sobre tu brillante campaña política, y encuentro en ellas un buen agarradero para reanudar nuestras viejas y un tanto olvidadas relaciones. El mundo es demasiado grande, y cuando dos amigos se separan no saben cuándo ni cómo se volverán a encontrar: lo más que puede hacerse es tener confianza en la firmeza de la amistad y en el servicio de correos. Así, pues, me daré por contentísimo si esta carta que te escribo desde las cercanías del Polo Norte llega a tu poder, y te suena a consejo de amigo verdadero y desinteresado. Y ahora empieza mi cuento.

»No hallo nada que censurar en tus aficiones políticas; sé que dispones de recursos sobrados para vivir, y que solo te espolea el pícaro deseo de colocarte en un sitio visible y en el que te sea fácil trabajar por el bien común. Tú no vas a ensuciarte, estoy seguro de ello, y eres una 'fuerza sana' de

nuestra política. Pero a mi ver equivocas el camino, y porque creo que te equivocas es por lo que molesto tu atención.

»Desde que llegué a este país, habré leído hasta cuatrocientos artículos referentes a la manteca; yo, que soy poco amigo de grasas, estoy, solo de leer, empachado. Todos los días traen los periódicos algo sobre la manteca; *smoerfragan* es el epígrafe general de los trabajos que se publican sobre 'la cuestión de la manteca'; debe de haber redactores especiales que conozcan a fondo tan sustanciosa materia, y luego hay otros epígrafes como *smoerexport*, exportación de mantecas; *smoerrnoteringar*, notas de precios del artículo; *smoerprofningarna*, o sea, ensayos y análisis, etc.

»Es decir, que aquí hay una porción de personas distinguidas que se consagran principal y acaso exclusivamente al estudio de las mil cuestiones que afectan a la preparación y exportación de manteca. Después de la madera en bruto o labrada, artículo que ocupa el primer lugar en la exportación, viene la manteca, que compite en calidad y precio con la más celebrada de Holanda o Dinamarca; y como es necesario aumentar constantemente la exportación para adquirir otros muchos artículos indispensables para la vida, los trabajos de quienes en estos asuntos se ocupan son patrióticos y celebrados con igual título que los de la política, las ciencias o las artes.

»Viendo lo que aquí ocurre y leyendo lo que tú dices sobre la necesidad urgente de construir carreteras en tu distrito, se me ha ocurrido pensar que tienes un medio más seguro de extender tu influencia y de conseguir el triunfo de tu candidatura. Si mal no recuerdo, tu abuelo amasó la fortuna de que tú ahora disfrutas negociando en jamones alpujarreños, en los jamones famosos y celebrados *urbi et orbi* bajo la advocación de Trevélez. ¿Por qué no reanudas tú los negocios con los medios e inteligencia que posees, y 'creas una fuente de riqueza' que con el tiempo abriría ella sola sus propios caminos? Tú me dirás que antes de trabajar hacen falta medios de comunicación, y caeremos, como siempre ocurre, en el insoluble problema de qué fue lo primero: el huevo o la gallina. Yo tengo vehementes sospechas de que lo primero fue la gallina, y de que lo primero que debe haber en tu distrito es una gran exuberancia de jamones. Si pusieras manos en el asunto, tendrías materia para no acabar nunca: 1.º, mejoramiento de la raza porcina por medio del cruce y de la alimentación apropiada: libros hay escritos sobre el particular, y tú podrás hacer observaciones y ensayos por cuenta propia y escribir un nuevo tratado; y si te sientes poeta, componer un poema épico con

el título de la 'Cerdada'; 2.º, preparación y conservación de jamones hasta conseguir que los de Trevélez, no solo sean muy buenos, sino que sean los mejores del globo, y dejen tamañitos a los de Westfalia; 3.º, lanzamiento del artículo con arreglo al arte comercial moderno, para aumentar el consumo hasta donde lo permitieran los medios de producción. Hay, pues, tela cortada para rato. No creo que tengas impedimento alguno para trabajar en tan bella obra; hoy no deshonra ningún oficio, y si quedan aún algunas preocupaciones ridículas, hay que echarlas abajo con hechos contundentes. Ya sé que tú desciendes en línea recta, según los genealogistas más autorizados, nada menos que del conde Fernán González. Pero hoy trabajan también los aristócratas, pues en algo han de entretener el tiempo. No ha mucho hice yo un viaje a Hangoe, y fui todo el camino hablando con un noble finlandés, el barón Hisinger, dueño de una gran fábrica de instrumentos agrícolas, establecido en Bilnaes; y todas sus preguntas iban encaminadas a averiguar los derechos de importación de herramientas en España, precios, estado de nuestra industria metalúrgica, etc. La idea de mi interpelante es fabricar más barato aún que los alemanes y crear un nuevo ramo de exportación, y todo podría ser que lo consiguiera. No dejes de contestarme, diciéndome con franqueza qué te parece mi consejo, y cuenta siempre con la buena amistad de tu antiguo condiscípulo y amigo invariable, etc.».

A esta carta mía contestó a vuelta de correo mi amigo con otra, que copio a la letra, no sin sentir cierto escozorcillo por el abuso de confianza que a sabiendas cometo:

«Mi muy estimado amigo: Ante todo, un millón de gracias por tu carta, que me ha llenado de satisfacción. Al cabo de cinco años de silencio, lo que yo menos podría esperarme era una carta tuya, y una carta escrita desde donde la escribes. ¿Cómo podía yo figurarme que te acordaras aún de mí, y que estuvieras tan al tanto de las idas y venidas de este pequeño átomo social? Te repito que tu carta ha sido para mí una verdadera sorpresa.

»En efecto, amigo mío: me picó la moscarda política, y más que por vanidad, como supones, por compromisos, ando en estos belenes, de los que acaso salga con las manos en la cabeza. La verdad es que me aburría sin hacer nada, y que ahora por lo menos me distraigo; la política, cuando se le toma el gusto, tiene grandes atractivos, que compensan ampliamente los disgustos y quebrantos que proporciona.

»Pero, aun así y todo, dichoso tú que huyes como un filósofo de estas miserias humanas, y que no te tomas ni el trabajo de comprenderlas. Y digo esto, porque tu carta revela un desconocimiento tal de lo que es nuestra nación, que parece que escribes, no ya desde Finlandia, sino desde la Luna. Si yo siguiera tus consejos, no sería flojo el regocijo que daría a mis adversarios; hoy me ponen reparos, porque mi fortuna viene del negocio que a ti te entusiasma; si yo reanudara la tradición familiar, me llamarían el marqués de los Jamones y habría concluido mi vida política. Hay dos o tres negocios que están de moda y en los que se puede trabajar sin peligro: por ejemplo, la fabricación de azúcar. Cuando se habla de un ingenio, el público se figura algo muy grande, en que el amo es como un reyezuelo o un señor a la antigua; se recuerda que en los ingenios había antes esclavos a quienes apalear, y la imaginación, recogiendo estos y otros detalles, forma su caramillo y encubre la parte vulgar que puede haber en ese género de industria. Pero en la de jamones no hemos dado aún un paso, y todo el que la toque se ensucia.

»Yo no quiero aumentar mi caudal: quiero vivir sin preocupaciones; y para no estar completamente ocioso, me he metido en la política. Y como hay necesidad de hablar, hablo sobre el tema que más interesa ahora: sobre los medios de comunicación. El tema es inagotable, y una vez que se le domina se pueden improvisar bellos discursos, en que se habla de las carreteras como lazos de unión entre los hombres, como red de arterias y venas por donde circular la riqueza, es decir, la sangre de los pueblos. Esto gusta y a esto hay que atenerse.

»Quizá en el fondo tú llevas la razón; pero en mi distrito soy yo quien está en lo firme. Esto no es Finlandia, y yo creo que es mejor que Finlandia; porque aquí queda aún fantasía, y no estamos aún subyugados por el materialismo ni por el utilitarismo. Por lo demás, yo te aseguro, con la consiguiente reserva, que si salgo adelante con mis planes, no he de hacer nada para que construyan vías de comunicación: hay que ir dando largas y dejando el trabajo a los que vengan detrás, porque las gentes nunca están satisfechas, y si se les da lo que ahora piden, no tardarán en pedir algo nuevo.

»Dispénsame la excesiva franqueza con que te hablo; examina con imparcialidad mis razonamientos, y creo que comprenderás el error en que te hallas; y que esto no sea ocasión para que se interrumpan de nuevo nuestras relaciones, que desearía estrechar con una correspondencia continuada y frecuente, tu amigo, etc.».

Después de leer esta carta he pensado: «González es un pícaro; pero González lleva toda la razón».

- VIII -

Diversos estados sociales de la mujer: solteras, casadas, viudas y divorciadas

Cuando se escribe sobre cualquier país, basta de ordinario hablar del hombre. El hombre es el ser humano en general, varón o hembra, y lo que de él se dice se aplica a los dos sexos. Aquí en Finlandia la regla no es estrictamente aplicable, porque la hembra ha sacado los pies del plato. La *kvinna*, la mujer, es pájaro de cuenta: tiene su personalidad propia y bien marcada, y merece un estudio psicológico aparte. Voy, pues, a escribir varias cartas sobre la mujer, estudiándola de fuera adentro, y principio mi tarea por lo que es más exterior: por el estado social. Hablaré de las solteras, de las casadas, de las viudas y de las divorciadas; de las monjas no puedo hablar, porque no las hay.

El tipo más curioso de la mujer es la soltera que vive sola. La que vive con su familia es poco más o menos como en todas partes, solo que aquí tiene una libertad de movimientos extraordinaria. Desde pequeños, los muchachos y las muchachas estudian juntos en la escuela y van y vienen en pandilla; y esta unión, esta intimidad se prolonga durante los estudios secundarios, que forman la educación corriente de la mujer, y los facultativos o universitarios, seguidos también por gran número de señoritas. La mujer ve en el hombre un compañero de estudios, un camarada, un amigo, con el que se puede tratar como una amiga, salvo en los casos en que la amistad se transforma en sentimiento más íntimo, en *kaerlek* o amor. Mas este amor no es chispazo divino ni un arrebato frenético: es una amistad más tierna y cariñosa. La palabra *kaerlek* se compone de *kaer*, que se pronuncia *cher*, y significa en francés «querido», y de *lek*, que quiere decir «juego»: así, pues, *kaerlek* no es más que un «juego de afectos», una broma sin consecuencias. Hay mujeres que caen; pero caen porque quieren, después de pensarlo muy despacio; la cabeza está siempre despejada y el corazón funciona como un cronómetro.

Solo un Hércules podría acometer el trabajo de trastornar la brújula de una mujer finlandesa.

Aunque aquí la mujer no es tan libre como en Rusia, no faltan señoritas que comprendan, al menos teóricamente, las ventajas de la unión libre; pero si se decidieran a cometer una tontería, la cometerían intelectualmente. La frescura del temperamento, apoyada por la instrucción, salva a estas mujeres de la caída pasional; de suerte que para engañarlas no queda más camino abierto que el de la propaganda científica. Don Juan tiene que convertirse aquí en maestro de escuela, porque Doña Inés está cargada de diplomas; en vez de declamar tiradas de versos apasionados, tiene que discutir como un sofista. Para comprender la concepción amorosa de este país, basta ver en los escaparates de las librerías las colecciones de estampas que están de muestra: muchas son de las que en España se venden *de ocultis*; lo que para nosotros es obsceno y peligroso, porque forma parte de las costumbres —de las malas costumbres—, aquí es inofensivo, porque dista mucho de la realidad. Una joven que ve una mujer desnuda en actitud escabrosa, cree que aquello es mitológico y se queda tan tranquila como si viera la Venus de Milo. A una señorita, conocida mía, muy aficionada a la literatura francesa, le di yo una vez varios periódicos y revistas, advirtiéndole que faltaba un número de cierta revista parisiense en el que venía una escena, no ya indecente, sino hasta sucia. —Eso no importa —me contestó la *troeken*, un tanto picada por el acto de tutela que yo pretendía ejercer—: no tenga usted reparo en dármelo. Yo miro esas cosas desde un punto de vista artístico.

La mujer finlandesa sabe usar de su libertad. Como en España los padres dejan ir a sus hijos a estudiar a las capitales donde pueden seguir la carrera que se ha elegido, aquí se deja también ir a las hijas. Hay muchas señoritas que viven solas como los hombres: unas vienen a estudiar o a pretender empleos; otras trabajan en oficinas públicas o privadas; dan lecciones de idiomas, de música, de pintura. Tienen sus amigos y dan pequeñas reuniones en las horas libres de trabajo o en los días de fiesta. No hay inconveniente en que una joven vaya a casa de un hombre soltero a dar lecciones o a tomarlas, ni en que a su vez invite a un amigo a tomar una taza de té y a charlar un rato. El público no murmura mientras no hay actos «exteriores» que dan a entender que se han perdido los estribos. Dentro de su casa cada cual hace lo que quiere; una mujer que da lecciones de idiomas no es más que una *spraklaerarinna*, y sus discípulos aprenden o no aprenden, a nadie le interesa saberlo. La ley no puede hacer más que prohibir la aglomeración de señoritas

solas en una casa cuando no se va por buen camino; no está permitido que vivan juntas más de dos.

De estas mujeres sueltas, algunas se encariñan con la vida libre y sacuden el yugo masculino: comienzan por hablar mal de los hombres; luego compran una bicicleta, y, por último, se cortan el pelo. Hay emancipadas palomas, de esas que pudiéramos llamar «feas definitivas», que cuando se cortan el pelo quisieran cortarse hasta el cráneo; pero las demás, las que tienen algún agarradero no pierden nunca la esperanza, y se dejarían crecer la cabellera si alguien con interés y cariño se lo aconsejara. Hasta he creído notar que las mujeres que se dedican a trabajos más vulgares tienen mayor propensión a la vida sentimental: el prosaísmo de sus ocupaciones les quita la gracia y delicadeza de la expresión; pero debajo de apariencias adustas, masculinas, se conserva la idea madre, la idea constitutiva de la naturaleza de la mujer: la de rendirse y someterse, de mejor o peor gana, a la autoridad natural del hombre.

Lo más extraño, dada la libertad de las costumbres, es la importancia que aquí tiene el noviazgo o prometimiento. Un hombre y una mujer pueden conocerse a fondo, tratándose como amigos íntimos, mucho mejor que en España los novios, cuyas relaciones están sujetas a mil cortapisas; y, sin embargo, no se dan por satisfechos: necesitan verse aún más de cerca, y de amigos pasan a *foerlofvade*. Con este título en los periódicos suecos, y con el de *kihloissa* en los finlandeses, hay en primera plana una sección donde los novios publican juntos sus nombres.

El *foerlofning* se reduce al cambio de anillos, y no crea ninguna obligación: hay señoritas que han tenido tres o cuatro; pero influye en las relaciones sociales, pues los novios pueden ir solos por todas partes, viajar juntos y permitirse alguna que otra expansión inocente. La joven que antes saludaba con un duro apretón de manos puede suavizar un poco el movimiento y manifestar su ternura arreglándole la corbata a su amante o limpiándole las pelusas del gabán. La moralidad no padece, porque el noviazgo es un período de prueba para la mujer, y esta sabe que en el juego le va el casorio.

Cuando los novios se han hartado de jugar (no se olvide que aquí el amor es un juego), se pasa a mayores y viene el casamiento, que se anuncia también en la sección de *Vigde*, en sueco, y *Vihity*, en finlandés, poniendo, como en la de *Foerlofvade*, el nombre de la mujer y el del marido, y además la iglesia en

que ha tenido lugar la ceremonia. Entonces empieza la mujer a funcionar en su papel propio, pero sin cambiar tan bruscamente de vida como la mujer española. En general, la mujer casada es aquí muy callejera, porque tiene el hábito adquirido en el período de soltería; mas aparte de este punto flaco y de que algunas señoras no se avienen al régimen autoritario, la mujer casada es excelente, continúa trabajando en labores que pueden hacerse en casa (esto aun en las familias de buena posición) y es un auxiliar del marido; es experimentada e instruida como el hombre y está unida con él, no solo por el afecto o por los intereses domésticos, sino por la comunidad intelectual.

Yo comprendo las ventajas de la familia intelectual a estilo finlandés, y prefiero la familia sentimental a la española. En España, un hombre de ciencia o de arte encuentra con dificultad una mujer que se interese por sus trabajos: tiene que pensar solo; pero el pensar no es toda la vida. Hay muchos hombres que no piensan casi nunca; y de los que piensan, hay también muchos que lo hacen de tarde en tarde: así, pues, lo intelectual en la mujer es secundario, si se atiende al papel que esta representa en la vida del hombre. Muy bello sería que la mujer, sin abandonar sus naturales funciones, se instruyera con discreción; pero si ha de instruirse con miras emancipadoras o revolucionarias, preferible es que no salga de la cocina. La mujer finlandesa no está conforme aún con su situación: envidia a la rusa y a la norteamericana, y cree que a fuerza de estudios ha de lograr nivelarse con el hombre; mas al casarse, y a veces antes, nota que la tiranía no viene del hombre, sino de la naturaleza femenina, y particularmente de la maternidad, y procura descargarse de este fatigoso deber. Hay quien cree que a las señoras inteligentes se les seca la matriz; yo opino que lo que se les seca es la voluntad. En cuanto una mujer adquiere conciencia exacta de sus obligaciones, y obra, no por instinto, sino por reflexión y cálculo, se insubordina contra su propia naturaleza, donde está la causa de sus penalidades, y se convierte en un hombre estrecho de hombros y corto de piernas, en una calamidad estética y social.

Aunque aquí se nota a las claras que los duros trabajos de la generación corren principalmente a cargo de las clases pobres y de los campesinos, no se ha llegado todavía al ideal moderno. Y las señoras sabias y multilingües se resignan, bien que con marcado disgusto, a ser madres de familia. El nacimiento de un nuevo ser es aquí algo más importante que en España, y se anuncia también en la prensa como todos los actos de la vida familiar. No es necesario conocer a un periodista para que el público se entere del fausto

acontecimiento, pues en la primera plana de los periódicos hay una sección de *Foedde* o *Syntynit*, donde los padres dan cuenta del aumento de familia en los términos entusiastas con que aquí se hace todo. La forma más seria es poner en letras muy grandes: *En dotter* o *En gosse*, y debajo los nombres de la madre y del padre y la fecha y localidad, pues se anuncia el hecho dondequiera que los padres tienen amigos y quieren hacer público su regocijo. Ordinariamente, en lugar de *dotter* o hija se pone algo más expresivo, por ejemplo: *En frisk flicka, En rask flicka* —una robusta niña—; *En naett toes* —una linda muchacha—, y si es en finlandés, *Reipas Tyttoe*; y en vez de *gosse* o niño, *En rask gosse, En duktig gosse* o *Reipas Poika*, y otros semejantes. Este y otros mil rasgos existen aquí, que revelan cierto candor y naturalidad propios de pueblos primitivos, en pugna con los refinamientos de una cultura algo artificiosa.

Un hecho que me llamó la atención a poco de estar aquí fue la abundancia de mujeres viudas. Como el estado de viudez es en cierto modo el estado ideal para una señora culta, llegué a pensar si habría de por medio algún misterio grave. La causa, sin embargo, es sencilla e inocente. Con el sistema moderno de los escalafones, un hombre no puede sostener decorosamente una familia hasta que se acerca a la vejez, y aquí con mayor motivo, por ser la vida más costosa y mayores las exigencias de las mujeres. Por otro lado, la mujer finlandesa es muy práctica y no se conforma con amar a secas; aquí no tiene aplicación el «contigo pan y cebolla», entre otras razones porque no se crían cebollas; y luego el clima conserva mucho a las personas, y para los efectos del matrimonio un hombre a los cincuenta años representa lo que en España uno de treinta y cinco a cuarenta. Las mujeres finlandesas no les hacen ascos a los viejos, y bueno es que la noticia circule. Un señor de cincuenta a sesenta años y en posición desahogada, puede aspirar a la mano de una muchacha, y lo que es más bello, a inspirar un verdadero amor, si es amor lo que aquí recibe ese nombre. Estas uniones desiguales tienen además la ventaja de que el viejo galán suele perecer pronto en la aventura y dejar a su joven esposa con medios para vivir independiente y en condiciones admirables para divertirse y ser ornamento de la sociedad. Hay un sacrificio un tanto doloroso: el de que se muere; pero la comunidad sale altamente gananciosa.

Tanto la mujer casada como la viuda disfrutan del título del esposo y lo ponen antes del nombre; la mujer de un «doctor» es *doktorinna*; la de un «pastor», *pastorka*; la de un «ingeniero», *ingenioercka*; la de un «presidente», *presidentska*; la de un «capitán», *kapteuska*, y por el estilo centenares de

nombres, incongruentes algunos con la condición de la mujer; las viudas se ponen delante de esos títulos la palabra *enke: enkefrú* es la viuda en general, y luego hay *enkedoktorinna, enkesenatorska, enkeofverstinna*, etc. El uso del título está tan entronizado, que hasta en familia se usa entre padres e hijos. Una señora cuya hija esté casada con un coronel, preguntará por ejemplo: —¿Ha venido hoy la *keofverstinna*, la coronela? Las etiquetas sociales tienen un valor extraordinario: un nombre no significa nada mientras no se le antepone el título del cargo que su poseedor desempeña.

Para completar el cuadro de los estados sociales diré dos palabras sobre las mujeres divorciadas. En el interior del país, donde las costumbres son más primitivas, donde se peca mucho contra la moral, pero más bien por ignorancia que por malicia, la especie es desconocida; en las ciudades existe como consecuencia necesaria de la civilización. En España no tenemos idea de la divorciada más que por lo que nos cuentan de la nación vecina, donde el tipo es algo escandaloso; aquí el divorcio es natural y debe existir, porque encaja muy bien en la concepción de la familia. En España no sería posible establecer escuelas mixtas, y en Francia hubo hace poco un gran alboroto por los abusos cometidos en el colegio de Cempuis, donde se intentó ensayar el sistema; aquí estudian juntos muchachas y muchachos sin la menor dificultad. Entre novios existe ya algo que indica la conveniencia de permitir el divorcio: de la amistad se pasa, como vimos, al *kaerlek*; cuando este acaba, se vuelve a la amistad, y los que fueron novios continúan siendo grandes amigotes. Una señorita conserva cuidadosamente todos los recuerdos de sus amoríos y se los enseña a todo el mundo, hasta a las mujeres de sus antiguos novios, de las que suele hacerse amiga por mediación de estos. Se ven cosas que denotan una frescura envidiable.

Respecto al divorcio, me contaron un hecho típico. Una señora, aburrida de su marido y enamorada de un obsequioso pretendiente, plantea en familia la cuestión de confianza, sin duda por no verse en la triste necesidad de faltar a sus deberes. El esposo comprende con claridad la nueva situación psicológica, y, agradeciendo la franqueza, se aviene a la separación; después la señora se casa, y el antiguo marido no sé fijamente si asistió a la boda, pero sí que continúa entrando en la casa del nuevo matrimonio como amigo íntimo de confianza. Yo declaro sinceramente que me gusta esta manera de jugar con todas las cartas boca arriba: el juego no tiene gracia, y los autores de tragedias se verían apuradísimos si toda la humanidad imitara a los enamorados que por aquí se gastan; pero el que ve las cosas desde fuera se divierte, y hasta se

encariña con quienes tan consoladores ejemplos ofrecen de cristiana fraternidad.

- IX -

Esbozo crítico, un tanto benévolo, de las cualidades estéticas de las mujeres de Finlandia

En casa del herrero… En España abundan las mujeres hermosas, y a pocos, quizá a ninguno, se les ha ocurrido disertar sobre un tema tan sabroso como el de la estética femenina: por esta razón, al hablar de la belleza de las mujeres finlandesas, voy a decir algo sobre el estado actual, de esta cuestión, tan importante, a mi juicio, como la de Oriente. Si me dieran a elegir el procedimiento para reformar una nación, elegiría sin vacilar uno que jamás ha sido puesto en práctica de una manera reflexiva: la transformación de las ideas estéticas del hombre respecto de la mujer, y viceversa. Un cambio de criterio en este punto trae consigo en breve plazo la transformación de la familia y la de la sociedad.

Por instinto y por costumbre, los hombres encuentran bellas a las mujeres; pero ni el instinto ni la costumbre bastan para fundar un criterio estético. Yo tengo una casa donde he vivido siempre: para mí no hay otra mejor ni más bella, porque la conozco a ojos cerrados, y todo cuanto en ella hay me recuerda momentos alegres o tristes de mi vida; como obra arquitectónica, es acaso una monstruosidad: carece de unidad, de proporción, de simetría, y, si se quiere, es una pura gotera; todo el mundo está deseando que la derriben en bien del ornato público, y, sin embargo, yo me hallo en mi casa como un doctor Pangloss en la mejor de las casas posibles. Lo cual no quita para que, si me obligan a echarla abajo, construya otra muy diferente. La casa vieja me gustaba por tradición; la nueva quiero que me guste por estar de acuerdo con mis necesidades o mis ideas.

¿No ocurrirá esto mismo con las mujeres? Nos gustan por tradición, porque nuestra vida está ya hecha a verlas; pero si pudiéramos reconstruirlas a nuestro gusto, ¿las reconstruiríamos como hoy son, o inventaríamos un nuevo

modelo? He aquí planteado en forma vulgar el problema metafísico de la estética femenina. Si a fuerza de imaginar o de cavilar llegamos a concebir una mujer más bella que la que hoy existe, tendremos un tipo de comparación para juzgar las mujeres reales. Y acaso lleguemos a la triste conclusión de que, prescindiendo de detalles de belleza circunstancial y pasajera, las mujeres que hoy existen en el mundo, las blancas y las amarillas y las negras, todas en absoluto son feas, según los principios fundamentales y perennes de la ciencia de lo bello.

En lo antiguo, los hombres eran más galantes, mejor educados; creían en la belleza del sexo femenino como en un dogma. Había mujeres bonitas y feas, como hoy las hay, con arreglo a los gustos de cada cual; pero todos los hombres convenían en las palabras sacramentales: «bello sexo»; hoy se hila mucho más delgado, y hay doctores que analizan las mujeres como sustancias químicas, o las miden como piezas de tela. Schopenhauer fue el primero que rompió abiertamente contra la tradición, y se esforzó por convencernos de la fealdad constitutiva de la mujer; y lo que el maestro declaró en forma humorística, numerosos discípulos se esfuerzan por comprobarlo con ayuda de todos los instrumentos y aparatos de la civilización. No ha mucho, «un sabio alemán», Rudolph V. Larisch, publicó un estudio serio y concienzudo sobre las *Imperfecciones estéticas de la mujer —Schoenheitsfehler—*, cuya conclusión es angustiosa: para Larisch, la mujer es un monstruo o poco menos; sus defectos son numerosos, pero todos se subordinan a una anomalía capital: la desproporción entre la mitad superior y la inferior del cuerpo. «Si a un aprendiz de encuadernador —dice Larisch— le dais a empastar un libro y le encargáis que coloque en la pasta un medallón con el título de la obra u otra especie de adorno, estad seguros de que lo colocará en el centro, porque así lo pide la estética más elemental. Pues bien; la mujer quebranta esa regla: su centro orgánico es el abdomen, por exigencias fisiológicas inevitables, y este centro cae demasiado bajo y rompe la simetría del organismo femenino».

Si la teoría de Larisch fuera fundada, habría que declarar que las finlandesas eran hermosas, al menos teóricamente, puesto que con la libertad de que disfrutan, con sus constantes ejercicios callejeros, se aligeran mucho de carnes y se quedan bastante escurridas. Mientras los hombres propenden a la gordura y llegan a adquirir gran caudal de tejido adiposo, las mujeres son flacas por lo general: hay mujeres voluminosas, pero las ideas son desfavorables a ese tipo, que es como el símbolo de la fecundidad, a la que estas mujeres tienen horror. Una mujer que tiene muchos hijos es una mujer a

la antigua, una «vaca» como dicen aquí; la mayoría de las mujeres se dedica a hacer gimnasia y a todos los géneros de deporte para conservar la soltura y la agilidad. Hay muchas que parecen flautas, y que satisfarían al «mullerimensor» Larisch, no por tener el centro de gravedad bien situado, sino por carecer en absoluto de centro de gravedad. En lo que se puede adivinar mirando por fuera se nota que no hay redondeces, que la estructura es esencialmente rectilínea; y de las interioridades casi me atrevo a pensar lo mismo. No ha mucho estuvo aquí una «bailaora», llamada *la Estrella de Sevilla*; una Carmen Juanita, criada en la Macarena, que llamó la atención, más que por sus bailes, por la fortaleza de sus cimientos: no se necesita ser muy agudo para inducir de este hecho que estas mujeres son enjutas de extremidades; y si yo fuera amante de la observación, las señoras velocipedistas me darían mil ocasiones para conformar esta inducción con el testimonio de mis sentidos.

Paréceme que es disparatada la tendencia que hoy se nota en la mujer a buscar la perfección estética en la regularidad de las proporciones. Una mujer no es una estatua, y no puede ser juzgada con la vara de medir: es un ser vivo, cuya belleza nace de la vida misma. Una mujer deformada por el exceso de maternidad es más bella que un marimacho, del mismo modo que un hombre inteligente, envejecido prematuramente por el exceso de trabajo mental, es más bello que un barbilindo. La belleza de la mujer está en su aptitud para vivir como mujer y en la obra que realiza como mujer. La imperfección que señala Larisch es lamentable; pero ocurre pensar: si tal como hoy existe, la mujer nos trae a los hombres de cabeza, ¿qué ocurriría si el Supremo Hacedor reformase su obra, ya acortando a la mujer de cintura para arriba, ya alargándole las piernas, de suerte que el cuerpo resultara más proporcionado y simétrico? Acaso el mundo no podría subsistir veinticuatro horas.

Hay que aceptar de mejor o peor gana la idea de que la mujer que hoy existe es inmejorable; que no es perfecta, porque la perfección sería un gravísimo peligro para el hombre; y luego hemos de juzgar la belleza relativa de las mujeres de las diversas razas o naciones, no con arreglo a un tipo convencional, sino por la función que desempeñan. Las más hermosas serían las femeninas. La belleza intelectual no está en saber mucho: está en saber lo que conviene; la belleza sentimental, no en la violencia de las pasiones, sino en su naturalidad; la belleza plástica, no en la perfección exterior, según tipos escultóricos, sino en la concordancia de la forma con los hechos que constituyen la vida propia de la mujer. Según los psicólogos misóginos, la

mujer es inferior al hombre aun en belleza; pero, aunque esto fuera verdad (y todas las mujeres creen que lo es), nada se adelanta con que el sexo débil se fortalezca y se adorne con todos los atributos masculinos: una hembra con pantalones no es un varón, es un adefesio. La mujer tiene un solo camino para superar en mérito al hombre: ser cada día más mujer. En todo el norte de Europa se trabaja hoy con ardor contra la emancipación: pregúntese a cualquier señorita de por acá cuáles son sus ideas, y dirá que quiere ser libre, pero no emancipada; aunque desee serlo, no lo dará a entender, porque comprende, por los ensayos hechos, lo ridículo de la parodia.

A mí no me satisface estéticamente la mujer finlandesa, porque es poco femenina. Hay señoritas, no muchas, de las que llaman *dockor*, muñecas. El drama de Ibsen *Ett Dockhem*, o *Casa de muñecas*, ha popularizado el tipo de la mujer sin carácter, que concluye por emanciparse, abandonando a sus hijos para mayor diversión. Pero lo corriente es el tipo varonil, la mujer que imita al hombre. En materia estética, este punto es para mí el más importante, porque las particularidades del tipo podrán tener algún valor para un extranjero hasta que llega a habituarse, pero después no significan gran cosa. Lo primero que me llamó la atención en estas mujeres, al llegar, fue su blancura un tanto aguanosa; aunque predominan las rubias, las hay también morenas como andaluzas, pero más claras; luego me chocó la variedad de tipos: a primera vista se distingue el tipo finlandés del eslavo o sueco o de los mezclados; la configuración del finlandés es algo semejante a la de la raza mongólica: los ojos un poco sesgados, la cara angulosa y los pómulos salientes; el tipo superior en belleza y en aptitudes intelectuales es el mixto, el sueco-finés. Otro detalle que me pareció extraño los primeros días fue la regularidad mecánica de los movimientos: mi primera criada, que era indígena pura, me hizo recordar a unos anamitas que anduvieron años atrás dando representaciones teatrales en varias ciudades de Europa: para saludar, por ejemplo, o para dar las gracias, doblan las piernas, como si fueran a ponerse en cuclillas, y dan un saltito al levantarse; los niños, saludando así, hacen mucha gracia.

Pero, pasados los primeros días y adquirido el hábito de ver caras nuevas, aquí y en todas partes las diferencias de tipo se desvanecen: lo que persiste y lo que, por tanto, tiene más fuerza es lo espiritual, lo que se desprende del interior de cada individuo y se refleja en la vida del común: ahí está la raíz del verdadero juicio estético. La mujer finlandesa es muy inteligente: no he encontrado ninguna excepcional; pero todas pasan de medianas; el promedio

de cultura es superior al de Alemania, Inglaterra o Francia, y, sin embargo, son contadas las mujeres que producen la impresión de la belleza intelectual, porque la instrucción no es completamente apropiada a la naturaleza de la mujer, y las funciones que esta desempeña en la sociedad son en muchos casos absurdas. En una reunión es uno presentado a varias señoritas; todas tienen su profesión, porque aquí la mujer trabaja como el hombre: una es gimnasta, otra profesora de lenguas, otra escribiente de notario, otra profesora de masaje, otra cajera de un Banco, y así por el estilo. La profesión importa poco; lo esencial es ganar dinero: decir «esa joven gana mucho dinero» es el elogio mayor que aquí puede hacerse. La escribiente es hija de un magistrado; la lingüista, hija de un conde; la hija de un doctor o de un diputado está al frente de un despacho de vinos. Todas estas señoritas, que trabajan para tener bolsillo independiente y poder divertirse, van al teatro a butaca, y después van a cenar en pandilla, hasta la una o las dos de la mañana, a los restaurantes a la moda. Según las ideas del país, ir al teatro a un sitio de segundo orden es deprimente; pero no hay reparo en ganar dinero en oficios que para nosotros deslustran. Ocurre, pues, que las mujeres estudian para ganar dinero, y después que entran en la vida exterior y mecánica sufren la presión de la rutina y pierden las actitudes estéticas, naturales en la mujer que hace cosas femeninas, como leer, coser, bordar, cuidar los pájaros, regar las macetas o pelar la pava. Aquí no comprenden cómo se puede pelar la pava varios años seguidos: los novios salen juntos a paseo, y a los pocos pasos se meten en algún restaurante a comer o a beber. La pasión gastronómica es tan desordenada, que todos los espectáculos concluyen siempre por ir a comer: si se va de visita por la noche, le dan a uno de cenar; si la reunión dura hasta muy tarde, se hacen hasta cuatro o cinco comidas. En cambio, habiendo tantas señoras inteligentes, no hay apenas una que sepa dar el tono a una reunión o sostener una conversación espiritual; y la causa de todo está en que la instrucción no es femenina, en que la mujer estudia como el hombre para desbancarlo, y después vive en permanente contradicción, porque su cultura no está de acuerdo con su naturaleza. Cuantas veces he hablado con una señora o señorita muy ilustrada he sacado una impresión penosa: con algo menos de saber y algo más de calor afectivo, o siquiera con algunas ideas humanas, se recibiría un goce muy puro: el que despierta la belleza intelectual; pero como las ideas son secas como espartos, aprendidas en los bancos de los colegios, hay que decir lo que el artista francés Forain al salir de una reunión de norteamericanas sabihondas: «Con qué gusto hablaría yo ahora con una portera». Y lo más sensible es que esas ideas áridas, que poca o

ninguna belleza añaden al espíritu de la mujer; apagan la escasa luz sentimental que en ella hay, y la dejan casi a oscuras. La mujer más natural parece la más artificiosa, porque piensa todo lo que hace; sus acciones son reflexivas y tienen el aire de «estudiadas»; sus coqueterías son eminentemente doctrinales.

Mi opinión estética sobre estas mujeres puede condensarse en los siguientes términos, no tan favorables como yo deseara que lo fuesen: en cuanto a la belleza plástica, prescindiendo de bellezas excepcionales o de la impresión que pueda producir alguna mujer más íntimamente tratada, así como de los casos de fealdad abusiva y ofensiva, cabe asegurar sin temor, con la conciencia tranquila, que la finlandesa en estado de reposo es bastante deficiente, o mejor dicho, poco apetitosa, y que en movimiento gana mucho, porque, si bien carece de gracia, tiene fuerza y agilidad. La belleza interior supera a la exterior, y suele encontrarse alguna mujer espiritualmente bella; pero, a pesar de la cultura, quizá a causa de ella, el carácter predominante es el práctico, y las propensiones, generalmente materialistas. El amor tiene menos importancia que las bebidas alcohólicas. La vida social es bella por la intervención extraordinaria del sexo femenino, e individualmente las mujeres producen una impresión agradable: la de que son personas capaces de vivir independientes, sin necesidad de consejos ni de tutelas; las holgazanas caen con facilidad; las que saben y quieren trabajar tienen el camino expedito, y aun dado caso de que den un tropezón, no por eso desmerecen socialmente, puesto que continúan viviendo decorosamente de su trabajo. La mujer finlandesa aspira a la belleza intelectual; pero lo que más la realza es la acción, la voluntad, la constancia; intelectualmente es un libro de texto; y en cuanto a la fe, que tanto embellece el alma femenina, no le aconsejo a nadie que venga a buscarla aquí. La fe de estas mujeres está condensada en una frase que pronuncia Nora, la muñeca rebelde, cuando Torvald desea reconquistar su afecto:

> HELMER.— Nora, ¿seré yo para ti, en adelante, siempre un extraño?
>
> NORA.— ¡Oh, Torvald!, para tener esperanza habría de ocurrir el milagro de los milagros.
>
> HELMER.— ¿Cuál es ese milagro de los milagros?
>
> NORA.— ¡Oh, Torvald!, yo no creo ya en los milagros.

- X -

Ideas que los finlandeses, o por mejor decir, las finlandesas, tienen acerca de España

No deja de ser curioso saber lo que de nosotros se piensa en las demás naciones, y como corresponsal concienzudo no podía yo pasar por alto este tema interesante; pero conste que mi propósito, si es que a un corresponsal le está permitido tener propósitos, no es dar gusto al curioso lector, sino completar el cuadro de la psicología finlandesa, porque diciendo lo que estas gentes de por acá piensan sobre nosotros, se descubre más aún lo que ellos piensan y son. Preguntemos a la generalidad de los españoles qué idea tienen sobre Finlandia y los finlandeses, y notaremos que no tienen ninguna idea, y al notarlo descubriremos un rasgo de nuestra idiosincrasia: el desdén con que miramos todo lo que ocurre fuera de España, y casi todo lo que ocurre dentro también. Vivimos en estado de «distracción permanente». En cambio, aquí se nos conoce, aunque por desgracia sea por el lado peor, y he encontrado ya varias señoritas que me han dicho de memoria las cuarenta y nueve provincias de España.

En el asunto sobre que versa esta carta mi información no es ni con mucho completa. Son contadas las ideas de procedencia masculina, porque yo confío mis amistades al azar, no las busco nunca, y el azar ha querido que en Finlandia mis amigos no sean amigos, sino amigas, en lo cual creo haber salido ganancioso, puesto que la mujer es aquí superior al hombre, y aquí y en todas partes es utilísima como medio de información. Y lo más notable del caso es que en este país se puede tener amistad sin mezcla de otro sentimiento más peligroso, y que yo me he adaptado tan hábilmente, perdóneseme la inmodestia, que podría dar lecciones de calma y flema a los mismos finlandeses. Una señorita estudiante se ofrece a enseñarme el sueco; otra, que es pintora, me propuso «horas» de sueco a cambio de francés; otra, empleada de Banco, alemán por francés, y así por el estilo. Yo, que soy tan amante de la

ciencia como el que más, acepté todas las proposiciones, aunque comprendía que estas señoritas me tomaban también como sujeto de observación psicológica; y no solo he enseñado a varias a hablar en francés, sino que he dado a conocer algo de nuestra literatura, en particular de nuestros novelistas, empezando por Alarcón, cuyo *Sombrero de tres picos —Der Dreispitz—* está traducido al alemán, y Valera, cuya *Pepita Jiménez* lo está al sueco. Yo, en cambio, tengo un retrato al óleo, muy parecido en opinión de cuantos lo ven; hablo en sueco con relativa facilidad, y he adquirido algunas noticias no del todo inútiles.

En España esto no sería posible, y menos en la forma en que aquí ocurre. Por ejemplo, esta tarde me encontré a una de las que aprenden francés: una joven guapa, pintora de afición y empleada de Banco, y me preguntó si saldría por la noche. —No salgo; puede usted venir, si gusta, a las seis—. Y en efecto, a las seis vino con sus labores, pues aquí las mujeres trabajan cuando van de visita que no sea de cumplido, y estuvo dos o tres horas bordando y haciéndome una porción de preguntas en francés sobre las principales óperas italianas. No estará de más decir, para que no se sonrían los maliciosos, que esta joven tiene su novio formal para casarse en breve, y que al novio no le importa que venga a tomar lecciones, porque tiene confianza en que su prometida no va a decir una cosa por otra. El finlandés cree en la veracidad de la finlandesa, y la finlandesa considera injurioso que se dude de su proceder.

En este comercio inocente y casi científico, he recogido algunas impresiones sobre la opinión en que se nos tiene. La idea más general sobre el español es la de que es un hombre orgulloso; acaso la palabra española más conocida y usada sea «grandeza», para indicar la elevación un tanto ampulosa. Después de los franceses, que son más y mejor conocidos, venimos los italianos y españoles como tipos análogos, bien que los italianos sean más dados al arte y nosotros a la guerra. Cuando se habla de viajes, se da siempre la preferencia a Italia, y he oído decir a algunas señoras que a España es peligroso ir, sobre todo señoras solas, porque es «un país sin ley». Aunque no lo digan por lo claro, nos tienen por muy valientes; pero al mismo tiempo por muy duros de corazón y semibárbaros o semiprimitivos. A las primeras palabras, en una conversación, sale a relucir nuestro catolicismo como signo de atraso intelectual y las corridas de toros como signo de barbarie. Creo que en materia tauromáquica se podría llegar a una avenencia, pues mis argumentos en pro de las corridas han hecho alguna mella en mis discípulas y amigas, las cuales creían, como tantos otros detractores de la fiesta española,

que esta no era artística, sino una especie de espectáculo de matadero; pero en la cuestión religiosa todo cuanto se hable es inútil, porque las ideas contrarias al catolicismo son inculcadas desde la primera enseñanza. Yo he repasado por curiosidad los libros de texto de una de mis discípulas, y en el de Historia he visto que la parte dedicada a España era exactísima hasta llegar a la Reforma; desde este punto se nos mira ya con ojos más que turbios: Felipe II es considerado seriamente como un «asesino».

Existe una rara mezcla de ideas exactas y erróneas sobre nosotros, según que unas u otras provienen de los libros formales o de las fábulas que en Europa, y particularmente en Francia, forjan a nuestras expensas los escritores del género pintoresco. Una señorita me preguntó de qué región de España era. —Soy de Andalucía —le contesté. —¿De la alta o de la baja? —me volvió a preguntar. Y al saber que era de Granada, me dio cuantas noticias tenía sobre nuestra ciudad para comprobar si eran exactas. Todo esto sacando un promontorio de libros y mapas, que mi interlocutora manejaba con extraordinaria desenvoltura. Porque uno de los libros decía que los catalanes son industriosos, los castellanos arrogantes y los andaluces vivos, familiares y muy dados a la broma, me he visto y me he deseado para inspirar confianza; y hoy mismo, a pesar de repetidos ejemplos de cordura y seriedad, «mi procedencia andaluza» me perjudica notablemente. Sin necesidad de ser andaluz, solo con ser español, le miran a uno con prevención en las relaciones familiares, a causa del malísimo concepto en que, como sujetos sentimentales, se nos tiene. Nos consideran capaces de pasión, pero no de verdadero amor, es decir, de un sentimiento apacible y durable que se traduzca en «soluciones prácticas»: de aquí, piensan, la facilidad con que, creyendo decir verdad, mentimos al hablar de nuestros sentimientos, y la poca conciencia con que nos burlamos de las mujeres que no saben resistir.

Les parecerá a algunos que estas opiniones no tienen gran trascendencia, que son conceptos superficiales de esos que sirven de tema socorrido en cualquier conversación; sin embargo, esos rasgos que se atribuyen a nuestro carácter: la dureza, la tiranía con la mujer, el desprecio de las leyes y otros de este tenor, son el estribillo siempre que se habla de España sobre asuntos más serios. Con motivo de las guerras que ahora tenemos pendientes, la prensa de aquí escribe enormidades contra España: no hay absurdo de los que se fabrican a destajo por los enemigos de nuestra nación que no tenga segura acogida; se nos cree capaces de todo género de horrores. Sin duda, nuestro papel histórico nos enajena las simpatías de un país como este, adepto de la

religión luterana; pero no se llegaría hasta la animadversión si no fuera porque la idea absurda que corre como válida acerca de nuestro carácter sirve de plataforma para fundar fábulas odiosas que exciten la compasión en muchas almas sensibles e incautas.

Con ser tan poco favorable la opinión respecto del español, merece aplauso si se la compara con la que se tiene sobre la española. Algunas señoras creen de buena fe que el mayor mal que puede ocurrir a una mujer es nacer en nuestro país: la consideran como una esclava, casi como una mujer de harén. Reconocen que es bella, y acaso de este reconocimiento arranque la severidad con que la juzgan; pero piensan que esa belleza habla solo a los sentidos, que no es la belleza de un ser inteligente. Con decir que aquí se habla con desprecio de la mujer alemana, por creerla excesivamente casera, se comprenderá lo malparada que ha de salir la española, sobre la que se cuentan los más desaforados desatinos. —¿Es cierto que las andaluzas son tan bellas como se dice? (A esta pregunta he contestado yo siempre entonando un himno o poco menos en loor de mis paisanas). —Pero ¿es verdad también —agregan— que son tan ignorantes que no saben siquiera escribir con ortografía? —Eso ocurría antes —respondo yo—; pero ahora se ha progresado mucho en esa materia. Las españolas tienen gran talento natural y aprenden todo lo que quieren. El detalle ese que aquí choca de las faltas de ortografía, no tiene importancia en nuestro país, porque nosotros sabemos que procede del exceso de pasión, que turba a las mujeres hasta el punto de hacerles cambiar unas letras por otras. La española posee la ortografía del lenguaje espiritual, mucho más necesaria que la de la escritura. Yo, por mi parte, opino que la ortografía, como otras muchas cosas, debiera constituir un oficio, el de ortografista o corrector, y que la generalidad de las gentes debía prescindir de ese y otros estudios, que ocupan en el cerebro un espacio que hace gran falta para albergar ideas de más trascendencia. Aquí he encontrado ya varias personas que hablan y escriben correctamente media docena de lenguas y que no saben decir nada en ninguna: de ellas se puede decir lo de aquel que poseía una gran colección de instrumentos musicales, pero que no sabía tocarlos.

Pero el punto en que se insiste con verdadera saña es el de la libertad. Estas mujeres tienen la manía de la libertad: pueden hacer lo que quieren, y, sin embargo, acusan al hombre de déspota; y como creen que las españolas viven encarceladas y contentas, las juzgan como seres infelices, sin conciencia de su dignidad personal. Una de mis contertulias pretendía

convencerme de que los hombres meridionales tenemos odio instintivo contra las mujeres del Norte, porque tememos que «nuestras esclavas» se nos subleven, siguiendo el ejemplo de las que ya consiguieron sacudir el yugo. —Están ustedes en un gran error si tal piensan —he dicho yo con gran seriedad—: lo que ustedes inspiran es lástima, y las españolas que las imitan lo hacen a disgusto, solo porque el matrimonio es cada día más difícil y se ven forzadas a vivir solas; pero no porque tomen en serio las ideas de emancipación, pues su buen juicio les permite ver que salen perdiendo mucho en el cambio. Usted es aficionada a la filosofía y quizá haya leído algunas de las geniales paradojas de un filósofo alemán, hoy en boga, Federico Nietzsche: creo que es en su *Menschliches, allzumenschliches* (*Humano, demasiado humano*), donde expone su opinión sobre la superioridad intelectual de la mujer respecto del hombre, y la razón principal en que la funda es de sentido común. Prescindiendo de palabras vanas, de hecho resulta que la mujer ha dejado en manos del hombre todos los atributos de la autoridad, y con ellos todas las responsabilidades y malos ratos que proporcionan. A más, la obligación moral de sostener a la familia. A cambio de algunas satisfacciones irrisorias, el hombre se ha resignado a ser el verdadero esclavo: la mujer ha conseguido vivir a costa del hombre, manejarlo a su antojo en todos aquellos asuntos en que le va algún interés, y, por añadidura, representar el papel simpático, el de «víctima». No existe en la creación un ser que supere a la mujer en inteligencia verdadera, es decir, en inteligencia práctica: solo se le aproxima el gato, que en opinión de un escritor español, Selgas, es el más listo de todos los animales, no solo por haber resuelto el problema de vivir sin trabajar, sino por haberlo resuelto con achaque de cazar los ratones, diversión o deporte que para él tiene grandes atractivos.

Vistas, pues, las cosas con calma, se pone en evidencia que la mujer española, refractaria a la emancipación a causa de su «atraso intelectual», es mucho más sabia que las que neciamente se declaran autónomas y cargan con el pesado fardo de obligaciones que los hombres hemos llevado solos hasta ahora. A eso le llaman los franceses *laisser la proie pour l'ombre*, que podríamos traducir así: «perder la tajada por roer el hueso». Una mujer excepcional puede encontrar en la ciencia o en el arte satisfacciones acaso superiores a las de la vida en familia; pero las mujeres vulgares, que han de contentarse con desempeñar una función rutinaria y poco agradable, no deben de aceptar este medio de vida, solo porque les deja más libertad, como superior al matrimonio. Las que tal hacen, cuando llegan a la vejez y forman

el inventario de los goces que les ha proporcionado la libertad, sentirán envidia de la mujer del pueblo, que, guiada solo por el instinto, ha sabido enamorarse de cualquier ganapán, crear una numerosa prole, y mal que bien salir adelante con ella, experimentar las alegrías y las penas que la vida va dando de sí; en suma, vivir una vida natural e íntegramente humana.

- XI -

«En malares anteckningar», af Egron Lundgren. Italien och Spanien.— Tredje upplagan.— P. A. Nerstedt Soener.— Stockholm.— 1882

Muchas personas he encontrado en Finlandia que tienen ideas más o menos disparatadas sobre la vida interior española, sobre nuestros tipos, costumbres y tradiciones, y la ciudad más conocida es precisamente la nuestra. Como son contados los finlandeses que han viajado por España, se me ha ocurrido preguntar por qué conducto se tienen todas estas noticias, y siempre se me ha contestado: eso lo he leído en el libro de Lundgren. Nada más natural, pues, que mi idea de comprar el libro del conocido pintor sueco, las *Impresiones de un pintor*, que figuran en el epígrafe. Y no estará de más añadir a los detalles que doy, por si algún lector desea comprobarlos, que la obra cuesta seis *kronor*, o sea nueve pesetas aproximadamente, y que va por la tercera edición; porque aquí, en todo el Norte, se compran libros, aunque sean caros. Si a un español se le ocurriera escribir unas Impresiones escandinavas, y venderlas a nueve pesetas el volumen, tengo la seguridad de que se quedaría con sus impresiones dentro del cuerpo.

El libro de Lundgren comprende Italia y España; pero de las 364 páginas de que consta hay consagradas a Italia solo 116, el resto está dedicado a España, y de él cerca de la mitad a Granada, a la que el autor vino dos veces. No sé si la obra es conocida por algunos españoles, y aseguro que merece serlo; porque si bien el autor es hombre que observa muy superficialmente, tiene, en cambio, el mérito de ver muy bien, como artista, y de darnos lo que nos ofrece: impresiones pictóricas, las cuales interesan por su exuberancia de color y por referirse a una época relativamente lejana. Lundgren nos visitó en 1849, y su obra, que para los escandinavos es un descubrimiento, para nosotros es una curiosa y a ratos graciosa exhumación. No será tiempo

completamente perdido el que dedique a reseñar las idas y venidas del celebrado Lundgren por España.

Procedente de Roma, llegó en marzo del 49 a Barcelona, de paso: todas sus noticias se reducen a hablar muy por encima de la Rambla y de la Seo; de un paseo llamado el *Jardín del Explanado*; del Liceo, al que coloca entre los grandes teatros de ópera de Europa, al nivel de la Scala de Milán; del teatro Principal, en el que asistió a la representación de *El desdén con el desdén*, cuyos entreactos eran amenizados por bailes con castañuelas; y por último, de algunas particularidades que le llamaron la atención en las ceremonias religiosas de las iglesias. Al mismo tiempo, como hombre aprovechado, se ponía en relaciones con un profesor francés, M. Rambert, para aprender la lengua española, en la que no llegó nunca a ser muy docto, a juzgar por los disparates de que está sembrado todo el libro.

En Valencia la estancia fue más larga, y las impresiones recogidas más abundantes: habla del Grao y de la tartana «en que vino» a Valencia, y de la fonda del Cid, donde se hospedó, diciendo incidentalmente que las calles no estaban empedradas; de la catedral, y en particular de la torre llamada *El Micaleta*; de la belleza de las valencianas y de algunas prendas de vestir, como la «media valenciana» y la «alpargata»; de la Academia de Pintura, donde copió un retrato de Velázquez, y de la Galería de Pinturas, en la que le llamó la atención la *Comunión de María Magdalena*, de Espinosa, y el San Francisco, de Ribalta; de la iglesia de los Mártires y de la Biblioteca de la Universidad, sin olvidar la excursión reglamentaria a Murviedro, la antigua Sagunto. Sus relaciones personales le debieron de dar escasa luz sobre nuestro país, pues a excepción del bibliotecario de la Universidad, todos sus tratos fueron con extranjeros, en primer lugar con artistas de una compañía de ópera italiana, que daban, como él dice, la *Gazza ladra* y *Lucía*, mezcladas con zarzuelas, fandangos y jaleo. Sin embargo, tuvo ocasión de aprender a perder el tiempo en el café Suizo; de conocer a una Carmen, a una Dolores y a una Mariquita, y de tomar nota de una coplilla que le llamó mucho la atención:

De la raíz de la palma
Hicieron las Isabeles
Delgaditas de cintura y de
Corazón crueles.

No creo necesario advertir que la manera de partir los versos de la copla es invención de Hr. Lundgren.

De Valencia pasó a Málaga, tocando brevemente en Alicante, Cartagena y Almería, de las que no dice nada interesante. Solo al hablar del escaso movimiento que notó en Alicante, aprovecha la ocasión para dar a conocer, estropeado, un modismo español, pues dice que no había «más que cuatro gatas», en vez de cuatro gatos.

En Málaga, un amigo siciliano le llevó a una casa de pupilos «con patio y corredores», donde por primera vez se encontró nuestro viajero «verdaderamente en España». Describe el trato que Catalinita, la pupilera, le daba por dieciséis reales y exclama al fin: «¡*Hvilket Eldorado*!». No obstante, los días que permaneció en Málaga fueron muy pocos, y solo tuvo tiempo para conocer a un pintor, Cortés, que le descubrió los «misterios artísticos» de la ciudad, sin olvidar las figuritas de barro, y a un exmilitar, Quesada, que le entusiasmó cantando las «seguidillas de los enamorados». Con esto, y con describir cómo se pela la pava y citar la frase «se mi busca la ley, a Málaga mi voy», da remate a sus estudios malagueños, y emprende en diligencia (pues entonces no había tren) el viaje a Granada. A medianoche salió de Málaga, a las once llegó a Loja, y a las seis de la tarde estaba hospedado en la Fonda de la Minerva, en una habitación semejante a la «celda de una cárcel», y puesto de acuerdo con el excelente guía Arabal para subir a la Alhambra al día siguiente, a las cuatro de la mañana, antes de la salida del sol. Esto ocurría en mayo de 1849.

Hago gracia al lector de la descripción detallada de la Alhambra que trae el libro de Lundgren. La impresión primera del pintor fue que todo era más pequeño que lo que él se lo había imaginado; pero sin que esto rebajara el valor artístico del monumento. En el Generalife lo más notable que encontró, según parece, fue una chica de diecisiete años, parienta del jardinero, de la que habla como de una beldad maravillosa. Y su primera impresión sobre nuestra ciudad es entusiasta: aunque el autor ha recorrido casi todo el mundo, no ha encontrado nada que tenga conexión con Granada, «tipo original e incomparable, de extraordinario valor para un artista». «Durante el día todo está inundado de colores de extraordinaria riqueza y magnificencia, y por la noche, bajo el cielo de azul intenso, la ciudad está como revestida de espíritu romántico»… «El aire es puro, claro y cargado de aromas y de fuego; una mansión que ni soñada para el amor».

La visita a la catedral ocupa dos largas páginas, y contiene varios detalles que hay que omitir por ofensivos al espíritu religioso de mis lectores. Al autor le choca el excesivo lujo con que están vestidas las imágenes y adornadas las capillas, y se permite algunos rasgos humorísticos de gusto más que dudoso. Para concluir su primer capítulo, habla de la Cartuja en sentido bastante desfavorable, y refiere cómo, llevado de su deseo de estar más cerca de las bellas salas de *Linda Raja*, dejó la Minerva y se hospedó en la Alhambra, en casa de la «corpulenta personalidad» de Carmen.

Sigue inmediatamente un cuadro curioso y hasta histórico: la descripción de la corrida de toros dada en honor de los duques de Montpensier. El entusiasmo era tal, que nuestro artista tuvo que tomar el billete con anticipación, cuidando de que fuera de sombra, porque al sol el calor es insoportable. Fue a la plaza a las cuatro, y le llamó la atención la algazara del público, así como la procesión de los toreros (*tjurfaektareprocessionen*) al toque de la marcha real; describe a los banderilleros y chulos, que eran seis; al espada o *doedaren*; a los picadores o «caballeros que van armados de largas picas», y a las mulas con sus sonoras campanillas y banderas. Los toreros se arrodillan y rezan ante la imagen de la Virgen; después cada cual se va a su puesto; el «matador» saluda gravemente a la princesa, e hinca una rodilla en tierra hasta tanto que se le permite comenzar el «juego», porque —dice el cronista— a esto le llaman juego (*lek*). La infanta arroja la llave a la arena como signo de su graciosa concesión, y empieza la lucha. Suenan las trompetas y sale el primer toro, que es negro, brillante, la sangre y los ojos llenos de furor; va adornado con una moña azul y blanca, sujeta con un gancho de hierro. Sigue en los términos más complicados la descripción de las correrías del toro, encuentro con el picador y caída de este, así como su salvamento por los banderilleros; segundo y más terrible choque, en que el caballo cae muerto, redondo, «no obstante la grave herida que el toro recibe en el lomo». Siguen los banderilleros, con sus pinchos delgados y cortos adornados de papel, que hacen al toro bramar de coraje, y por fin el matador, con su «muleta» o «bandera roja» y espada de Toledo (*toledovaerja*), se dirige ante el palco de la infanta con la misma seguridad que si no hubiera toro en el redondel; cae de rodillas con la «montera» en la mano, dice algunas palabras y va luego contra el toro; con la bandera roja le lleva de izquierda a derecha, hasta marearlo, y luego, firme y seguro le clava el estoque en medio del corazón. El toro muere; bravos de las masas populares; lluvia de cigarros y «petillos», y hasta de bolsas con dinero sonante, sombreros y chaquetas, que los chulos devuelven a sus propietarios, mientras el matador, con gestos

graciosos no exentos de majestad, y con la sonrisa en los labios, va saludando a los que le aplauden. A todo esto, un mozo había clavado al toro un cuchillo o puñal, y las mulas galopaban arrastrando los despojos mortales.

Vuelven a sonar las trompetas y sale otro toro, que «era castaño y más salvaje si cabe que el anterior». Varios caballos fueron destrozados, y un picador fue arrojado tan alto, que cayó sin sentido y hubo que sacarlo fuera del redondel. El tercer toro no quería pelear y hubo que echarle perros de presa. Él cogió a dos con los cuernos, y los tiró por alto mientras pisoteaba a un tercero; le echaron nuevos perros, y, por último, un mozo, con una cuchilla, le cortó una nalga; y cuando estaba en tierra el infeliz animal con los perros colgados, le clavaron la puntilla. Esto era tan despiadado y miserable, que se puede dudar de si intervenían seres humanos. Cinco toros fueron muertos, poco más o menos de igual modo, y muchos caballos destrozados (total, 23). Uno de los toros saltó la plancha que separa el redondel del público, y era de ver cómo corrían los mozos, polizontes y aguadores. Un chico fue retirado casi muerto. El espectáculo terminó mucho después de ponerse el sol; y el público, tanto señoras como caballeros, estaba contentísimo por el buen rato que había disfrutado; «y yo —agrega para terminar el revistero sueco— hubiera sido considerado como hombre sin pizca de gusto si me hubiera atrevido a decir que el combate de toros (*tjurfaektning*) no me había proporcionado ningún placer».

Si se tiene en cuenta que hace medio siglo las corridas no eran tan populares en Europa como hoy lo son, y que no hay medio humano de expresar en sueco ningún término taurino, la revista de Lundgren es una obra maestra de exactitud y colorido. El cronista no sabe distinguir el mérito artístico de los toreros, ni nota las diferencias que hay en las lidias de cada toro, porque no hay posibilidad de que un europeo que no sea español comprenda un espectáculo romano y moro y a la vez creación de dos civilizaciones comprendidas en Europa solo por la lectura de libros, es decir, teóricamente. Yo he asistido a la representación de un drama chino, y si me viera obligado a relatar mis impresiones, no podría hacer otra cosa que describir el escenario y agregar que salían actores muy semejantes entre sí, articulaban sonidos al modo de los papagayos, recorrían la escena seguidos de numerosa comitiva y se retiraban para dejar el sitio a otros que hacían casi lo mismo, y así sucesivamente.

Se dirá que esto me ocurrió por no conocer el chino, y yo replicaré que la dificultad no estaba en no entender el idioma, sino más bien en no comprender el arte dramático de la raza amarilla. Anoche asistí al estreno del último drama de Ibsen, representado aquí antes que en ningún teatro de Europa: *John Gabriel Borkman,* y por mi falta de costumbre de oír el lenguaje teatral sueco, muchas frases se me escapaban; y esto no me impidió comprender exactamente toda la obra y apreciar en su integridad la fuerza del gran tipo trágico concebido por el dramaturgo noruego. Un caso más demostrativo aún: son contadas las palabras que conozco del finés, y, sin embargo, he ido al teatro finlandés a ver la tragedia *Kullervo*; no saqué en limpio más que dos palabras: *veitsi*, cuchillo, y *pacivae*, día, y, sin embargo, me interesé vivamente por las desventuras del Edipo finlandés.

Aunque pierda mucho el arte teatral, puede subsistir sin el auxilio de la palabra, siempre que sean conocidas las reglas generales de la acción dramática. Los dramas chinos son excesivamente largos: suelen durar varios días; la acción es muy lenta y complicada; casi todos los personajes que yo vi salían seguidos por numerosas comparsas que, por lo visto, deben representar el papel de coro de la tragedia griega; a la hora del espectáculo me fui yo aburrido, y acaso no habían dicho todavía nada en particular. Los largos intervalos de la acción deben de servir para que el público tenga tiempo de saborear lo que queda dicho; y así ocurre que, cuando dicen alguna gracia, hay espectador chino que se pasa cinco minutos riendo a carcajadas sin temor de perder la gracia que viene después. Un conocido mío que ha concurrido a representaciones teatrales en China, me decía que lo que más le interesaba era el reír de los chinos, semejante al cacareo de los gallos, y la extraña costumbre de lavarse durante los inacabables espectáculos. Cuando el calor es insoportable, se aprovecha uno de los intervalos para llamar a unos hombres que van por los teatros —como por los nuestros los vendedores de agua y merengues— con jofainas y toallas: por una cantidad insignificante se lavan las rapadas cabezas y se quedan frescos como lechugas. Y bueno será declarar que con una sola toalla se lavan centenares de personas, con un espíritu de fraternidad que para nosotros lo quisiéramos los cristianos de Europa.

Pero noto que la digresión es demasiado larga, y lo que es peor, que no tiene nada que ver con el libro que reseño. Mi idea era demostrar lo difícil que es comprender las obras de civilizaciones distintas de la nuestra y justificar a Lundgren de los disparates que comete, menos graves que los de muchos europeos que han intentado dar a conocer nuestra fiesta tauromáquica. Buena

o mala, la descripción de Lundgren es la más conocida a estas alturas. Con ella, la ópera *Carmen* y algún que otro cabo suelto, basta para que se nos tenga por un pueblo aparte en el «concierto europeo».

Después de la corrida de toros habla nuestro autor de una juerga en un ventorrillo de la Alhambra, organizada por varios estudiantes amigos de un profesor Cubí, compañero de viaje de Lundgren desde Valencia. El héroe de la fiesta fue un «canónigo» llamado don Pedro, que, invitado por uno de los estudiantes, entra diciendo: «Ave María Purísima», y concluye por gritar: «Evviva las mozitas»; «¡Ay de mí!» y aquello: «Del cielo luciente estrella, Granada bella». Aunque el canónigo resulta luego ser cura a secas, da un tono demasiado vivo a este cuadro, que termina por algunas frases sobre la procesión organizada en honor de la infanta.

Luego de hablar nuevamente de la Alhambra y de sus inscripciones, y de describir la *Torre de la Cautiva* y la *Puente de las Avellanas* (como él dice), da cuenta de un interesante baile que tuvo lugar en la Alhambra, y que fue organizado por la maestranza en honor de los duques; y para hacer *pendant*, de una danza gitana, con cuya ocasión habla de la ilustre gitanería granadina. El capítulo termina con la descripción de la procesión anunciada y con una excursión nocturna interrumpida por un destemplado «¿quién vive?», al que contestó Lundgren con el alma y con el corazón: «¡España!». Y lo dejaron pasar.

Sigue hablando el autor de los temas más variados: del cochero Napoleón y de una subida al Monte Sacro, desde donde describe con entusiasmo nuestra vega, y de su excursión a la Sierra Nevada, emprendida con arreglo a los sanos principios de la ciencia alpinista. Refiere sus impresiones de viaje; su vistazo a Granada desde el sitio que él llama «el último suspiro del moro»; sus paradas en Lanjarón y Órjiva, y su feliz encuentro con unos estudiantes y varias señoras montadas en mulas. Bien pronto se organizó una fiesta, de la que fueron héroes una de las señoras, llamada Donna Leonora, y el estudiante D. Alfonso. De doña Leonora conservó la siguiente expresiva copla:

No yo temo a las partidas,
Ni tampoco a los caminos:
Se va a un lado un mozo fino,
Esencia del bien querer.

Y D. Alfonso le dio a conocer, refiriéndola a todos los reunidos, la *Leyenda de Abdul Hassan*, que llena ella sola quince páginas del libro. El 22 de julio tuvo lugar la ascensión a la Sierra.

Los expedicionarios éramos cinco —dice el sueco, aprovechando la ocasión para arañar un poco a sus «amigos» los rusos—: Garhardt, Friedrich (dos amigos alemanes) y yo; un ruso, Ruloff, y el mozo o mulero. Subieron al picacho para ver la puesta del sol; y, encaramado en aquella altura, Lundgren describe el panorama con tan brillantes colores que no creo haya sido superado por ninguno de los infinitos a quienes ha inspirado nuestra Sierra. Al día siguiente nueva ascensión para ver la salida del sol, y nuevo cuadro pictórico, más brillante aún que el primero; el entusiasmo lleva a nuestro artista a decir: «Aquello era majestuoso; era supraterreno: parece que entonces vi yo el sol por primera vez en mi vida».

De regreso de su excursión, Lundgren decidió dejarnos; se despidió de la Alhambra y de Carmen y su familia, y tomó asiento en la diligencia de Málaga, en el pescante, entre el mayoral y el zagal, entre el «cochero y su primer ministro». —La mula que va delante —dice el viajero— se suele llamar *Generala*, *Capitana* o *Briosa*, y las demás *Carbonera*, *Coloevra*, *Valerosa* y *Pastora*. Desde Málaga, por Gibraltar, Tarifa y Cádiz, a las que dedica muy pocas líneas, se dirigió a Sevilla, donde le chocó en primer término lo estrecho de las calles y la poca altura de las casas; pero agrega: «No conozco ninguna ciudad que, como esta, se haya apoderado de mí desde el primer instante». Desde el primer día Lundgren se encontró en Sevilla como en su casa, trabó amistad con muchas personas, de las que nos habla continuamente: el pintor alemán españolizado D. Federico Ludwig; D. Marcos Pereda, que sacó a Lundgren de casa de la señora María Francisca y lo llevó a la de Barrera, en la calle de la Muela, el actor Osorio; los hermanos Bontolón; el americano Villamil, y casi todos los concurrentes al Casino Sevillano. La parte del libro dedicada a Sevilla es la única en que aparecen cuadros de la vida española. En Granada lo principal son los monumentos y los paisajes; en Sevilla, los tipos y costumbres: se habla muy someramente de la catedral, del Alcázar, de la casa de Pilatos, del hospital de Caridad; pero abundan los croquis de escenas andaluzas: un baile en casa de Miguelito, donde el autor vio bailar «el fandango, la cachucha y la sandunga»; bailes gitanos, tipo del barrio de Triana; relación de la desventura amorosa de Pepa *la Bruja*; romería a Torrijos; excursiones marítimas; entierros y muchos más, que en conjunto dan una idea aproximada de la vida sevillana a mediados del

siglo. Como es natural, siendo el cronista pintor, la parte más extensa es la dedicada a la escuela de pintura y a los artistas sevillanos y a los tipos pintorescos andaluces, de los cuales, en particular de mujeres, ofrece al lector una riquísima galería. De algunas bellezas llegó hasta a hacer el retrato, y de ellos cita los de la señorita Encarnación Reyna, hija del boticario de Algeciras; de Carmen Buzón, famosa bolera que volvió loco a todo el mundo bailando «el olé», y de la graciosa Jesusita.

Después de una breve estancia en Córdoba, donde solo le llamó la atención el Arrizife, las ermitas, una comida en que hubo garbanzos y tomate y buen vino de Valdepeñas y Montilla, y la Mezquita, regresó Lundgren a Sevilla, en la que continuó sus estudios «juerguístico-pictóricos»: encierros, cacerías, escenas tauromáquicas, historias de bandidos (hay una muy sugestiva con el melodramático título de *El Chato doed* —«La muerte de El Chato»—); descripción de la Feria; bailes en casa de Félix García (el primo de la Malibrán); en fin, el cuento de nunca acabar. Del folclore sevillano trae Lundgren solo estas dos coplas:

Piensan los enamorados,
Piensan, y no piensan bien,
Piensan que nadie los mira,
Y todo el mundo les ven;
No mi haga usted cosquillas.
Que mi pongo colorada,
Que mi gusta a mí la gente
Que tiene formalidad.
Con el vito, vito, vito,
Con el vito, vito, va; etc.

Nótese la perspicacia instintiva con que el sueco caracteriza dos regiones desconocidas para él con solo dos coplas: la Andalucía alta está en la copla «De la esencia del bien querer», que canta doña Leonor en el camino de la Alpujarra; la Andalucía baja en la canción del «Vito, vito». «Sevilla, oh Sevilla —concluye Lundgren—, corona de la primavera —dulce país de mi morena—, alegría de mi corazón».

De Sevilla vuelta a Córdoba, deteniéndose en Carmona, descripción de la Mezquita, y regresó a Granada por Bailén. Cuando regresó a Sevilla, entró en la ciudad como quien vuelve a su casa; al regresar a Granada no aparece en su relato más que la Minerva, Arabal, Carmen, el cuarto de la Alhambra y la indispensable gitanería. Hay que reconocer que éramos muy ariscos en 1849: entonces no hacíamos caso de quién nos visitaba. Hoy es otra cosa: en 1895 nos visitó uno de los escritores franceses de más nombradía entre los jóvenes, Maurice Barrès, quien ha escrito y piensa escribir en serio sobre cosas de España; y, aunque le ocurrió lo mismo que a Lundgren, tuvo siquiera la satisfacción de protestar en letras de molde en una carta publicada en *El Defensor*. Lo único nuevo de que nos habla el pintor sueco en su segunda visita es de sus paseos por Granada, en los que salen a relucir el Zacatín, *La puerta de las Orejas*, llamada también de *Los cuchillos*, los Mártires y algún detalle olvidado en la primera.

En comparación con Andalucía, el resto de España le pareció a Lundgren muy prosaico; su estancia en las demás ciudades españolas que visitó fue breve, y sus impresiones muy ligeras. De Madrid solo le interesó la Puerta del Sol y el museo; de Toledo, a donde fue recomendado por la «amable señorita Emilia de Gayangos», da una descripción muy sumaria, pero en la que se aprecia bien en conjunto el carácter histórico y artístico de la ciudad; por último, hizo breves visitas a Cuenca, Valencia y Barcelona, desde donde se embarcó para Londres.

Del interesante viaje de Egron Lundgren se destacan con gran relieve sobre los demás las dos ciudades andaluzas Granada y Sevilla, cada una con su carácter propio. Granada es la ciudad que encanta por el color, y Sevilla la que seduce por la gracia; en Granada lo principal es la luz, el paisaje, los monumentos; en Sevilla, la vida, los tipos, las costumbres. En el relato de Lundgren aparece Granada como adormecida y casi muerta; faltan «personas»: sin duda en 1849 todos los «hijos ilustres» de Granada estaban de viaje, y los que no eran ilustres estaban metidos en sus casas. El único apellido granadino que cita el autor es el de Marín, a cuya casa fue alguna vez. Si hoy volviera a nuestra ciudad, encontraría menos carácter morisco y romántico y la misma oposición entre la ciudad y los habitantes; en Granada hay dos cosas inmutables: el ambiente, que por fortuna está fuera del alcance de los reformadores, y el filosofastro pintado magistralmente por Méndez Vellido en su artículo *Lo inmutable*, el hombre telaraña que se sonríe con desprecio de todas las escobas inventadas por la moderna civilización. Todos

nosotros, quien más, quien menos, tenemos algo de telaraña: andamos arrinconados para que nos «dejen el alma en paz». Somos perezosos, y, cuando creamos algo, nuestras creaciones, hijas de la pereza, se mueren al poco tiempo por no tomarse el trabajo de vivir.

Se trata de crear en Granada algo que sea como un núcleo de vida espiritual: se funda, por ejemplo, un centro artístico; y este centro comienza en seguida a dar tumbos, y sus papás o fundadores lo ven morirse con una calma digna de los más aplaudidos estoicos. La causa de eso, se dice, es «la falta de espíritu de asociación»; y dicho esto nos quedamos más tranquilos todavía. Pues bien: aquí donde yo escribo hay mucho espíritu de asociación; y las sociedades no tienen socios bastantes para cubrir los gastos, por lo mismo que son muchas y la población es pequeña. Ocurre todos los días que esta o aquella sociedad no puede seguir adelante, y, en vez de lamentarse de la indiferencia del público, decide sacarle los cuartos con la mayor suavidad posible y organizar una «función de auxilio», como aquí se dice, con el concurso gratuito de los que se interesan por la sociedad. No ha mucho dio una la sociedad filarmónica, y he oído decir que sacó más de cuatro mil duros limpios de polvo y paja.

Y, dondequiera que se aplique el sistema de la forma aquí usada, el resultado es seguro, porque el público acude siempre que le tocan en el punto sensible. Una función de auxilio es interesante porque no es un espectáculo vulgar, con artistas pagados, sino una obra de la sociedad misma. Los que hoy asisten como espectadores, mañana serán los ejecutantes. Un catedrático da una conferencia; una señorita baila y la otra canta; las que no tienen habilidad para otra cosa sirven para figurar en cuadros vivos, en los que se reproducen cuadros de artistas célebres; las señoras serias regalan labores, que se venden en una rifa organizada para llenar los intermedios del espectáculo; hay quien recita poesías y quienes dan representaciones dramáticas de obras escritas con este objeto por escritores locales, y hasta suelen terminar estas fiestas con un baile general. Todas estas cosas hay medios de hacerlas en Granada, salvo en lo tocante a la intervención de las señoritas, que pondrían reparos para salir a las tablas de un teatro a bailar y a figurar en cuadros vivos; habría que contentarse con que tocaran el piano o cantaran. Pero por algo se ha de empezar. La dificultad mayor es nuestro carácter, nuestro temor a echar a la calle nuestras miserias, nuestra costumbre de aguantarnos en silencio para no desentonar y de regirnos, individuos y sociedades, por la sapientísima regla de conducta: cada uno en su casa y Dios en la de todos. Estas prácticas no tienen

más inconveniente que el de impedir que se forme espíritu colectivo. Cuatro siglos largos después de la toma de Granada nos hallamos con que nuestra ciudad ha dejado de ser morisca, para convertirse en aglomeración sin carácter. Tenemos todo lo que necesitamos: el paisaje y el hombre filósofo, el *pinon udor* (lo diré en griego, para mayor claridad), el último retoño de Diógenes, el heredero del espíritu helénico. Pero este sabio, quizá por ser verdaderamente sabio, es un grandísimo holgazán y no ha querido hasta ahora molestarse ni siquiera para ponerse donde le vean. Por eso no le han visto ni Lundgren ni ninguno de los viajeros que nos han visitado y estudiado. Y Granada continúa siendo una ciudad morisca sin moros, porque algo se ha de decir para entretener al honrado público.

- XII -

Vistas, paisajes y cuadros pintorescos finlandeses

La única persona a quien yo envidio a ratos en el mundo es un gallego natural de Viana del Bollo y casado con una sevillana graciosísima, Gloria Bermúdez; y no le envidio la mujer, sino la facilidad que Dios le dio para describir todas las cosas. «Ceferino Sanjurjo, poeta descriptivo», reza la tarjeta de este hombre feliz, dado a conocer por Armando Palacio Valdés en su novela *La hermana San Sulpicio*, y recordado por mí siempre que cojo la pluma para describir algo y la suelto sin haber descrito nada. Sin duda tengo atrofiada la circunvolución cerebral donde habita el genio de las descripciones, porque de otro modo no me explico que teniendo dos ojos perfectamente sanos, una memoria fiel y una voluntad decidida, no me sea posible dar cuenta de lo que veo.

Un amigo mío, que me trata con mucha confianza, me ha llamado seriamente la atención acerca de esta debilidad de mis facultades descriptivas: —«Casi siempre empiezas bien —me dice—, pero a las pocas líneas te tuerces, y en lugar de decirnos lo que ves; lo que tú nos envías no son impresiones, sino opiniones: las impresiones te las guardas para mejor ocasión. Los lectores que hayan tenido la paciencia de leerte han perdido el tiempo y no tienen idea de lo que es ese país: tienen ideas teóricas sobre los habitantes, pero desconocen la manera de vivir exteriormente; cuando, por ejemplo, la temperatura es de 20 o 30 grados bajo cero, cuando el sol no alumbra o cuando nieva varios meses seguidos. Allí debe ocurrir algo curioso y digno de mención, algo más interesante para un meridional que todo lo que llevas escrito hasta ahora». Ante quejas tan fundadas, he tenido que someterme a hilvanar esta carta, que será descriptiva hasta el punto que mis fuerzas la consientan.

El frío. Voy a sorprender a mis lectores diciéndoles que aquí no hace frío. Dentro de las casas se vive en perpetua primavera, y en la calle, envuelto en pieles, suda uno más que en verano. Solo la cara, que tiene que ir al descubierto, se resiente de las caricias un tanto brutales de la nieve y el viento. De 10 grados para abajo, la barba se hiela y la cara se adorna con un marco de estalactitas; cuando se vuelve a casa después de pasear un rato, de cada pelo cuelga un carámbano, y al sacudirse suena uno como una araña de cristal. A los 20 grados lloran hasta las personas menos sensibles, y hay que tomar precauciones contra la congelación. En el interior, y al norte del país, donde los fríos son más intensos y persistentes, ocurren desgracias todos los años. En los casos de congelación, si no se acude a tiempo con frotaciones de nieve y se presenta la gangrena, hay que amputar las partes congeladas: las narices y las manos son las que corren mayor peligro.

En las ciudades, con los medios de que se dispone para luchar contra el frío, los inviernos son agradables. Los días de frío fuerte son contados y pasan antes de que se los sienta: la temperatura corriente, de 10 a 12 grados bajo cero, convida a pasear y a hacer excursiones en trineo por los campos cubiertos de nieve o por los mares helados. Un finlandés me decía que no sabía lo que era pasar frío hasta que se fue un invierno a Niza, a lo cual le contesté yo que los únicos inviernos en que yo no había sentido ningún frío eran los dos pasados en Finlandia. Aquí tienen termómetro hasta los pobres de solemnidad, y se sabe que hace frío porque el termómetro lo dice; la gente se abriga más o menos, según baja o sube la temperatura. Aún no he visto tiritar a nadie.

A mí me sirve de termómetro mi *staederska*, mi pasante; cada día se presenta de un modo diferente: con pañuelo en la cabeza; con pañuelo y mantón; con chaquetón de cuero o con capotón de pieles y gorro que le tapa hasta las orejas; con cuatro o cinco gradaciones termométrico-indumentarias. A veces llega con un brazado de leña para prepararme el baño, y casi cubierto de sudor me dice:

—Hoy hace mucho frío: 12 grados bajo cero.

Lo que angustia más no es el frío; es la falta de sol: más luz da el suelo nevado que el cielo gris, triste como el rostro de un mudo; a veces una mancha rojiza marca el sitio por donde el sol quiere asomarse; algún día el sol

luce al fin; pero sus rayos no calientan ni dan vida al paisaje, siempre silencioso, solemne.

La primera impresión que me produjo este país fue de tristeza. Llegué en invierno, y los campos, como los lagos, como el mar, estaban sepultados bajo la nieve; acá y acullá residencias veraniegas cerradas y viviendas de labradores, casas de madera pintadas de rojo muy oscuro; de tarde en tarde, grupos de casas, aldeas de aspecto pobre, y en algunas, no en todas, iglesias tan sencillas como las casas. El hombre pasa sin dejar apenas rastro. Se le ve caminar pesadamente con los brazos caídos, y a lo lejos parece, más que un ser humano, un topo que sale un momento de su topera; sus pisadas forman en la nieve sendas tan tristes y solitarias como las que van por entre los sepulcros en los cementerios.

En las ciudades, el poder nivelador y destructor de la nieve se halla hasta cierto punto contrabalanceado por otro poder muy prosaico, pero muy benéfico: el de los barrenderos innumerables que barren las calles continuamente, y las tienen más aseadas que las de aquellas otras poblaciones donde cae agua en vez de nieve, y no se puede dar un paso sin llenarse de barro hasta las rodillas. Pero noto que empiezo a torcerme, y que en lugar de describir estoy aludiendo a la mayoría de los Ayuntamientos de España.

La primavera es un período de combate. La naturaleza no se va despertando poco a poco, sin esfuerzo ni violencia, sino que de la muerte renace a la vida con maravillosa pujanza. Antes que el sol derrita por completo la nieve, ya está el labrador labrando sus campos; todo crece como por arte de encantamiento: las hojas, las flores y los frutos se atropellan por salir en busca del sol, como si temiesen no llegar a tiempo; y en medio de esta orgía, de este despliegue de fuerzas acumuladas durante largos meses de letargo, sigue flotando en el aire la serenidad, la calma, el silencio de los días invernales.

En un libro de extremada delicadeza, en el *Trésor des Humbles*, ha descrito Maeterlinck en frases sutiles, casi vaporosas, el alma de los niños predestinados a morir en los primeros años de la vida. Él los distingue de los demás en cierto aire de tristeza, que les nubla el semblante; cree ver en ellos signos misteriosos de esa ineluctable predestinación. Finlandia es como esos niños: el espíritu del país es siempre triste; en invierno vaga solitario sobre planicies blancas, inacabables, sin hallar dónde acogerse; en verano lleva

consigo el presentimiento de un próximo fin. Hay un período de muerte y otro período de vida; y en la lucha entre ambos, la muerte es la que triunfa, es la que imprime carácter al territorio, porque ella es lo sustancial, lo permanente, lo verdaderamente eterno. Cuando empieza a caer la nieve, la atropellada vida estival, disparada como castillo de fuegos artificiales, se desvanece, dejando tras de sí, por testigos, los árboles convertidos en esqueletos.

Cuando la nieve se va, queda el agua. Finlandia es un país que va naciendo conforme se va retirando el mar: aún no ha acabado de nacer. El suelo muy quebrado, rocoso, y la vegetación desigual que de él brota, despiertan a veces, como en los casos de atavismo, el recuerdo de una vida submarina. Lo característico del paisaje es la alianza de la tierra y del agua: el litoral no es recortado, sino que al concluir la tierra firme hace aún asomadas en el mar; todas las costas están sembradas de archipiélagos. En el interior hay también pequeños mares con sus grupos de islas. Finlandia es el país de los mil lagos: muchos de ellos forman a modo de sistemas ácueos con sus núcleos centrales, y son vías de excelente comunicación entre las diversas partes del territorio. Son innumerables los rápidos canales y cataratas, algunos muy visitados, como los de Imatra y Vallinkoski, o los diques naturales, como el celebrado de Punkaharju, que separa los lagos de Saima y Puruvesi.

Sometido a la influencia de este medio semilíquido, el finlandés es el hombre más acuoso de Europa; su color es algo aguanoso; su cabello es por lo general rubio húmedo (si se me permite inventar este matiz); sus ojos, serenos y poco expresivos, tienen algún parentesco con los de los peces; y por su afición a remojarse el cuerpo merece ya, francamente, ser clasificado como un bimano del orden de los anfibios. Hay baños que duran tres y cuatro horas, y en los que se saturan de agua hasta las partes más recónditas del organismo; en el campo se bañan las familias en masas: el abuelo y la abuela; el padre y la madre; los hijos y las hijas; y, si los hay, los nietos y bisnietos, sin distinción de sexo ni edad, todos en cueros vivos, formando cuadros candorosos paradisíacos. En las ciudades no es esto posible; pero queda aún la respetable institución del baño para hombre, servido por señoritas bañeras, y en el campo se ha perdido también la pureza de las costumbres patriarcales y ha caído en desuso una práctica muy loable: al llegar a una casa un huésped, el primer agasajo que recibía era el baño: la señora de la casa cogía por su cuenta al recién llegado, le conducía al cuarto donde el baño estaba dispuesto, le desnudaba y le escamondaba hasta dejarle más limpio que una patena. Yo encuentro la usanza filantrópica y filosófica en alto grado. Cristiano es «dar

de comer al hambriento» y «dar de beber al sediento»; ¿por qué no ha de serlo también «limpiar al que está sucio», sobre todo estando el agua tan a mano, como aquí está por todas partes?

Finlandia es triste; pero su tristeza engaña al hombre y le hace creer que vive contento. El período de las nieves es propicio para soñar aletargado, como reptil que hace su laboriosa digestión, y al salir del letargo se cae en la embriaguez de los días interminables, en que el sol apenas se ausenta, en que desde el lecho, por las ventanas de par en par abiertas, ve uno desvanecerse las luces del crepúsculo vespertino, cuando surgen por Oriente las de la aurora. Entre el letargo y la borrachera corre veloz el tiempo y vive uno feliz: solo turba esta tranquilidad la idea vaga de una vida más enérgica. La gente del país tiene acaso el presentimiento de esta vida; pero el meridional tiene fijo el recuerdo, que a veces asalta violentísimo, y produce la incurable nostalgia. A mí me asaltó en la primavera, que es la época de las invasiones: los mercaderes ambulantes, muchos de ellos tártaros, llegan con sus telas orientales, árabes y persas; yo compré un tapiz tártaro, fabricado en… Silesia. Los alemanes se pintan solos para estas bromas de la industria. Luego vienen los italianos.

Un vendedor de estatuas de yeso se mete por las puertas diciendo: —*Io sono toscano, signore*—, y me obliga a comprarle los sempiternos Paolo y Francesca. Hay que proteger al arte. Una bandada de organilleros se desparrama por la ciudad: yo recibo diariamente la visita de uno, al que acompaña un mono muy travieso. Cuando el primer día entraron por mis ventanas las notas destempladas y chillonas de *La donna è mobile*, ríase el que quiera, pero lo cierto es que me dio un vuelco el corazón. Entonces comprendí lo que era vivir en este extremo norte; entonces comprendí que este país me tenía engañado con la vida feliz, aparente. A uno de estos organilleros que tocaba una canción del Tirol le alargué un día, al pasar, una moneda; el viejo y desmedrado artista miró con ojos de deseo, pero continuó impávido dando vueltas al manubrio con la misma fe con que debe de acompañar el violín Sarasate.

Yo aguardé prudentemente a que acabase su faena; le di la moneda, y al marchar me dije para mis adentros: —Si yo fuese capaz de dar vivas a algo o a alguien, hubiera gritado ahora: ¡viva Italia!

- XIII -

Donde el corresponsal resuelve a su modo la tan debatida y manoseada cuestión de la reforma universitaria

En una de las preciosas cartas que mi amigo Gabriel Ruiz de Almodóvar ha publicado no ha mucho en *El Defensor*, soy, por equivocación, consultado acerca del problema irresoluble de la enseñanza oficial. Almodóvar se dirige a los peritos y cree que yo lo soy. Para convencerle de que se equivoca y para corresponder a la atención que ha tenido conmigo, dedicándome su epistolario, voy a explicar un plan completo de reformas que por adelantado sé que ha de acabar de desacreditarme a los ojos de las personas sensatas.

Al leer la palabra «plan», hay ya quien se figura que voy a desenvainar un proyecto de ley con quinientos o mil artículos y un haz de reglamentos complementarios. No hay que asustarse, pues en sustancia se reduce a estos tres puntos:

> 1.º Las Escuelas de Bellas Artes quedan incorporadas a las Universidades.
>
> 2.º En las Universidades se darán funciones públicas, científicas y artísticas.
>
> 3.º Los fondos recaudados por este concepto serán destinados al fomento de la enseñanza.

Algunos amigos míos que creen que cuando lo escribo lo hago solo para dar una broma a mis lectores, dirán: —¡Ya pareció aquello! El corresponsal quiere convertir en teatros las Universidades. ¿Hase visto mayor desenvoltura? Y yo contesto: —Quien en realidad da un bromazo al país es el ministro, que, puesto de gran uniforme, sube a la tribuna parlamentaria y lee una ley de instrucción pública con arreglo a los últimos adelantos pedagógicos. En España no quieren convencerse de que una ley sirve solo

para regular lo que ya existe con arraigo, nunca para crear nada nuevo. La creación es obra individual o corporativa; la ley es obra social, y viene o debe venir mucho después. La reforma universitaria (y como esta la de la enseñanza en general) está en las Universidades, no en el Parlamento; y lo que hace falta no son legisladores, sino hombres de acción y de sentido común que empuñen los zorros y sacudan el polvo a todos los organismos e instituciones.

Las Universidades están sometidas a un poder centralizador, es cierto; mas no hay centralización tan estrecha que no deje resquicios por donde asome la iniciativa individual. El hacha corta el árbol; pero después salen los retoños si el árbol no estaba muerto. ¿Dónde están las iniciativas de las Universidades, la promesa de que serían mejores si gozaran de su autonomía? Nuestras Universidades son edificios sin ventilación espiritual. La ciencia que en ellas se recoge es nociva, porque no sirve para crear obras durables sino para armar el brazo de los pretendientes. De aquí mi idea de limpiar y ventilar, abriendo las puertas para que todo el mundo entre y contribuya con su presencia y con su bolsillo a implantar de hecho la reforma universitaria.

Las Universidades que aspiran a ser Escuelas de saber no se contentan con enseñar rutinariamente cierto número de asignaturas, y dejar luego que los alumnos, los buenos y los malos, vuelvan las espaldas y se retiren con el título enrollado bajo el brazo. En el ejército es, y el soldado que sale con su licencia en el canuto queda obligado a acudir en caso de llamamiento. Una Universidad debe conocer a sus alumnos, escoger a los que valen, y dirigirlos, auxiliarlos para que completen sus estudios universitarios con otros especiales, en que la aptitud, la iniciativa, el esfuerzo individual obren con más desembarazo. Y para que esto ocurra no es necesario aumentar el número de aulas, ni el de asignaturas, ni el de profesores, sino estrechar más las relaciones entre maestros y discípulos, disponer de fondos y distribuirlos con inteligencia y con justicia.

Si se consignara en el presupuesto del Estado una cantidad para pensiones de estudios, bolsas de viaje y premios, no se adelantaría gran cosa, porque al venir el dinero de Madrid, vendría con él la lista de recomendaciones. En vez de enviar a Oriente a filólogos aptos para el estudio de las lenguas orientales, o a las clínicas más adelantadas de Europa a alumnos escogidos de la Facultad de Medicina, enviaríamos a viajar de balde a unos cuantos paniaguados, que no solo no harían nada bueno, sino que desacreditarían la Universidad que les

subvencionase. Todos sabemos lo que son en España las comisiones que costean los Ministerios: no es necesario insistir en este punto.

Para que una Universidad emplee bien el dinero tiene que ganarlo ella misma; y para ganarlo, tiene que trabajar en algo que esté en consonancia con sus fines. ¿Qué inconveniente hay en que se extienda el campo de operaciones, en que se atraiga al público y se le instruya deleitándole, como recomendaba Horacio, y sacándole los cuartos, como recomienda el positivismo cruel de nuestros democráticos tiempos? Ninguno. Un alumno paga su matrícula. Un espectador paga su entrada. Hay profesores y discípulos y local. Todo cuanto hace falta para poner manos a la obra.

Y a mayor abundamiento, para que a los experimentos científicos y a las representaciones de comedias clásicas acompañen los conciertos musicales y corales, se podría incorporar a la Universidad la Academia. Esta función quitaría a las Universidades el aspecto de sequedad que hoy tienen, infundiéndolas, con el arte vivo, un espíritu más amplio y fecundo, y destruiría ciertas desigualdades irritantes o que, por lo menos, a mí me irritan: por ejemplo, que un abogado ramplón mire por encima del hombro al violinista que sale de la Academia, y que para vivir tiene que tocar mediante unos cuantos ochavos allí donde la ocasión se le presenta.

Tenemos la manía de separar, cuando, por nuestro carácter indisciplinado, debíamos esforzarnos para unir. En el ejército se ha procurado combatir las exageraciones del espíritu de cuerpo creando la unidad de procedencia; en las carreras civiles podría hacerse mucho, si no se topara con la idea preconcebida, absurda, de que cada localidad debe tener un centro docente, aunque sea por completo inútil. De las Universidades belgas salen notabilísimos ingenieros. Si yo propusiera la incorporación de las Academias de ingenieros a las Universidades, dirían que no estaba en mi sano juicio. En esta Universidad de Helsingfors no ven inconveniente en que en un mismo local se enseñe Teología por la mañana y canto por la tarde; si yo hablara de restablecer la Facultad de Teología, me tacharían de reaccionario: he propuesto lo del canto, y me dirán que soy poco serio.

¿No será posible ensanchar un tanto el criterio mezquino, raquítico, exclusivista, con que se juzga todo en nuestro país?

Y ahora voy a explicar por qué incluyo en mis *Cartas finlandesas* esta que parece no tener relación con Finlandia. El plan que yo he esbozado *grosso modo*, no es invención mía: yo no he hecho más que españolizarlo. No me gustan las imitaciones; aunque aquí he visto muchas cosas buenas, no aconsejaría nunca que se las copiara, porque al copiarlas se les quitaría la virtud. Pero hay cosas que llamamos prácticas, que tienen un valor absoluto, que son buenas en todas partes. Y en lo tocante a espíritu práctico y sentido común, no hay pueblo que aventaje a este tan desconocido y arrinconado de Finlandia. Aquí la instrucción general es privada, y, sin necesidad de intervenciones gubernativas, todo el mundo sabe leer y escribir. El Estado solo organiza la enseñanza superior. Los estudiantes forman corporación; usan como distintivo, tanto los varones como las hembras, una gorra blanca, a la que en los grados superiores se agrega un borlón monumental. Hay quien lleva la gorra descansando sobre el hombro, y mira por encima de él y de ella a todos sus semejantes. Un estudiante es una personalidad social y económica.

De uno que había concluido su carrera con treinta mil marcos de deudas, oí hablar con elogio: «Cuando le fían es hombre que promete». La Corporación estudiantil tiene su pequeño palacio, la Studenthus, que dentro de sus propios fines funciona como un teatro *sui generis*, pero abierto al público como a los demás.

Todo esto es imposible en España, y por serlo dejo yo a los estudiantes en la Universidad bajo la dirección de sus profesores. Lo que no es imposible es que los estudiantes trabajen y se apliquen a obras útiles para la prosperidad del centro donde se instruyen. La Universidad de Helsingfors, aparte otros méritos, tiene el ser útil a todo el mundo: a los alumnos, a quienes estimula por medio de abundantes pensiones y estipendios; a los aficionados a la lectura, prestando los libros, sin exigir más garantía que un recibo en que se escribe el nombre y domicilio del que se lo lleva; al público en general, convirtiendo su Paraninfo en sala de espectáculos cultos, donde lo mismo da una conferencia un profesor (y suelen venir también extranjeros) que un concierto un artista de mérito eminente. Una notable pianista venezolana, Teresa Carreño; Reisenauer, el discípulo predilecto de Liszt; la cantante Eva Nansen, mujer del explorador del Polo Norte; el violinista austríaco Ondricek, y muchos más, han desfilado en poco tiempo por esta *Universitetets-solemnitessal*. La última fiesta celebrada ha sido la del centenario del gran compositor Schubert. Según esta costumbre, todos los artistas dan en la Universidad uno o varios conciertos escogidos para los inteligentes, a cuatro o

cinco marcos la entrada, y luego en *Brandkorshuset* (Casa del Cuerpo de Bomberos) un concierto popular a uno y dos marcos, al que concurre todo el mundo. Así se honra a los artistas, sin olvidar los derechos artísticos del pueblo.

Si en este tiempo en que los histólogos y microbiólogos son dueños de la situación fuera yo médico, estoy seguro de que sería un ferviente hipocrático. Para mí, el que se pone malo y el que se cura es el hombre, todo el hombre: al medicamento local debe ir unido un sacudimiento inteligente de la naturaleza del enfermo, para que esta acuda con su fuerza medicatriz innata y opere la total curación. Mi plan de reforma universitaria es también hipocrático: nada de cataplasmas ni de específicos, que las Universidades sacudan la modorra, y que por medio de la acción expelan ellas mismas sus malos humores y se conviertan en organismos sanos y robustos.

- XIV -

El 1.º De junio, día simbólico de la organización económica de Finlandia

Vart land aer fattigt, skall sa bli
Foer den, som guld begaer,
En fraemling far oss stolt foerbi;
Men detta landet aelska vi,
Foer oss med moar, fiaell och skaer
Ett guldland dock det aer.

Por si en sueco parece poco extraña esta bella estrofa del himno finlandés, del vibrante y patriótico *Vart Land*, voy a darla a conocer también en lengua finlandesa para que mis lectores saboreen con los ojos y con el oído, aunque sea en un pequeño fragmento, cuanto hay de característico y de musical en esta lengua hablada apenas por dos millones de hombres:

On maamme koeyhae, siksi jaeae.
Jos kultaa kaipaa ken.
Sen kyllae wieras hyloaejaeae
Mut meille kallein maa on taeae
Kanss' salojen ja saarien
Se meist'on kultainen.

«Nuestro país es pobre: así lo será —para quien oro ansíe. —Un extranjero pasa mirándonos con desdén; —pero este país nosotros lo adoramos: para nosotros, con sus bosques, sus rocas y sus playas, —es un país de oro».

Cuando Runeberg, el poeta más grande de este país, compuso estos versos de su canto a Finlandia, no pensó de fijo más que en ofrecer una imagen del

intenso patriotismo de los finlandeses, un contraste entre la pobreza del suelo y la exuberancia del amor que tan ingrato terruño inspira a los que en él viven; y, sin embargo, sus palabras tienen un valor real, una significación económica. Finlandia es pobre, y es al mismo tiempo un país que da mucho oro, que vive en la prosperidad. *Vart land aer fattigt* es una muletilla que se emplea contra todos los abusos y excesos: contra el lujo, contra el alcoholismo, contra los vanidosos y petulantes que pretenden imprimir a la nación nuevos rumbos, o vivir, como aquí dicen, «una vida de grande de España». Y a fuerza de repetir que el país es pobre, logran encauzar todas sus energías del modo más aprovechado y útil. Quien vive con más desahogo no es el que tiene más, sino el que administra bien lo mucho o poco que tiene. Este es el caso de Finlandia.

Desde el primer día que puse los pies en este país comencé a leer periódicos, por supuesto sin entender lo que leía, solo para irme acostumbrando. Y lo primero que me llamó la atención fue una lista de anuncios que empezaban todos con las palabras: *Fran 1:sta Juni* (desde 1.º de junio). Me figuré que en esta fecha debía ocurrir algo muy gordo: celebrarse acaso una fiesta nacional como la del 2 de mayo en España, o la del 14 de julio de Francia. Tuve necesidad de consultar una ley recién sancionada, y vi que entraba en vigor el 1.º de junio; pensé buscar casa, y me dijeron que sería para instalarme en ella el 1.º de junio, que para antes con dificultad encontraría, y estábamos en febrero. En resumidas cuentas: los anuncios eran de alquiler, y lo único que significaban era que aquí se toman las casas por años, de junio a junio, y que el día primero se verifica el cambio simultáneo de domicilios, la contradanza general de tratos finlandeses.

Me acordé en el acto de la viuda de Reluz. Esta viuda (por si alguien no la conoce haré su presentación en regla) es una figura novelesca creada por Pérez Galdós, o, mejor dicho, descrita, puesto que la personalidad existe, y no solo existe, sino que continúa mudándose de casa todos los meses, arrastrando su vida de caracol, con los muebles perpetuamente a cuestas. Ese tipo nómada civilizado lo pasaría aquí muy mal, porque estas sabias costumbres no permiten a nadie bromear con los trastos de alquiler. El que no está a gusto en una casa no se ha de morir por aguantarse unos cuantos meses: en enero la despide y busca otra; y desde que firma el contrato hasta el día 1.º de junio puede decir, sin que lo desmientan, que tiene dos casas, una que habita y que no le gusta, y otra que le gusta y que no habita.

El constructor finlandés es tardío, pero cierto: construye para sacar rentas. Aquí no gustan de ver casas vacías, porque esas casas son un capital perdido. En su novela o estudio *Rome*, habla Zola del fracaso de los «ensanchadores» de Roma; de los que creyeron que Roma, capital de la Italia unida, iba a convertirse en un coloso, y edificaron a destajo casas que están aguardando aún la llegada de los inquilinos. Zola ve en estos modernos albañiles a los legítimos herederos del espíritu originario de Roma, el pueblo fundador y constructor por excelencia. Allá él se las avenga con su opinión. Yo me contento con asegurar que en todas partes hay «constructores de casas vacías», excepto aquí, donde se posee un finísimo olfato económico. Si en España hiciéramos un balance de las casas que tenemos desalquiladas y del capital amortizado que representan, sacaríamos quizá millones bastantes para recoger toda la deuda exterior y para que se quedaran dentro de casa los intereses que van al extranjero.

A mí me daba que pensar esa circunstancia de mudarse todo el mundo a la vez: me figuraba algo semejante a una movilización en caso de guerra. Sin embargo, el problema queda resuelto con gran suavidad: no ocurre nada ni se entera uno de nada. La fecha de 1.º de junio está muy bien elegida: es la divisoria entre las dos grandes estaciones del año: el invierno y el verano. La primavera y el otoño existen, pero sin carácter. El verano dura de junio a septiembre, en que empieza el otoño, y con él los primeros avances del invierno; y este no se despide hasta que los mares se deshielan, a fines de abril o comienzos de mayo. En junio, pues, se abre la vida veraniega, y muchas familias se van al campo a sacar todo el jugo posible a la bella estación; los estudiantes levantan el vuelo; las playas se pueblan de anfibios, y las ciudades se quedan medio desiertas. Cuando se reanuda la vida regular, cada familia aparece en su nueva casa. El 1.º de diciembre, entrada oficial de invierno, hay también una pequeña contradanza, en la que se busca el acomodo definitivo.

No faltarán censores graves que critiquen el sistema finlandés y se declaren en contra de tan extremada tacañería arquitectural. Estando las casas tasadas, temerán que si la población crece de repente haya quien se quede en la calle, y lo que es más sensible aún, que los propietarios se aprovechen de la ocasión y pongan los alquileres por las nubes. Así pensaba yo también, y después he tenido que rectificar. El alquiler es aquí un tanto por ciento del capital empleado, una cantidad fija y prefijada, que no admite discusión ni regateo. Cuando faltan casas, no se aumenta el alquiler de las que existen,

sino que se construyen casas nuevas. El alquiler es muy elevado; la construcción de casas es un buen negocio, y, sin embargo, no se construye más que lo preciso. Esta parsimonia es sin duda engendrada por el sutil instinto económico de que antes hablé, el cual se muestra en formas varias inagotables.

He notado al hacer los pagos corrientes, que ni una vez he recibido de vuelta 50 *p:l* en calderilla, ni 5 *fms*. en plata.

Fms. son *markkas* o marcos finlandeses, equivalentes a pesetas, y *p:l, penni*, céntimos.

El céntimo es útil hasta 4; para 5, 10, 15 o 20, hay monedas de cobre de 5 y 10 céntimos; para 25 y 50, monedas de plata; de un marco a 4, monedas de plata de 1 o 2 marcos, y de 5 en adelante, billetes de 5, 10, 20, 50, etc. Estos billetes son pagaderos en oro, pero son preferidos al metal. El oro está en los Bancos: apenas circula.

Salvo en un caso excepcional, cada moneda tiene su uso marcado por su valor. El marco tiene uso entre 1 y 4; al llegar a 5, no tiene ya nada que hacer, puesto que cuesta el billete de 5. Si yo pagara aquí 100 marcos con plata, me mirarían con extrañeza; si diera un duro en calderilla, me echarían a la calle, y si sacara una peseta en «chavillos», me encerrarían en el manicomio. No comprenderían, no comprenden que haya quien se complazca en dificultar una cosa tan indispensable y corriente como el empleo de la moneda. La fraccionaria debe solo servir para los pagos menudos, no invadir ni ensuciar los bolsillos de los míseros mortales; suprimen hasta el duro por demasiado grande, y lo sustituyen con el billete de 5 marcos, merced al cual la circulación fiduciaria anula casi por completo la de moneda metálica.

Por si estas simplificaciones no fueran bastantes, se acude a otra mayor: por no tener el dinero ni en billetes, se les transforma en una libreta de ahorros, o en un talonario de cuentas corrientes, o en algo por el estilo; combinaciones no faltan, porque aparte del Banco oficial, que tiene el privilegio de emisión, hay numerosos Bancos que se ingenian por recoger los ahorros del público y sacarles la utilidad. Hay quien tiene en el Banco, no ya los ahorros, sino hasta el dinero dedicado a los gastos del día, y quien paga con un cheque cuentas de 10 o 12 marcos. Una cuenta corriente es en España para los pobres algo incomprensible; aquí tiene cuenta corriente cualquier

pelagatos. Y la razón de la diferencia es que aquí dan de interés el 2 por 100, mientras en España no dan nada y aun ponen algunas cortapisas.

Un empleado cobra su sueldo, y en vez de llevarlo a su casa lo deja en un Banco; después va pagando con cheques, y a fin de mes no tiene nada en el haber; repite la operación doce veces, y al terminar el año se encuentra con que el Banco, después de guardarle los fondos y pagarle las cosas más menudas, le da de interés 15 o 20 pesetas, por ejemplo: ya hay para comprarse un par de botas, o un gorro, o una camisa. El atractivo es pequeño; pero basta para domar a los espíritus más medrosos y obligarles a soltar el trapillo. Los Bancos no ganan ciertamente sumas fabulosas con tan estrujados y alambicados procedimientos; pero, aunque no ganen, cubren los gastos y dan de comer a un numeroso personal, en que las señoritas tienen numerosa y selecta representación.

Y el resultado final de estos refinamientos es que no haya un céntimo en estado de reposo; que la poca o mucha riqueza del país esté siempre en manos hábiles que sepan extraerle su jugo.

En Finlandia podemos registrar arcas y armarios con la seguridad de no hallar ningún «rincón»: se ignora lo que es una «talega», y a nadie se le ocurre utilizar las medias y calcetines para poner a buen recaudo sus caudales.

- XV -

Reconocimiento de una casa finlandesa desde los cimientos hasta el tejado

La arquitectura finlandesa ofrece todas las gradaciones de la gama arquitectónica: desde el palacio suntuoso hasta la cabaña miserable, donde se alberga el lapón nómada, acompañado de sus amigos inseparables, los renos. Hay, sin embargo, una construcción típica: la casa de madera o *traehus*, que es la más barata, la más caliente, la que exige menos tiempo para su edificación… y la que arde con más facilidad. En Finlandia hay incendios históricos, en los que una ciudad entera ha desaparecido como por ensalmo. Para evitar esta terrible contingencia se han impuesto restricciones prudentes: que las casas estén a distancia las unas de las otras, o que no tengan más que un cuerpo de alzada; pero en las ciudades grandes, en que el terreno cuesta caro, el espíritu mercantil ha saltado por encima de las tradiciones e implantado la casa de pisos. Helsingfors, por ejemplo, es una ciudad sin carácter: solo tiene un barrio llamado Brunnsparken, donde se puede vivir racionalmente, según lo exige la naturaleza del país. El Brunnsparken es un grupo de casas diseminadas sin orden en un bosque junto al mar. Aquí es donde yo vivo: el bosque, aunque está muerto, me recuerda la Alhambra; el mar helado me hace pensar en nuestra Vega; mi balcón, que da al mar, viene a ser el balcón del Paraíso. Después de nuestros cármenes no hay nada que me guste tanto en Europa como estas quintas o *villor* de Finlandia.

Las casas a la antigua tienen patio o *gard*, que no es un patio interior, sino un zaguán abierto, al que dan las puertas de las diferentes habitaciones, como en las casas de vecinos; otras veces las casas están aisladas dentro de una cerca y rodeadas por un jardín o *traegard*; solo las casas de pisos se ven privadas de estos desahogos; el patio o corral se ha transformado —no se crea que en portería, como en España: aquí estrujan más el limón— en no muy amplia «anteescalera», donde, en un cuadro muy curioso, están estampados

los nombres de los inquilinos juntamente con el número de *trappor upp* o «escaleras arriba», que hay que ascender para visitarlos.

Para construir una casa de madera (pues de las de piedra o ladrillo no hay que hablar) se saca un cimiento de material hasta un metro y medio de altura; sobre el cimiento se coloca un marco de madera, bien ajustado, con travesaños: este marco representa el plano del edificio en sección horizontal; después no hay más que subir, clavando tabicones sobre tabicones y retapando las rendijas con estopa. La armazón del tejado lleva siempre una cubierta metálica. Apenas construido el armatoste de madera y empapelado interiormente, se puede habitar en él; pero aún no está la casa terminada: se deja pasar un año para que la madera se enjugue y se asiente, y después se la forra por fuera con una tela impermeable o fieltro (*filt*) y con una tablazón pulimentada y a veces artística; se pinta la fachada, se repasa el empapelado interior y la casa queda concluida, perfecta.

Estos detalles que doy aquí, y otros que daré, no son inútiles, porque nosotros tenemos una Sierra donde en invierno se podría vivir como en Finlandia y disfrutar de lo bueno y de lo malo que dan de sí los climas glaciales. Mi buen amigo Diego Marín ha tenido la idea de crear en Sierra Nevada una *Suiza Andaluza*: la idea es feliz; pero si los edificios que se construyan son puramente veraniegos, tendrán una aplicación tan fugaz, que acaso no rindan lo bastante para sostener el entusiasmo del capital, que es de suyo muy propenso a desalentarse. La construcción a estilo finlandés nos resolvería de plano el problema, pues por su doble uso nos permitiría tener durante el invierno una *Finlandia Andaluza* en nuestra Sierra incomparable e inagotable, y nos convertirá en una especie de compendio del globo terráqueo. He aquí un cosmopolitismo que a mí me gusta más que el vacío y declamatorio de los *dilettantis* de derecho internacional.

Lo primero que choca al entrar en una casa de aquí es que las puertas no tienen cerrojos, ni candados, ni a veces cerraduras. Mi puerta tiene un sencillo picaporte, y muchas noches queda entornada. El respeto a la propiedad ajena está profundamente arraigado. Se dirá que no teniendo nadie dinero en casa, no hay peligro de que se lo lleven los ladrones; esto es cierto, pero también lo es que cuando se quiere robar, se roba lo primero que cae a mano.

Con solo franquear la puerta de entrada se puede hacer un buen agosto desvalijando el *tambur* o recibimiento, donde se deja toda la ropa de abrigo y

los chanclos, sombreros, paraguas, etc., es decir, cuanto constituye la segunda vestimenta que hay que echarse encima para salir a la calle. Si se hacen diez visitas en un día, diez veces hay que repetir la operación de quitarse y ponerse todos los accesorios, en la que a veces se va más tiempo que en la visita misma. En los edificios públicos, cuando hay aglomeración de gente, un *tambur* o vestuario es un pandemónium. En algunas ocasiones no hay más que soltar cada uno sus prendas donde puede, y tener confianza en que las hallará al salir.

Cuando hay mozos encargados de este servicio, tienen tal práctica, que sin necesidad de chapitas numeradas, por una asociación rápida y segura de impresiones, apenas le ven a uno aparecer en la puerta de salida, se dirigen sin vacilar al sitio donde colocaron los objetos, recogidos a la entrada, y los presentan antes de que se los pidan. Dad a uno de estos modestísimos empleados un chanclo o gorro, y al minuto os reconstruye el ser humano a quien pertenece, con el mismo aplomo con que Cuvier reconstruía por un hueso todo un animal.

Dejemos el *tambur* y sigamos adelante. Sea cual fuere la distribución de las casas, todas tienen cierta analogía en lo esencial. Las habitaciones son las más precisas, pues una habitación inútil sería un capital perdido y una boca más, a la que habría que aplacar con combustible. Tanto habitaciones como pasillos, si los hay, y por de contado el *badrum* o cuarto de baño (tan usual como la cocina o *koek*, y la alcoba o *sofrum*), tienen sus estufas correspondientes, altas hasta el techo y construidas con ladrillo especial, que conserva el calor y lo suelta poco a poco. Con cuatro o seis trozos de leña, que se consumen por la mañana en breves minutos, queda la habitación templada para todo el día, cuando los fríos no son excepcionales. La temperatura es casi igual por toda una casa: por no tener habitaciones frías, las despensas suelen estar, como las leñeras, en el sótano o *kaellaren*. Pero, a pesar de tan buen sistema de calefacción, no se conseguiría vencer el frío en toda la línea sin el auxilio de los dobles cristales en las ventanas, del algodón con que se rellenan las rendijas de los marcos de ambos cristales, y del papel engomado con que se tapan por dentro las junturas de las ventanas, hasta incomunicar en absoluto el interior y el exterior. Solo quedan en ejercicio unos respiraderos o ventanillos que sirven para renovar el aire cuando no hay manera de respirarlo. La impureza del aire, por cierto, es el argumento de que se sirven las mujeres para justificar la necesidad de salir cuatro o seis veces al

día, aunque casi siempre sea para meterse en otros lugares tan mal ventilados como sus propias casas.

Yo entiendo que la afición a callejear proviene de la diferencia entre las temperaturas interior y exterior, la cual llega a ser hasta de 50 grados. Cuando la temperatura es igual, lo mismo da estar dentro que fuera; pero si es diferente, el deseo de cambiar obra como impulsor: cuando se está fuera, gusta meterse dentro del primer sitio que se encuentra al paso. Yo he experimentado en mí mismo esta rara particularidad, este fenómeno, que no sé en qué ramo de la ciencia deberá catalogarse.

Estos invernaderos se convierten en casas de verano en pocos minutos. Se desclavan y quitan las ventanas interiores, y se abren las que caen afuera, para disfrutar la frescura de la brisa del mar; se ponen toldos en los balcones, y mesas y sillas en los jardines para comer al aire libre bajo los árboles. Después de los banquetes, las jóvenes cantan en coro canciones impregnadas de esa alegría suave que sumerge el espíritu en meditaciones vagas, o bien se embarcan en tropel en algún barquichuelo, y remando y cantando se alejan hacia los islotes desiertos de que están sembrados estos mares.

Pero no adelantemos los sucesos. Esto ocurre en el verano, allá en junio o julio, y ahora estamos en febrero y vivimos encristalados y empapelados. Dichosa tierra que durante meses y meses trata a sus hijos como a plantas exóticas. Cuando se piensa en los artificios de esta vida de estufa y en algunos detalles que pecan, al contrario, por exceso de sencillez, como las camas, estrechas, duras como guijarros, se quitan las ganas de escribir; mucho más si se posee, como yo poseo, la ineptitud descriptiva que hasta mis mejores amigos me reconocen. Por fortuna ya falta poco: conocemos el sótano y las piezas habitables; nos queda el camaranchón o *vind*, que solo sirve para tender la ropa en invierno y para guardar trastos viejos (y hasta los nuevos cuando llega el 1.º de junio y se deja una casa sin tener otra en que instalarse), y por el *vind* subimos al tejado, *taked*, donde hallamos aún algo interesante. Si subimos en día de fiesta, nos asustará el número de banderas o trapos de vivos colores que ondean sobre los tejados de la ciudad; se puede decir que aquí padecen de un delirio nuevo o no estudiado aún: el delirio banderil.

Y en cualquier día del año nos gustará ver la red telefónica, a trechos tan espesa como tela de cedazo; y más que estos alambres, nos agradará ver las bandadas de palomas que viven en la ciudad, libres y al mismo tiempo

domesticadas, correteándolo todo como perros sin amo. Cualquiera puede cogerlas, pero nadie las coge: forman parte del ornato público, juntamente con sus amiguitos los gorriones.

A eso del mediodía, cuando el *Salutorget* o plaza del mercado se ve libre de su habitual y abigarrada concurrencia, en la que los pescadores se codean con los campesinos, estos con los comerciantes de la ciudad, y todos con una clientela en que figuran todas las clases sociales, miles de palomas acuden a limpiar la plaza en competencia con los barrenderos; el resto del día corren desperdigadas por las calles, y cuando se cansan, se suben a reposar en los tejados.

No hay nadie que sea capaz de hacer daño a una paloma ni a ningún animal; y si lo hubiera, no faltaría quien lo metiera en cintura.

Hay protectoras de animales, y algunas no se contentan con protegerlos, sino que tienen con ellos atenciones delicadas; yo conozco a una señora que pone a su puerta una vasija con agua y con un letrero que dice: *Vatter foer hundar*, agua para los perros. Comoquiera que los perros no saben leer, me parece que el aviso estará allí para que no se beban el agua las personas.

- XVI -

Donde el corresponsal, auxiliado por su criada, satisface la curiosidad de una curiosa cocinera granadina

Bien dice el refrán: unos crían la fama y otros cardan la lana. El cardador de lana soy yo, que sin darme aire de defensor del «feminismo», sin pedir instrucción para el sexo débil, he saltado por encima de las conveniencias sociales y he abierto cátedra en un periódico para tener discípulos de ambos sexos.

Yo pienso que si la montaña no viene hacia nosotros, debemos nosotros ir hacia la montaña; que en vez de ir buscando una a una para suministrarles el alimento espiritual en la misma forma que se les llena el buchecito a los pavipollos enfermos, lo que se debe hacer es arrojar la semilla para que quien quiera la recoja.

No estoy disgustado de mi método. Hasta ahora mi mejor discípulo es precisamente un discípulo con enaguas: son muchos los que le superan en capacidad, pero él los supera a todos por el interés con que sigue el curso de mis explicaciones. La alumna a que me refiero se me ha dado a conocer no ha mucho por medio de una carta original y graciosa, que bastaría y sobraría para indemnizarme del tiempo perdido en escribir mis lecciones, si yo no estuviera ya suficientemente indemnizado con el gusto que recibo al perder el tiempo solo por perderlo.

Cuando recibí la carta y vi que no se había extraviado, a pesar de traer las señas muy mal puestas, me figuré que sería algún mensaje fastidioso: los mensajes de este género llegan a su destino, aunque se deje el sobre en blanco. Luego hice un ligero análisis grafológico, y saqué en limpio que la carta era de mujer: bastaba ver la D irregular, abultada, como si estuviera en estado interesante. Y no solo de mujer, sino de una mujer excesivamente

curiosa y hábil para los trabajos de cocina. Este último rasgo no era en realidad grafológico, pues lo induje de varias manchas del sobre, que daban a entender que los avíos de escribir habían estado cerca de la alcuza y del especiero.

Abierta la carta, vi que, efectivamente, estaba escrita por una cocinera, lectora asidua de *El Defensor* desde que empezó la guerra de Cuba.

Aunque el interés principal de mi comunicante se concentra en las noticias y en los telegramas, para ver si en ellos aparece el nombre de un sobrino que allá está peleando contra los rebeldes, no deja de dar un vistazo a todo el periódico, y ha llevado su buena voluntad hasta hincar el diente a mis *Cartas*. «A decir verdad —escribe la honrada cocinera—, yo no entiendo muchas de las cosas que usted escribe. Mi ama, que es una señora muy leída, es la que me las aclara; y ayer me explicó que lo que principalmente quiere usted dar a entender es que las mujeres deben de estarse en la cocina y no mezclarse en lo que no entienden». Y a continuación, encadenando las ideas con más lógica que un Aristóteles, quizá creyendo que yo soy una especie de Brillat-Savarin, ya que doy a la mujer como única misión la de guisar, me pide que la ponga al corriente del estado culinario de Finlandia y le envíe, si es posible, recetas de algunos guisos para contentar a su señora, de la que me dice en secreto que es una vieja tan empalagosa como sabia.

No creo necesario advertir que la susodicha vieja me ha levantado un falso testimonio. No solo no pido yo que las mujeres se estén en la cocina, sino que, al contrario, pido que las cocineras se instruyan, y aplaudo el arranque de la que a mí me ha escrito, la cual es seguramente la primera que en España se ha gastado 15 céntimos por amor al arte culinario. La gracia hubiera sido completa si se hubiera gastado los 25 céntimos que exigía el franqueo de la carta; pero no es extraño que una pobre mujer se equivoque, cuando amigos míos abogados se equivocan también y me obligan a pagar 20 céntimos por cada carta que me escriben. Y cito el hecho, no por los 20 céntimos, sino porque pone de relieve lo incomunicados y arrinconados que vivimos en España, que la mayoría de los españoles no sabe siquiera franquear una carta para el extranjero.

Desgraciadamente no es Finlandia el país más a propósito para sacar de él elementos con que regenerar la cocina española. El admirable buen sentido de los finlandeses no ha podido contravenir el orden de la Naturaleza, según el

cual aquí no se crían las cosas más indispensables para la vida, y particularmente para la vida de un español. No hay garbanzos; más aún: no se tiene idea de lo que es un garbanzo. El aceite es artículo de lujo: una botella cuesta seis marcos. El vinagre o *aettika* es un ácido, cuyo uso exige o poco menos el manejo del cuentagotas. El vino, como artículo extranjero, en gran parte español, cuesta carísimo. Las frutas vienen medio verdes y son como el chocolate del ventero: caras, pero malas. Una naranja, 25 o 30 céntimos. Tocante a legumbres, la mayor parte del año hay que vivir de conservas. En materia de condimentos se vive en anarquía. Es un problema, por ejemplo, hallar un ajo.

Cierto día, leyendo el *Quijote*, llegué al capítulo de los segundos consejos dados por el genial hidalgo al flamante gobernador de la ínsula Barataria; y lo mismo fue leer aquello de «no comas ajos ni cebollas para que no saquen por el olor tu villanería», que sentir grandes ganas de comer ajos, o por lo menos de olerlos. Sin duda, los españoles tenemos en el cuerpo el espíritu de rebeldía cuando tan espontáneamente nos insubordinamos contra las prohibiciones más sensatas. Varios meses transcurrieron, sin embargo, sin que mi rebelión pudiese tomar cuerpo; no veía ajos por ninguna parte, ni hallaba medio de hacerme comprender. Por fin tuve la fortuna de hablar con una señora alemana, partidaria del ajo, y supe que en Finlandia este picante producto se vende en las boticas, y que tiene el mismo nombre que las cebollas, reforzado con el calificativo «blanca». La cebolla es *loek*, y el ajo es *hvitloek*, cebolla blanca. Dije, pues, a mi criada: —Karolina, haga usted el favor de ir a la botica y comprar *ett hvitloeksbufvud*, (una cabeza de ajos). Mi criada volvió al cabo con una preciosa adquisición. —Quince céntimos me ha costado; pero los vale —me dijo—: mire usted qué gorda es, y que además tiene tres hijuelos. —Aunque costara 15 marcos, los daría por bien empleados —contesté yo. —Esto es muy bueno para el pecho —observó mi criada…—, pero no sabía que estuviera usted malo. —No es que esté malo, ni que tome eso por medicina. En España los ajos se emplean en muchos guisos excelentes, y hay también quien los come fritos y le saben a gloria. Mi criada se me quedó mirando, boquiabierta, como asustada. Ella no sabe historia; que a saberla, tengo la seguridad de que hubiera dicho como al final de los sainetes: —Ahora lo comprendo todo. Ahora me explico por qué los españoles se pasan la vida tirándose los trastos a la cabeza.

Algún hada benéfica me inspiro sin duda el pensamiento de nombrar auxiliar o pasante a mi criada, pues sin esta no sé cómo me las compondría

para salir del atolladero en que mi paisana me ha metido. Soy extremadamente torpe en asuntos de cocina, porque no le doy importancia al acto, para otros tan importante, de comer; me conformo con cualquier cosa y detesto los platos complicados, encubridores de secretos peligrosos. Si yo fuera gastrónomo, sufriría viendo el desorden culinario en que aquí se vive: en cuanto salen de la cocina francesa o afrancesada o universal, puesto que en todas partes priva, caen en el salvajismo gastronómico.

Recordando el predicamento de que gozan ahí las ensaladas, he pedido una fórmula de ensalada finlandesa pura, y mi auxiliar ha hecho la siguiente combinación: ensalada de lechuga (que por cierto es más amarga que las tueras), picada muy gruesa; manteca derretida, vinagre, mostaza y azúcar en gran cantidad. Yo no me he atrevido a probar la horripilante amalgama: sería necesario forrarse antes con piel de oso el aparato digestivo. Esta cocina es demasiado fuerte para nuestros estómagos.

Lo que se adquiere a más bajo precio es la carne (*koet*). Hay carne de vaca desde 70 céntimos el kilo; a 90 la mejor. Una gallina, un marco o peseta. De diversos puntos de Rusia envían pollos, conservados en hielo, más duros que balas de cañón. La mantequilla del país es excelente, y la manteca de cerdo o *flott* se vende barata. La carne de cerdo tiene gran aceptación por lo mucho que llena y calienta. El pescado es endeble y soso: el que hace el gasto popular, al modo que en España la sardina, es el *stroeming*. La leche (*mjolk*) es quizá lo mejor del país, y cuesta a 15 o 20 céntimos litro; la crema o *graedda* la venden separadamente para el café. El pan es también muy barato, y en todas las mesas lo hay de tres clases: de trigo, a imitación del francés o del de Viena; de centeno, muy bien elaborado, y una especie de torta oscura, delgada y dura como una piedra. Lo más caro, y a veces imposible de encontrar, son los vegetales: solo abundan las patatas, que son muy buenas, y que se venden por kilos, como las manzanas y otros artículos análogos.

Con todos estos materiales bien se podría, creo yo, hacer algo de provecho si hubiera finura en los paladares; pero las mejores intenciones quedan anuladas por el empleo exagerado de los condimentos fuertes y de las salsas inoportunas. Si Churriguera se hubiera dedicado a la cocina (con lo cual la Arquitectura no hubiera perdido gran cosa), hubiera sido un gran cocinero al uso finlandés.

La única creación original de estos guisanderos del Norte es el *smoergasbord*, literalmente «mesa de cosas de manteca»; o más claro, colección de entremeses útiles para abrir el apetito y a veces también para cerrarlo. En el *smoergasbord* figuran diversos embutidos y carnes saladas, pescados en conserva, ensaladas, legumbres con varios aliños, amén de la manteca dominadora y triunfante, cuyo papel es el auxiliar de la deglución. Una comida comienza siempre por el *smoergas*: señoras y caballeros van a la mesa consabida, y de pie picotean en todos aquellos platos, hasta que se sienten ya bien templados, acordes, para dar principio al concierto gastronómico; entonces se sientan a sus mesas respectivas, donde se les sirve la sopa y demás platos del menú (o minuta, para no disgustar a los buenos patriotas).

Pero no paran aquí los servicios del *smoergas*: fuera de las horas de la comida, sirve como «tente en pie». En muchos lugares de reunión nocturna funciona continuamente la mesa de las chucherías, y todo el que quiere reparar sus fuerzas puede acercarse y comer lo que se le antoje, mediante un tanto fijo: tres o cuatro reales. En las casas particulares es muy útil, porque existe la costumbre de dar de comer a los que van de visita: de vez en cuando circula la bandeja con el té hirviente y los bizcochos, y cuando la hora avanza y el té no produce ya efecto, se pasa al comedor y cada cual se atraca de lo que más le gusta. En las estaciones de ferrocarril también nos encontramos la mesa mágica: llega uno, coge un plato y lo llena a su satisfacción. Hay quien mezcla una tajada de carne, un alón de pollo, compota, un pastel y pepinillos en vinagre. Todo por un marco, y sin perjuicio de reventar si vienen mal dadas; pero no haya cuidado, no revienta nadie. Cada país es heroico a su manera, y Finlandia tiene acaparado el heroísmo más provechoso: el heroísmo estomacal.

La cocina finlandesa es un teatro por horas; no hay en ella ninguna obra enérgica y contundente como nuestro cocido: todo se vuelve piezas en un acto, tontas o insustanciales, que comienzan por distraer, y concluyen por estragar el gusto y estropear el estómago de quien no está hecho a estos belenes.

- XVII -

Cómo se divierten los finlandeses: diversiones populares

Todos los pueblos tienen necesidad de divertirse, y todos se divierten; pero el modo de realizar esta importante función es muy diverso. La vida material nos obliga a asimilarnos elementos materiales; y la vida espiritual nos fuerza a recoger impresiones que son buenas o malas, agradables o desagradables, según nos coge el cuerpo. Una planicie inmensa, nevada, dicen los estéticos que es un ejemplo de lo sublime estático; una tempestad de nieve será ejemplo de lo sublime dinámico. Pues bien: yo vivo en medio de lo sublime estático; y han descargado sobre mí varias sublimidades dinámicas, que me han puesto hecho una sopa, y pienso que los estéticos llevan razón donde no nieva o nieva poco; aquí se equivocan, porque el empacho de nieve quita las ganas de emocionarse, y engendra un cansancio, un aburrimiento, que no tienen nada que ver con la sublimidad. Lo mismo ocurre con lo bello, con lo gracioso, con lo ridículo, con lo cómico, con lo jocoso, con lo burlesco y con lo humorístico. Nada de eso existe en la realidad; todo está en nosotros. En Madrid cerraba yo mi balcón para no oír los organillos, y la criada, la «chica», los oía con delectación; aquí mi criada no les hace caso; soy yo quien paga y escucha. Mis ideas sobre los organillos no han cambiado; pero han cambiado mis impresiones, y yo doy más importancia a mis impresiones que a mis ideas.

Cuando algún observador superficial, pues, venga a Finlandia y note que el pueblo no se divierte, no se lleve de ligero, pues más tarde tendría que rectificar. Este pueblo se divierte, sin duda alguna, porque tiene necesidad absoluta de hacerlo: si el observador no se entera de cómo y de cuándo esto ocurre, es porque no observa con la profundidad correspondiente. Yo fui una vez a un baile popular, «un baile de criadas y horteras», y, contra mi costumbre, fui con un acompañante. El baile estaba amenizado con intermedios cómicos, mimos y payasadas, los cuales me hicieron recordar las

estupideces de nuestros «jugueteros» clásicos. No he olvidado aún cierto juego granadino, al que sus autores llamaban «construcción de la Giralda»: salían dos maestros de obras, embozados en sendas capas, a reconocer el terreno que dejaban libre los circunstantes sentados a la redonda en la sala (que era de las de candil en viga). Uno de los maestros, despojándose de su capa, procedía acto continuo a la medición y remedición del solar; y el *quid* del juego estaba (muchos lectores deben saberlo) en que el medidor llevaba colgado por detrás uno de esos malaventurados recipientes, que las personas cultas han convenido en llamar vasos de noche, y esgrimiéndolo hábilmente ponía la concurrencia en el trance más apurado del mundo, y la obligaba, por último, a despejar la habitación y a ceder gratuitamente el terreno para que los constructores pudieran extenderse a sus anchas. Algo semejante a esto en fuerza y finura espiritual fue lo que yo vi en el baile finlandés: un barbero que enjabonaba a sus clientes con un escobón en rama; un caballero que hace beber agua a su señora en una pileta, y mil payasadas por el estilo, sin olvidar a un orador político y satírico perteneciente a la edad de piedra del arte oratorio. Cuando este tribuno de la plebe estaba más engolfado en su peroración, mi acompañante me dijo que por él no había inconveniente para marcharnos. —Deje usted todavía un momento: esto me gusta —le contesté yo. —Yo he hecho la indicación —me replicó—, porque viendo que tenía usted las espaldas vueltas al escenario, me figuré que estaría usted aburrido. —Es porque para mí el espectáculo está en la cara de los espectadores —agregué yo—. El orador ese, ya he visto desde el comienzo que es uno de los hombres más desgraciados o sin gracia que hay en nuestro continente; pero lo que me entusiasma es la risa inmotivada e injustificada de los concurrentes; esa facultad preciosa de reír porque les da la gana, quizá porque al comprar el billete se propusieron reír y están decididos a reír aunque no salga nadie a la escena.

Lo que se dice de este baile entiéndase de todos los demás. En un baile de máscaras no se va a dar broma: se va a comer y a beber… con disfraz.

En Carnaval la gente se divierte mucho. ¿Cómo? A mí me lo dijo una señora: —No deje usted de ir hoy a la Explanada (la *Esplanadgatan* es como si dijéramos la Carrera, el paseo natural de la ciudad): verá usted qué bonito está aquello—. Di una vuelta por allí y estuve atascado un buen rato mientras pasaban unas carretas a modo de cantareros, dentro de las que iban metidos muchos hombres a modo de cántaros. Pasé adelante, y no vi más; como lo que había de ver era lo que yo había visto. Aquí no se permiten máscaras por la

calle, y la juventud, que es fácil de contentar, se contenta con vestirse como los demás días, a condición de que les dejen desfilar dentro de unas cuantas carretas ante los ojos atónitos de la muchedumbre, la cual es más fácil de contentar aún, pues se contenta con el tacto de codos. Debe notarse que aquí cierran los establecimientos los días festivos, y que en particular las tabernas se cierran a diario a las seis de la tarde y no se abren los días festivos o en que hay aglomeración de gente; todo esto por mandato expreso de la ley, para evitar que la gente se ponga alegre, y, sin embargo, la gente, aunque no beba, ni fume, ni coma, se alegra solo de mirarse y de ver ondear en calles y tejados vistosas y juguetonas banderas.

Si el gobierno finlandés quisiera hacer felices por completo a sus gobernados, no tendría que calentarse mucho los cascos: no tendría más que dejar libre la venta de bebidas alcohólicas. Con sus restricciones tiene cortados los vuelos a estas gentes pacíficas, que no piden otra cosa que trabajar durante el día y olvidar sus penalidades durante la noche con auxilio de alguna bebida fuerte que se suba pronto a la cabeza. Con el sistema actual no hay diversión completa más que los sábados. El obrero suspende sus faenas el sábado por la tarde, y apenas cobra su jornal se dirige con la rapidez del rayo a la taberna más próxima, y antes de que la cierren ha bebido lo bastante para estar sin sentido hasta el lunes por la mañana, en que ha de reanudar sus faenas. El deseo de embriagarse es tan concentrado, que si fuera posible reprimir la importación y la fabricación nacional de bebidas alcohólicas, cada ciudadano tendría en su casa un pequeño alambique para fabricar alcohol por su cuenta y riesgo. El finlandés es muy ingenioso, muy pacienzudo, y, sobre todo, muy hábil para las manipulaciones que tienen una aplicación práctica: el campesino más ignorante sabe componer un aparato para destilar alcohol, y a pesar de su respeto a la ley, sabe burlar la ley si la ley no le deja el camino expedito para satisfacer su pasión predominante.

Comparados con el deporte alcohólico, todos los demás deportes o *sports* finlandeses pierden su importancia: sus juegos musculares, desprovistos de gracia, son ejercicios tan seriamente practicados que pierden sus atractivos si por acaso los tienen.

Natación, regatas, ciclismo, patinación y equitación, todo esto es cultivado a modo de ampliación de la gimnasia. Mucho más poético es el baño, seguido de una sesión de masaje o sobeo científico, porque por este sistema se consigue fortalecer la musculatura sin necesidad de incomodarse: suda uno la

gota gorda es verdad; pero la suda sin moverse y con tanto gusto que a veces ocurre quedarse dormido en la operación, soñando como deben de soñar los niños de teta.

Y ya que he hablado de patinación, voy a dar a conocer en España un género de patinación nuevo y curioso, que podrá ser practicado en Granada si llega a cuajar mi proyecto de *Finlandia andaluza*. La nueva patinación es muy popular en el norte de Finlandia, y en Ulcabog, ciudad importante en lo alto del golfo de Botnia, hay todos los años carreras de velocidad que despiertan gran interés. Aquí ha llegado también la moda, y los patinadores se aprestan a cambiar los antiguos patines de hierro por los modernos de madera. Estos tienen dos, tres y hasta cuatro metros de largo, y quedan sujetos a los pies por una abrazadera colocada hacia el centro. Figurémonos un hombre de pie, con sus dos extremidades inferiores apoyadas sobre dos largos *rails* móviles, como un tren humano que va a ponerse en marcha: ya no hay más que empujar para que los *rails* corran sobre la nieve. Para dar impulso, lleva el hombre locomóvil dos largos bastoncillos, cuya contera está provista de una rodaja con objeto de que no se claven demasiado en el suelo; inclínase hacia adelante, y como si fuera a remar, empuja con ambos bastoncillos a la vez o alternativamente, y corre con tan extraordinaria velocidad que se queda el espectador pensando que a la humanidad le han salido corrientes eléctricas en las patas.

- XVIII -

Los borrachos

En el profundo drama de Björnstjerne Björnson, *Por encima de nuestras fuerzas*, figura un tipo extraordinario, una especie de héroe de la fe, el místico y sentimental Sang, cuya mujer, por el contrario, está poseída por el descreimiento de nuestra época; y entre las muchas ideas que surgen naturalmente de este contraste, hay una, acaso la más bella del drama, que refleja un sentimiento de generosidad y de tolerancia muy digno de imitación. «Ahora que no participas de mi fe —dice Sang a su mujer—, ahora te amo todavía más».

Antes de leer este noble pensamiento de Björnson, tenía yo adquirida la buena costumbre, sin ser ningún Sang, de practicar constantemente la tolerancia con todo el mundo, y en particular con los que hacen lo contrario que yo. De aquí arranca mi simpatía por los borrachos: de que yo no bebo nunca, y si por raro azar bebo, bebo lo que los borrachos detestan más: agua. Los borrachos tienen muchas cosas malas, pero yo los veo por el único lado bueno que tienen: los cojo por el asa favorable, como recomendaba Epicteto, y los considero como organismos humanos elementales, gobernados por el instinto.

En *Un enemigo del pueblo* hay una escena tumultuosa, una reunión popular, en la que el doctor Stockmann intenta exponer las razones que aconsejan prohibir el uso de las aguas corrompidas, que, en vez de curar, matan a los que las beben. Llegado el momento de votar, todo el mundo vota en contra, excepto un borracho, que vota en pro del doctor. El borracho está puesto allí para afrentar a la democracia, que Ibsen desprecia, pero es también el instinto de la sociedad. Las personas cuerdas reflexionan así: el manantial estará infectado; pero la infección no será cosa grave cuando nos encontramos aquí reunidos, en perfecta salud; si se lo inutiliza, el pueblo va a perder una «fuente de riqueza»: Stockmann, pues, es «un enemigo del pueblo».

Sustituyamos manantial por sociedad, y veremos que el razonamiento es vulgarísimo, puesto que lo empleamos a diario para justificar todos los abusos por aquello de que, al corregirlos, el remedio sería peor que la enfermedad. Los únicos que no transigen son el borracho y el hombre justo. El borracho piensa al modo que piensan los borrachos: —Si el manantial es un peligro para la salud, suprimamos el peligro aunque nos equivoquemos; no se pierde gran cosa por suprimir un manantial de agua en el mundo—. ¿Y el hombre justo, el idealista, el Quijote? Este coincide siempre con el borracho, porque no es más que un borracho que no bebe, un hombre que se embriaga con ideas.

El hombre ebrio es la expresión más clara que existe en la tierra del ser humano instintivo, y en este hay que buscar la clave para descifrar al ser de razón. Existe una filosofía de la embriaguez, no estudiada aún por meticulosidades ridículas. Puesto que hay microbiólogos que se inmortalizan a fuerza de manipular en excrementos humanos, séame a mí permitido hacer algunas reflexiones sobre la embriaguez, ahora que vivo en un medio favorable. El borracho finlandés es uno de los más perfectos de Europa; es el borracho *a priori*, es decir, que sería capaz de destilarse a sí mismo para embriagarse con su propia sustancia: de tal suerte juzga y considera compenetrados el hecho de existir y el de mitigar esta desventura con algún consuelo espirituoso.

Mis investigaciones sobre este tema datan de largo. El mismo día que llegué a Amberes, ya hace algunos años, salí por la noche a dar un vistazo a la ciudad, y lo primero que me llamó la atención fue ver pandillas de hombres borrachos, cogidos del brazo, cantando el himno nacional belga *La Brabançonne*, o la canción de moda en aquel entonces, que creo que era el tan celebrado, repetido y tonto *¡Tararabum de ay!*, importado de Inglaterra, la nación que tiene peor oído entre todas las de la «vieja» Europa. Y todo lo que fui viendo después venía a confirmar la idea que me sugirieron los borrachos: que las cualidades del pueblo flamenco eran el espíritu de asociación y la manía musical.

Muchos domingos hacía largas excursiones por el campo. A veces oía a lo lejos, por entre la espesa y menuda llovizna que suele caer de continuo, un zumbido intenso y prolongado como el de una legión de abejorros puesta en marcha y luego veía aparecer un grupo de peregrinos, viejos y viejas casi todos, que iban de unos a otros pueblos, en la mano el rosario y en los labios

la oración. Y poco después oía un trompeteo infernal, y luego veía aparecer la banda musical de este o aquel lugarejo, formada por la gente moza, amiga de divertirse, aunque sea a costa de los sudores que da el ir cargado con un formidable trombón. Si yo fuera amante de las antítesis, hubiera pensado, como Echegaray al comparar en su drama *Dos fanatismos* la candileja de aceite y el arco voltaico, que los devotos romeros eran la vieja fe, el pasado, y los músicos de blusa el progreso moderno, el presente y el anuncio del porvenir; pero yo soy amante de las síntesis, y se me ocurrió pensar que los unos y los otros, y los que vengan después, eran y serán siempre en diversas formas creaciones del espíritu invariable de aquel territorio.

Los países cuyo suelo es muy quebrado parece como que ellos mismos lanzan a unos hombres contra otros. Hasta en los libros de texto se enseña a los niños que los habitantes de la montaña son más guerreros que los de la llanura. En los países llanos, como Flandes, los hombres están como las espigas en una haza de trigo: puestos pacíficamente y predispuestos para vivir en pacífica asociación. Además, el suelo está al nivel del mar, o más bajo aún, y la presión atmosférica es enorme: hay necesidad de poner los pulmones en ejercicio. ¿Cómo? Esto es lo único que depende de la evolución: aquel rezaba mirando al cielo, este sopla en la embocadura de un cornetín, el que venga después quizá prefiera dar rebuznidos. Pero lo esencial será siempre desahogarse. Y si se cree que mi teoría es caprichosa, que se me explique por qué en un pueblo tan amante de la música todo el mundo da la preferencia a los instrumentos de viento.

En Finlandia hay también pasión por la música, y mayor aún por el canto. El orfeón o *sangfoerening* se multiplica como la langosta: las fiestas públicas más celebradas en el país son los certámenes corales; la figura más grande que ha concebido el numen popular finlandés, Waeinaemoeinen, es un viejo célibe, cuya ocupación predilecta consiste en cantar acompañándose con el *kantele*. Y, sin embargo, lo que hay más profundo en el espíritu finlandés no es el amor al canto ni a ninguna de las bellas artes; lo que hay nos lo va a decir el borracho. Para esto, naturalmente, hay que elegir el tipo más general, el que se ofrece a los ojos del público como resumen de las aspiraciones instintivas de la colectividad; y ese tipo es el del obrero borracho, que compra una tagarnina, monta en un cochecillo descubierto y va por los lugares más visibles luciendo su importante personalidad. No va a ver, pues cuando toma el coche carece ya hasta de fuerza para abrir los ojos, ni tampoco a que lo vean, pues esto supondría un descaro que no se compagina bien con el respeto

que aquí se tiene a las buenas costumbres. La idea del borracho es llegar pronto a su casa y llegar como llegan las «personas decentes», o sea las que usan carruaje a diario.

Debe notarse que aquí el cochero o *iswochyic* (una de las contadas palabras rusas usadas en sueco) suele dispararse a correr sin preguntar adónde debe ir: yo he hecho dos veces la prueba, y he estado horas y horas paseando por donde al *iswochyic* le daba la gana, hasta que me he cansado y le he dicho que pare. Ocurre, pues, que, con el traqueteo, el borracho se duerme a los pocos pasos, y que a veces se cae del trineo o se queda atasajado en él con la cabeza arrastrando por la nieve, mientras el conductor sigue impávido su carrera sin mirar atrás, hasta que le saca de su «apoteosis» algún alma caritativa, si por casualidad se encuentra alguna de estas almas al paso. Pero aun con la cabeza rota, el borracho llegaría a su casa muy contento, porque había satisfecho una exigencia de su instinto: la de aparecer exteriormente, aunque sea por breves instantes, como un hombre que goza de las comodidades de la vida. El finlandés piensa antes que nada en vivir bien, en comer, beber y arder, y en molestarse lo menos posible; ama todas las manifestaciones del arte; pero la manifestación del arte está siempre pared por medio con un restaurante; y al ver la frecuencia con que se va de uno a otro departamento, dan ganas de pensar que aquellos fieles han ido a adorar el santo por la peana.

Será curioso trazar un mapamundi de la embriaguez, uniendo con líneas ondulantes los puntos del globo iguales en intensidad alcohólica; tendríamos acaso líneas muy semejantes a las isotérmicas, porque a primera vista se nota que el alcoholismo va aumentando conforme va descendiendo la temperatura; y sería más curioso aún estudiar las formas exteriores con que se muestra la borrachera humana para conocer el carácter de los diversos territorios. El Norte nos daría el borracho constitucional (y no se crea que me refiero a ninguna constitución: hablo del temperamento), intensivo, metódico y práctico: Inglaterra, el borracho más resistente y el que da menos chispas; un borracho subjetivo, que bebe hasta caer desplomado, como un cuerpo sometido a las leyes del inglés Newton; Alemania, el borracho humorístico y pedagógico. Yo recuerdo haber estado cierta vez en una reunión de alemanes jóvenes, y uno de ellos que bebió más de la cuenta, se subió en un tonel y nos explicó una tesis doctoral sobre la *Influencia de Agamenón en el desarrollo de la lingüística comparada*.

El borracho de los Países Bajos (de todas las provincias antiguas, no solo la de Holanda de hoy) ya se sabe que es corporativo y filarmónico; pero tiene además una cualidad curiosa: es el que aguanta menos la orina. Y en prueba de que la observación no es baladí, citaré en mi apoyo al prodigioso Teniers, en muchos de cuyos cuadros hay en segundo término un hombre inclinado contra una pared o vuelto de espaldas al espectador en actitud manifiesta de hacer aguas. Teniers era el más realista y el mejor observador entre los pintores flamencos; tan genial, desde cierto punto de vista, como el mismo Rubens, y ese rasgo personalísimo de sus cuadros no es caprichoso, pues por él nos ha legado una *Fisiología del borracho flamenco*, así como Velázquez nos dejó en su cuadro famoso una *Psicología del borracho humano*. El hecho es innegable, y nada perderían los médicos con meditar sobre él. Yo entiendo que esa incontinencia de orina no procede solo del uso de la cerveza, sino que anda por medio la presión del aire y acaso también la afición a la música.

Continuando el viaje hacia el Sur, nos encontraríamos en Francia con el borracho patriótico, y en España e Italia con los peleístas, con los de la navaja; y en el continente negro no sé lo que ocurriría si el Corán no tuviera a sus devotos un tanto metidos en cintura. Bien dijo el que dijo que no hay libro que no tenga algo bueno. La parte negativa o prohibitiva del Corán, es, en general, excelente, como lo son casi todas las prohibiciones, por lo mismo que casi todo lo que los hombres hacemos son puros disparates. Aunque duela confesarlo, para registrar nuevos estragos del alcohol, hay que volver las espaldas al Islam y echar una ojeada sobre los centros de colonización establecidos en África por los civilizadores europeos.

Del estudio de la embriaguez se deducen muchas verdades útiles para todas las ciencias; pero yo solo voy a sacar esta conclusión consoladora: todos los borrachos del mundo tienen un rasgo común: todos marchan haciendo eses; aun estos de Finlandia, que usan carruaje, van dentro de él dando unos vaivenes, que si no son eses perfectas, poco les falta; y en esa particularidad veo yo una expresión de la filosofía de la Historia, puesto que también la humanidad camina, ya torciéndose hacia un lado, ya hacia el otro, siempre en dirección de algo desconocido, que debe de ser su casa, a la que llegará, no hay que dudar, como llegan los borrachos, aunque sea tarde y con la cabeza vendada.

- XIX -

Cómo se divierten los finlandeses: espectáculos teatrales

Si se reúnen varios hombres de talento y de chispa, no tienen más que soltar la lengua para matar alegremente el tiempo; si se reúnen varias personas graves y sin gracia, necesitan para divertirse organizar algo. Hay precisión de divertirse, y cuando no surge espontáneamente la diversión, nuestra voluntad suple la falta con regocijos artificiales. Por esto, los pueblos que no tienen habilidad o humor para distraerse de un modo natural, son los que disfrutan de mejores y más variados espectáculos teatrales; y el de Finlandia, por un contraste muy marcado, merced a la organización, siendo uno de los pueblos más tristes, se convierte en uno de los más alegres o divertidos del mundo.

Una población como esta de Helsingfors, que en España tendría a lo sumo un par de teatros, mantiene en constante y próspero ejercicio diez o doce, que cultivan todos los géneros de distracción conocidos en Europa y América, y algunos de propia invención. Hay teatro sueco, donde se representan obras de autores suecos o sueco-finlandeses, y traducciones de las de todos los teatros europeos. Figura a la cabeza Ibsen; después Alemania con Hauptmann y Sudermann; luego Francia con Dumas, Inglaterra con Pinero, y España con Echegaray. Yo he asistido a una representación de *Mariana*, que me hizo pasar un mal rato. A excepción del actor sueco Svennberg, que interpretó bien el papel de Montoya, los demás eran tipos graciosos por lo discordantes: D. Pablo, un inglés; D. Cástulo, un alguacil del tiempo de Quevedo; las señoras no habían tenido fuerzas para llegar a España, y se habían quedado en el camino, en cualquier parte.

Hay teatro finlandés, frecuentado por una sociedad que parece imposible que viva mezclada con la que asiste al teatro sueco: tan diferentes son los tipos, los trajes y hasta el aire que se respira. El teatro finlandés tiene escaso

repertorio de obras originales, porque es de creación reciente: da traducciones de Shakespeare en primer término, y traducciones de obras suecas o alemanas. El *John Gabriel Borkman*, de Ibsen, se estrenó la misma noche en ambos teatros. También rinde culto al teatro de moda, y no hace mucho dio *Erotaan pois*, o sea *Divorçons*, de Sardou y Najac.

Viene luego el teatro Alejandro, con obras rusas, suecas y espectáculos diversos. Este año ha actuado una compañía de ópera italiana con un extenso repertorio. La «Universitetets solemnitetssal» da con frecuencia grandes conciertos; la «Studenthus» fiestas variadas, y «Brandkorshuset» conciertos populares y bailes; hay circo ecuestre, donde acude el pueblo a ver luchar los atletas, y numerosos teatros de corporaciones; y por si no bastara, los principales hoteles de la ciudad disponen de grandes salas de espectáculos, donde se realiza simultáneamente la doble operación de divertirse y de comer a dos carrillos. La distracción nocturna es aceptada como un ejercicio higiénico, indispensable. De sobremesa, la familia acuerda el plan de campaña, arreglándose de modo que cada cual eche por su lado para disfrutar de mayor libertad de movimientos: el padre va al club, la madre al teatro sueco, la hija a la ópera y el hijo a un sitio donde haya *varieté*, es decir, canto y baile picantes al modo del *café-concert* francés. Así se distribuye equitativamente el dinero, y se satisfacen armónicamente todos los gustos.

Todos los espectáculos mencionados son poco más o menos como en todas partes, por lo mismo que son de puro artificio; la única forma un tanto original y que merece ser conocida es el *Allegri-Lotteri*, que se da casi siempre como «función de auxilio» por corporaciones que se hallan mal de fondos. Un *Allegri-Lotteri* es una rifa combinada con todas las artes y ciencias, y hasta con cosas que no son ciencia ni arte. Cuando el *Allegri-Lotteri* llega a su máximo desarrollo, se transforma en *Fest*, cuyo anuncio coge dos o tres columnas de periódico, puesto que es una serie de espectáculos combinados que duran dos o tres días. Lo más característico de estas fiestas son los cuadros vivos, utilizados aquí con excelente sentido práctico como medio de vulgarización artística. Las conferencias, intermedios musicales y dramáticos, bailes y rifas, no tienen tanta originalidad.

Los cuadros vivos son representados por las personas más distinguidas de la sociedad, sirviendo para cada paso las que por su tipo son más a propósito. Cuando una señorita figura en los cuadros con demasiada frecuencia, hay quien dice que es que desea casarse pronto; pero aparte algunas ligeras

murmuraciones, en general se aplaude como acto meritorio el de prestarse a figurar desinteresadamente, por amor al arte, en los cuadros o *tablaer*.

Nosotros consideramos estos cuadros vivos como algo infantil, digno de hacer juego con los castillos de fuegos artificiales; sin embargo, todo depende de la manera de entender y hacer las cosas. Supongamos que se organiza una fiesta, en la que una persona inteligente da una conferencia acerca de Wagner y sus obras, y que después en diversos cuadros se representan escenas de *Tannhauser*, de *Lohengrin* o de *Parsifal*. Con esto, y con algunos números musicales, se habrá dado una anticipación de un arte nuevo y grandioso, del que se suele hablar mucho, y del que la generalidad no tiene la menor idea. Hay espectáculos caros, que no están al alcance de las poblaciones pequeñas, y de los que se puede tener a poco coste una idea plástica por medio de los cuadros vivos.

Además, no se trata solo de obras representables; hay obras dramáticas irrepresentables, que podrían ser popularizadas por este procedimiento. Acaso la obra más real, más vigorosa del teatro español, sea una obra no representada nunca: *La Celestina* o *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. ¿No es injusto que esta obra admirable, por no ser teatral, se haya convertido en «tragedia de gabinete», conocida solo de las personas cultas, siendo, como son, sus tipos merecedores de vivir en la imaginación popular con mejor título que muchas de nuestro teatro clásico? Esta injusticia se podría reparar en parte reproduciendo en cuadros diversos las principales escenas del drama. Como los personajes no hablarían, no habría peligro de escuchar ninguna de las crudezas de la desenfadada creación del estudiante Fernando de Rojas. A este tenor, sería fácil ofrecer ejemplos en que los cuadros vivos tendrían aplicación eficaz, ya como obras artísticas en sí, ya como avanzada o vanguardia de notables representaciones artísticas.

Aunque hablo aquí de los teatros como centros de diversión, voy a terminar esta carta diciendo algo sobre la escasísima producción dramática de Finlandia. En medio de la desenfrenada vida teatral, de que he dado un apunte sumario, la dramática finlandesa se halla como anegada y sin lograr ponerse a flote. En todos los asuntos impera un cosmopolitismo desenfrenado, y en los teatrales más aún, porque se va solo al *affaer*, al negocio. Aquí todo es negocio: negocio de teatro, negocio de vinos, negocio de hoteles, negocio de zapatos. Quien dispone de capital está al acecho, y lo mismo toma un negocio de teatros que un negocio de comestibles. No obstante, se protege mucho a los

autores del país, y el que logra distinguirse mucho es objeto de veneración; el aniversario de su natalicio es día festivo, teatralmente hablando: hay iluminaciones y colgaduras y representación de gala; algo por el estilo de lo que en España ocurre con *Don Juan Tenorio*, o en Granada el día de la Toma; solo que aquí el entusiasmo es todavía mayor. El Runebergsdag, o *Día de Runeberg*, es día tan festejado como el del Corpus en España.

Hay dos grupos de autores dramáticos, como hay dos teatros, dos lenguas de uso general y dos formas de vida diferentes. Los que escriben en sueco podrían figurar sin gran dificultad en el teatro sueco, aunque los asuntos de sus obras sean tomados generalmente de la vida o de la historia finlandesa: no ofrecen ningún rasgo original que los haga dignos de ser conocidos o imitados fuera de su país. Los más notables han escrito para el teatro de una manera secundaria. Runeberg, autor de *Kan ej (No puedo)* , y *Kungarne pa Salamis (Los reyes en Salamis)*, es el primer poeta de Finlandia. Zacarías Topelius, fecundo novelista, ha compuesto, entre otras obras dramáticas, *Regina von Emmeritz* y *Effer femtio ar (Cincuenta años después)*. Wecksell, notable poeta lírico, ha dejado en su drama *Daniel Hjort* la obra más saliente del teatro sueco-finlandés.

El teatro finlandés no ha tenido aún tiempo para adquirir desarrollo. Aparte pequeños ensayos, como la *Ruunulinna*, de Logervall (arreglo de *Macbeth*), o la comedia de Hannikainen, *Silmaenkaeaetaejae* (puesta aquí solo como trabalenguas), el primer autor dramático en lengua finlandesa es Alexis Kivi, que murió loco en 1872 y que entre varias producciones, alguna tan notable como *Nummissuntarit*, dejó una tragedia un tanto melodramática, pero de grandiosa concepción, *Kullervo*, con la cual el teatro finlandés buscó su natural asunto, el de la poesía épica popular, de la que está sacado el asunto de *Kullervo*, protagonista de un trágico episodio del *Kalevala*. Los que sucedieron a Kivi, entre los que figuran Erkko, Minna Canth, Numers, se inspiraron, ya en la tradición épica, ya en la vida popular, sin haber dado aún obras magistrales que coloquen el teatro finlandés a la altura de un teatro nuevo, original, en Europa.

El teatro finlandés tiene mala estrella: sus dos autores más grandes, Kivi entre los finlandeses y Wecksell entre los suecos, han concluido por volverse locos; así es que los que han venido detrás han entrado en tierra de miedo y no quieren pasar de medianos.

- XX -

La poesía épica popular finlandesa: el «*Kalevala*»

Lo más bello y característico de la literatura finlandesa aparece en los tiempos heroicos anteriores a la Era cristiana. El pueblo finlandés muestra su genio poético en creaciones admirables; luego, como quien ha dicho de una vez cuanto tenía que decir, enmudece y se esfuerza solo para conservar por tradición estas creaciones primitivas. Un espíritu escéptico creería acaso que la poesía popular finlandesa no ha sido una creación original, sino una adaptación; que un pueblo capaz de vivir siglos y siglos en silencio, no ha podido tener un arranque de locuacidad tan fecunda como la revelada en el comienzo de su historia. Esta historia, sin embargo, explica en parte la anomalía. Un pueblo sometido a dominaciones extrañas no puede desenvolverse con libertad. La cultura sueca trasplantada a Finlandia ahogó en flor la cultura indígena, y el partido más prudente que pudo tomarse fue quizá el que los finlandeses tomaron: el de conservar intacta y escondida su tradición poética para que no se mezclara y se corrompiera. Un hecho significativo es que la reaparición de la literatura finlandesa tradicional, y como consecuencia el renacimiento literario de Finlandia, sigan de cerca el término de la dominación material o política de Suecia.

La literatura primitiva de Finlandia comprende géneros muy diversos; las composiciones de carácter lírico forman una gran colección titulada *Kanteletar*: son canciones cortas sobre toda clase de asuntos, propias para ser cantadas con acompañamiento del *kantele*, instrumento de cuerda, de forma original, inventado por el sabio héroe Waeinaemoeinen; los *Loitsurunot* son canciones relativas a la magia, que para los finlandeses primitivos era un saber muy elevado, una especie de filosofía natural, cuyo objeto era el conocimiento de las «palabras de origen» o términos mágicos, con los que se creía poder dominar las fuerzas naturales. Pero en ninguna de estas creaciones poéticas, ni en las leyendas o cuentos fantásticos que asimismo abundan, pudo

tomar gran vuelo el espíritu finlandés, rudo y enérgico, obligado a vivir en lucha constante contra un clima inhumano; su obra capital, por no decir única, fue el relato poético de estos combates: el *Kalevala*.

El asunto principal de estos primitivos cantos épicos era la lucha entre dos regiones del país; una, al sur, Kalevala, era como la representación de Suomi o Finlandia; otra, al norte, en Laponia, era el reino de las tinieblas, el territorio de Pohja o Pohjola; y todos los combates tenían un motivo céntrico, giraban alrededor del molino de Sampo, que era un símbolo de la dicha humana, y que, aun después de desvanecerse en el mar, continúa dando días de felicidad a Finlandia. Ligados a este argumento había numerosos cantos episódicos, como el de la creación del mundo, el de Joukahainen, el de Aino, el de Kullervo, etc.

Tan interesante epopeya quedó en su forma fragmentaria primitiva hasta hace cosa de medio siglo; y la gloria de haberla resucitado y dado a luz corresponde a un modestísimo mancebo de botica, después médico de pueblo, Elías Loennrot, quien después de varios ensayos parciales publicó en 1835 su primera edición del *Kalevala*, y en 1849 una segunda más completa, que fue traducida al sueco por Castren y después por Collan. Aunque es probable que este último texto sufra aún modificaciones y sea completado en unos puntos y purgado en otros de ciertas interpolaciones que no tienen carácter épico, tal como hoy existe da perfecta idea del mérito de una epopeya que, sin esfuerzo, puede ser colocada entre las mejores. Ya que mi falta de paciencia para los trabajos de traducción no me permite dar a conocer íntegra esta obra admirable (cuya versión exigiría un año o dos de trabajo asiduo), daré al menos un breve extracto de ella para contribuir por mi parte a que España sea de las primeras naciones que tengan idea de tan notable monumento literario.

Comienza el *Kalevala* nada menos que por la creación del mundo, la cual es explicada mediante un esbozo o embrión de teogonía, que participa a la vez de la mitología aria y del panteísmo brahmánico. En un principio el universo estaba poblado de divinidades: el más grande entre los dioses era Ukko, especie de Júpiter, y la primera de las diosas Akka, muy semejante a Ceres. No existía la tierra; pero sí el agua, el mar. Una de las diosas, llamada Ilmatar, hija del Aire azul, símbolo de la pureza y de la luz, desciende del cielo y se hunde en el mar, donde vive largo tiempo sola, hasta que, ansiosa de volver a su antigua morada, pide auxilio a Ukko, el cual le envía un pájaro, que, no hallando dónde posarse, hubiera volado eternamente sobre la superficie de las

aguas si la piadosa doncella Ilmatar no hubiera tenido la idea de sacar las rodillas y ofrecer en ellas un descansadero al celestial peregrino. El pájaro no fue desagradecido, pues puso en el acto siete huevos: seis de oro y uno de hierro. A los tres días sintió Ilmatar en la rodilla un calor como si se la quemaran: hizo un movimiento y dejó caer en el mar los huevos, de los que salió toda la creación.

Apenas creado el mundo, aparece en él un hijo de la misma doncella Ilmatar, llamado Waeinaemoeinen, quien notando que la creación está aún incompleta, se consagra a perfeccionarla con ayuda de Pellervoinen, que viene a ser como un símbolo del Trabajo, y bajo la protección de su madre y de los dioses Ukko y Akka: de esta suerte llega a tener la tierra cuanto hace falta para la vida de la especie humana, y Waeinaemoeinen puede dedicarse al canto, su afición favorita, con la que entretiene sus ocios y mata sus tristezas de viejo solterón.

Cuando comienza la acción, el héroe principal de ella, Waeinaemoeinen, es un anciano venerable, de abundosa barba blanca, respetado de todo el mundo por su sabiduría y por sus talentos de cantor. Otro cantor joven, llamado Joukahainen, acude a Kalevala y pretende ponerle a prueba. Waeinaemoeinen le invita a que dé muestras del saber de que tanto se envanece, y Joukahainen, lleno de petulancia, no se hace rogar; sus conocimientos son variadísimos: sabe que el respiradero de las casas está en el tejado, y la lumbre en el hogar; que los lapones tienen renos; que Imatra es la catarata más grande del país; que la serpiente no tiene patas, y otras mil cosas tan interesantes como estas; sin embargo, entre sus infantiles alardes de sabiduría hay algún concepto profundo: Joukahainen sabe que el mejor remedio contra las enfermedades es el agua, y que el primero y el más grande entre todos los médicos es el Creador. El viejo y sabio Waeinaemoeinen se burla del joven cantor, y este, encendiéndosele la sangre, le desafía con palabras llenas de bravura; el viejo le contesta que no quiere combatir con un locate como él; pero obligado por los insultos del mancebo, se decide a castigarle: pronuncia la palabra mágica, y el triste Joukahainen, desarmado como un muñeco, se ve bien pronto por tierra y con la vida pendiente de los labios de Waeinaemoeinen. Para aplacar al irritado viejo, le ofrece cuanto posee: primero un arco famoso; luego un bote como no existe otro en el mundo; después un corcel de guerra, y, por último, plata y oro, y todos sus bienes; el viejo, inflexible, contesta a cada ofrecimiento: «Nada de eso me hace falta; yo lo tengo ya mucho mejor», y cada vez oprime más contra el

suelo al pobre mozo, que, próximo a la agonía, exclama: «Te daré a mi hermana Aino para que sea tu mujer; ella será tu compañera; te amasará rico pan de miel, te limpiará la casa todas las mañanas y te hará la cama todas las noches». El viejo cantor se enternece ante tan bella perspectiva, acepta el ofrecimiento y perdona la ligereza de lengua del imprudente Joukahainen.

Sigue a la escena de los cantores el patético episodio de Aino. Joukahainen vuelve a su casa en la mayor aflicción, y a las preguntas inquietas de su madre, contesta llorando que ha vendido a su hermana Aino. La madre se muestra satisfecha, pues deseaba emparentar con el famoso cantor; pero la joven Aino rompe a llorar con amargo desconsuelo. ¿Cómo va ella a resignarse a dejar su casa y a perder de vista para siempre el sol que la alumbra y el cielo azul que la cubre? Aunque la madre le dice que el sol luce en todas partes, la candorosa muchacha continúa llorando sin explicar la verdadera causa de su duelo. Después de una declaración de amor del viejo Waeinaemoeinen, a la que contesta Aino con desvío, viene una tiernísima escena. Aino llora junto a la ventana; su padre, su hermano, su hermana, van pasando, y uno a uno preguntándole por qué llora; Aino contesta que ha perdido en el bosque sus joyas y que no las puede encontrar; pasa, por último, la madre, y a esta le refiere la joven su encuentro con el cantor; la madre intenta convencer a la hija; pero esta, después de nuevos lloros, declara que prefiere ir a habitar en lo más profundo de los mares a pasar su juventud al lado de un viejo, a quien no puede amar. Dominada por esta idea, se dirige a una playa cercana: allí llora toda la noche, y al amanecer, después de quitarse sus vestidos, se arroja al mar, entre cuyas ondas desaparece para siempre. Siguen largas reflexiones sobre la desgraciada estrella de Aino, y termina el episodio con una leyenda. En el sitio donde Aino desapareció nacieron tres islitas; en cada islita, tres árboles, y en cada árbol cantan tres cucos. Durante los tres meses de verano un cuco canta: ¡amor, amor!, en recuerdo de la joven que duerme sola en el mar; otro cuco canta durante seis meses: ¡dicha, dicha!, para el viejo pretendiente, sumido en el más profundo dolor; el tercer cuco canta: ¡alegría, alegría!, para el pobre corazón de la madre de Aino. Y este tercer cuco canta siempre.

El viejo y sabio Waeinaemoeinen, encariñado con la idea de tener una esposa joven que le haga más llevaderos los días de la vejez, emprende el viaje a Pohjola, con el que se inicia la acción principal del *Kalevala*. Joukahainen intenta dar muerte al viejo; pero este se libra milagrosamente y logra llegar a Pohjola y presentarse a Louhi, dueña y señora del país, a la que

le pide la mano de su hija, mediante generosos ofrecimientos; Louhi los rechaza, y exige solo como condición para entregar a su hija la construcción del molino de Sampo. Waeinaemoeinen declara que él es inhábil para esta empresa; pero que tiene un hermano llamado Ilmarinen, herrero de oficio, que se encargará de llevarla a cabo. Vuelve a Kalevala, y venciendo la resistencia de su hermano, hombre corto de palabras y más corto aún de ideas, le decide a marchar a Pohjola. Ilmarinen se presenta a Louhi; conoce a la doncella de Pohjola (cuyo nombre no es pronunciado ni una vez en el curso de la obra), y mediante promesa de casamiento, construye el molino misterioso; la doncella se niega después a casarse, e Ilmarinen regresa solo a su país.

La acción se interrumpe con el episodio de Lemminkaeinen, el tercero y último héroe Kaleva. El primero es el sabio; el segundo, el herrero, el trabajador; el último, el guerrero. Refiérese cómo Lemminkaeinen se casa con Kyllikki, la hermosa doncella de Saari; ambos viven felices en Kaukoudden, cumpliendo la promesa hecha al casarse; él no sale a buscar aventuras, y ella no va a las reuniones a bailar. Un día Annikki, hermana del héroe, dice a este: «Anoche fue Kyllikki al pueblo a bailar, a jugar y a cantar con los jóvenes», y en el acto Lemminkaeinen pide a su madre que le lave una camisa para marcharse a la guerra, a Pohjola. Después va pidiendo todos sus arreos y su corcel; no va solo a la guerra: va a buscar otra mujer que no sea tan ligera como Kyllikki. Y sin atender a las súplicas de esta ni a los consejos maternales, marcha a la guerra, encomendándose al omnipotente dios Ukko. Preséntase a Louhi, pidiéndole que le entregue la más bella de sus hijas; Louhi se niega, porque Lemminkaeinen tiene ya otra esposa legítima; pero cuando este asegura que es libre, pues Kyllikki faltó a su promesa, le ofrece la mano de su hija, a condición de que coja el ciervo salvaje de Hüsi. El héroe se encamina al bosque; invoca a Ukko y a los genios Tapio, Nyyrikki y Mielikki, y con su auxilio da cima a la difícil empresa. Louhi le exige después que coja el corcel de Hüsi, y, por último, no satisfecha aún, le pide el cisne de Tuoni. En esta empresa es herido Lemminkaeinen por una serpiente; siéntese morir y llama a su madre, la cual, después de una peregrinación dolorosa, llega a tiempo de salvar a su hijo. Ambos regresan a Kaukoudden.

Waeinaemoeinen e Ilmarinen se dirigen por segunda vez al país tenebroso de Pohjola y se presentan a Louhi, para que esta decida a quién pertenece la disputada doncella; la cual, en presencia de los dos pretendientes, declara que no quiere riquezas, sino amor, y rechaza a Waeinaemoeinen, que huye lamentándose de no haber buscado mujer en los bellos días de la juventud.

Sigue una descripción suntuosa de las bodas de Ilmarinen, en las que son dignos de mención los discursos de Louhi, de la novia y de varios concurrentes. Ilmarinen regresa con su mujer a Kalevala. Celébrase una fiesta, en la que Waeinaemoeinen canta un admirable epitalamio.

Lemminkaeinen no ha sido invitado a las bodas y desea tomar venganza: preséntase en Pohjola, pide hospedaje, y con pretexto de que la cerveza que le ofrecen no es buena, mueve querella al mayordomo de Pohja y le mata en desafío. Louhi llama a su gente para castigar al insensato que ha venido a turbar la alegría de las bodas, y el vengativo héroe huye a Kaukoudden a pedir amparo a su madre, la cual le aconseja que se esconda en cierta isla donde existe una ciudad libre, contra quien nada pueden los hombres de Pohja. Así lo hace Lemminkaeinen: llega a una isla, habitada por hermosas doncellas cantoras; pero el amor filial puede más en él que todos los encantos, y abandona la isla para buscar a su madre; al fin la encuentra sola, huyendo de los hombres de Pohja, que le han incendiado la casa y el jardín, y madre e hijo se reúnen con transportes de júbilo.

Sigue el gran episodio del desgraciado Kullervo. Este ha sido vencido por su hermano Untamoinen, y trabaja al servicio del buen herrero Ilmarinen, en Karelia. La mujer de Ilmarinen, la maligna doncella de Pohja, mira con malos ojos a Kullervo. Un día, al amasar el pan, esconde una piedra dentro de una hogaza, con la que obsequia al pobre mozo cuando este se va a apacentar el ganado. Mientras el ama invoca a los buenos genios para que protejan su rebaño y saluda con palabras de amistad al oso, «patas de miel, bello rey de las selvas», Kullervo llega al bosque y dispónese a merendar: parte la hogaza, y al descubrir la piedra prorrumpe en tristes lamentaciones. Aconsejado por un cuervo, que le escuchaba desde un árbol, junta una manada de lobos y de osos y la conduce a casa de su ama; esta es destrozada por las feroces bestias, y Kullervo huye sin saber adónde irá. Logra hallar a su madre; sabe que durante su ausencia ha desaparecido una de sus hermanas, y abandona de nuevo la casa paterna. En su triste peregrinación va encontrando muchachas por el camino: a todas las invita a montar en su trineo, y todas le contestan con las mismas palabras: «Antes querría morir que montar en tu trineo». Halla, por último, a una joven muy bella; invítala, y aunque recibe igual respuesta, la coge y la sienta en el trineo; saca oro y telas con los que trastorna los sentidos de la muchacha, y logra seducirla. Al alborear del nuevo día, la joven pregunta a su amante cómo se llama. «Soy —dice este— Kullervo, hijo de Kalervo. Y tú, ¿quién eres?». La joven, aterrada, le dice que es también

hija de Kalervo, y en frases vehementes cuenta la historia de su desaparición y describe su tormento. Después salta del trineo, corre hacia una catarata y se arroja en medio del torbellino. Vuelve Kullervo a su casa, refiere a su madre la horrible desventura y pregunta qué ha de hacer para expiar su crimen; la madre le aconseja que se retire a un bosque y se esconda allí hasta que el tiempo le haga olvidar; pero Kullervo quiere ir a la guerra y vengarse de su hermano Untamoinen. Después de esta escena trágica y de la despedida de Kullervo de todos los suyos, viene el lúgubre relato de un viaje. Kullervo camina, de cuando en cuando se le presenta un mensajero, diciéndole: «Ha muerto tu padre, tu hermano, tu hermana»; a todos les contesta Kullervo: «Que lleven el muerto a la sepultura», y sigue caminando. Por último, un mensajero le dice: «Tu madre acaba de morir». Kullervo se echa a llorar, y clama: «¡Ay de mí, que ha muerto mi madre, lo que yo más amaba sobre la tierra! ¡Y yo no estaba allí, yo no estaba a su lado! ¡Quizá ha muerto de hambre, quizá ha enfermado de frío! Que laven a la pobre muerta; que la hagan una costosa mortaja; que dolientes plañideras canten al llevarla a enterrar. Yo no puedo ir allá; Untamoinen está aún con vida y no ha recibido el castigo que le espera. —Y tú, Ukko, el más grande entre todos los dioses, tú que eres señor de cuanto existe, haz que el ciclo arroje de sí una espada para Kullervo que te implora, y que la gente de Untamoinen perezca al filo de esta espada divina». Ukko escucha esta súplica: una magnífica espada cae del cielo; Kullervo cumple su venganza con implacable furor; después, presa de mortal abatimiento, dirige esta última tierna invocación a su madre, y echándose de bruces sobre la punta de su espada, se desploma en tierra atravesado de parte a parte, y expira.

Se reanuda la acción. Ilmarinen llora amargamente la muerte de su mujer, y deseoso de consolarse, se encamina de nuevo a Pohjola, con idea de casarse allí por segunda vez. Louhi le despide con cajas destempladas; mas el buen herrero, por no volver solo, roba a una muchacha de Pohjola, la cual le engaña en el camino. Ilmarinen llega a Kalevala solo y despechado, y declara a Waeinaemoeinen que, según noticias recogidas en el país de Pohja, el molino de Sampo tiene la virtud de hacer feliz a quien lo posee. Convienen los dos hermanos en marchar al país de las tinieblas a robarle la felicidad de que disfruta, y para mayor seguridad, el viejo y sabio cantor lleva una espada que Ilmarinen forja con extraordinario esmero. En el camino encuentran al valiente Lemminkaeinen, que al saber que se trata de combatir a los de Pohjola, se une a los hermanos; y así, los tres héroes Kalevas emprenden la conquista de Sampo. Llegados a la presencia de Louhi, solicitan de esta, con

palabras de paz, que les entregue la mitad del molino. Louhi se niega y llama a sus gentes a las armas. Los tres héroes se dirigen a la montaña donde está escondido Sampo, y con gran esfuerzo, y gracias al poder hercúleo de Lemminkaeinen, logran arrancarlo de su sitio y ponerlo en el barco en que vinieran a Pohjola. Todo marcharía felizmente si una espesa niebla no les impidiese hacerse a la mar. Waeinaemoeinen consigue romper la niebla con su espada; pero la alegría se le enturbia muy pronto, pues se le cae en el hondo del mar el *kantele*, su compañero inseparable, sin el cual no puede ni cantar ni regocijarse el venerable viejo. Entretanto acude con sus guerreros la enfurecida Louhi, que para combatir mejor se transforma en águila. La lucha es formidable, y para terminarla, el prudente Waeinaemoeinen insiste en partir el molino por la mitad; pero Louhi quiere o todo o nada; y al proseguir el combate, el águila cae herida, arrastrando consigo el disputado Sampo, que se hunde en el mar. Desde entonces, Pohjola o Laponia es un país inhabitable y casi desierto, y Suomi o Finlandia es próspero y feliz.

De regreso a Kalevala, Waeinaemoeinen dedica sus ocios a construir un nuevo *kantele*, y una vez terminado, a alegrar con sus canciones al pueblo de Kaleva. Todo parece sonreír a esta venturosa región; pero la envidiosa Louhi, por arte mágica, logra afligirla con enfermedades nuevas, desconocidas: el sabio cantor libra a su pueblo de ellas. Louhi entonces envía un oso para que les destruya los rebaños; el inagotable cantor le da la muerte con una flecha, forjada a este efecto por Ilmarinen. Con la carne del oso celebra el pueblo un gran banquete, en el que Waeinaemoeinen entona un bello cántico en honor de Suomi.

No se da por vencida Louhi, y como supremo recurso acude al de esconder el sol y la luna en el monte de Pohjola. ¿Qué hará ahora Suomi, condenada a vivir en las tinieblas? El buen herrero Ilmarinen se ofrece con buena voluntad a construir un sol de oro y una luna de plata; pero llegado el día de la prueba, se nota, según había predicho el sabio Waeinaemoeinen, que el sol de oro no da luz y que la luna de plata queda completamente oscura. El sabio cantor coge su espada y se encamina a Pohjola: intenta abrir las puertas de la montaña, donde Louhi ha escondido los astros; pero la espada no es bastante, y vuelve a Kalevala para que Ilmarinen le forje unos hierros con los que sea posible romper aquellas cárceles tan sólidamente construidas. Preséntase Louhi disfrazada en la herrería de Ilmarinen, y le pregunta qué está forjando. «Voy a forjar —dice el buen herrero— una argolla para aprisionar a Louhi en el monte de Pohjola». Louhi, atemorizada, pone en libertad el sol y

la luna, que son saludados al reaparecer con un bello himno del viejo Waeinaemoeinen.

Aquí termina en rigor la epopeya; pero en los cantos populares aparece adicionada con un epílogo, extraño por completo al argumento principal y a los episodios. Al convertirse al cristianismo, el pueblo finlandés quiso enlazar la nueva doctrina con la tradición poética popular, y creó una delicada leyenda en que hizo intervenir a su héroe más querido: al cantor Waeinaemoeinen, nacido también de una virgen, según la teogonía del *Kalevala*. En la leyenda figura una doncella llamada Mariatta, que concibe, siendo virgen, en forma análoga a la que Ilmatar contribuyó a la creación del mundo. Los padres de Mariatta, creyéndola culpable, la envían a un lugar oculto, donde nace el niño misterioso, destinado a dominar en el mundo por su grandeza y poder. Waeinaemoeinen desaparece entre nubes cantando al son de su *kantele* una canción, en que anuncia que algún día será deseada su vuelta para que construya un nuevo Sampo, haga un nuevo *kantele* y dé libertad al sol y la luna; y el cantor del poema termina declarando su torpeza y falta de estudios y pidiendo a sus oyentes un juicio benévolo.

* * *

Creo que el extracto precedente, aunque compuesto a la ligera, al correr de la pluma, dará una idea aproximada de la importancia y mérito de esta gran epopeya del Norte. Un estudio crítico no me parece propio de este lugar, y me limitaré a completar la explicación del argumento con un brevísimo comentario. Las conexiones entre los personajes del *Kalevala* y los mitológicos y bíblicos saltan a la vista: lo difícil no es hallar analogías, sino descubrir las varias que contienen en sí los personajes del *Kalevala*, los cuales, por ser muy pocos, tienen fases múltiples y se prestan a numerosas interpretaciones. Pero aun teniendo en cuenta estos rasgos de semejanza, y suponiendo que proceden, no de una comunidad de origen, sino de la imitación de otras epopeyas o de la mitología de los pueblos indoeuropeos, hay que reconocer que el pueblo finlandés o el autor desconocido del *Kalevala* no son simples rapsodas, y que la epopeya finlandesa es una verdadera creación; sus personajes son eflorescencias de este territorio: tal es la naturalidad con que en él viven y se mueven; y la acción está ajustada tan admirablemente a este suelo y a este cielo, a la vida, a las costumbres, a la historia de este país, que no hay modo de imaginarla en otros climas. Así, pues, el *Kalevala*, aparte sus bellezas y sus lunares, tiene un mérito

fundamental: el de ser una creación étnica y territorial, esto es, una legítima epopeya.

Supongamos por un momento, solo por vía de comparación, que un poeta finlandés hubiera pretendido adaptar a su país una epopeya como la *Ilíada*. Tropezaría con una primera dificultad: este territorio no permite que se muevan ejércitos formidables como los descritos por Homero. Antes de salvar la distancia que hay entre las dos regiones antagónicas del país, morirían de hambre y de frío; y en vez de epopeya, tendríamos el relato de una retirada desastrosa. Hay, pues, que simplificar y quedarse solo con los héroes, y hay que dotar a estos de un poder sobrenatural para que acorten las distancias volando en algún esquife maravilloso. Y esta primera modificación lleva consigo otra más grave: el héroe principal no será ahora el más valiente, sino el más sabio. Aquiles queda en segundo término, y pasa a ocupar el primero Calcas, el adivino, o el prudente Ulises. He aquí por qué en el *Kalevala* la primera figura es la de Waeinaemoeinen, un viejo cargado de años y de prudencia; mientras Lemminkaeinen, el guerrero, viene después, detrás, no solamente de Waeinaemoeinen, sino de Ilmarinen, que, a falta de saber, posee energía y tenacidad para el trabajo.

El asunto de la *Ilíada* es la lucha contra Troya, el castigo de una afrenta recibida por los griegos en la persona de Menelao. Si se tratara de trasplantar aquí la acción, se notaría que estaba en pugna con la naturaleza del país. En el Mediodía, donde la sangre es más ardiente y la vida más fácil, son posibles ciertos refinamientos pasionales: el hombre no busca solo una mujer, busca el amor, y el amor trae consigo los celos, las traiciones, los odios, las luchas del honor exaltado; aquí se contentan con la mujer a secas. En todo el *Kalevala* no existe una escena de amor al modo que nosotros lo concebimos: la declaración del viejo Waeinaemoeinen se reduce a cuatro palabras; Ilmarinen es más duro que un guijarro; Lemminkaeinen se separa de Kyllikki porque esta fue a bailar, pero no porque sienta celos, sino porque su mujer ha faltado a lo convenido; Kullervo seduce a su hermana sin decirle una palabra amorosa, solo con mostrarle oro y telas. El único amor a que estos héroes rinden culto es el amor maternal, que pone en labios de Lemminkaeinen y de Kullervo las frases más apasionadas de la epopeya. Cuando los héroes Kalevas se dirigen a Pohjola, no van movidos por el amor, van a buscar una mujer, como quien va a comprar un barco o un trineo; después van a buscar el bienestar robando el molino de Sampo; por último, a libertar el sol y la luna. Los móviles de la acción épica son materiales; pero si la epopeya carece de

elevación ideal, tiene en cambio la grandeza de lo que es verdadera y sinceramente humano. Los héroes están pintados como son, como esta tierra los cría y los nutre: son grandes como los bosques del país, y como ellos, tristes, sin luz. Más bellos que estos bosques son nuestros vergeles, cargados de flores y de aromas; pero todo no puede ser igual sobre la tierra.

Además de la interpretación natural del argumento del *Kalevala*, hay otra interpretación simbólica, que no destruye, sino que refuerza la primera: Pohjola es el mal, y la lucha de los Kalevas es el esfuerzo titánico de esta raza para vencerlo; y el mal no es un concepto abstracto, metafísico, ni una violación de las leyes morales: es algo tan materializado como el amor, según se ha visto ya; no tienen que inventarlo los hombres, porque existe aquí de asiento: es el frío, la nieve, la miseria, la falta de sol, la fiera que devora al ganado, todo cuanto en el clima este existe, contrario a la vida del hombre. Y como estos males se agravan conforme se va ascendiendo hacia el Norte, en el Norte imaginaron los de Kaleva un pueblo al que atribuir las causas de sus penalidades, y contra ese pueblo dirigieron todas sus fuerzas. Parece un contrasentido que Suomi o Finlandia busque la felicidad en una región de donde vienen todos los males; pero la idea profunda del poema está ahí: en suponer que en Pohjola estuvo antes la felicidad simbolizada en Sampo, y que en la lucha, Pohjola fue vencida, y Kalevala, no obstante la pérdida de Sampo, ganó una parte de esa felicidad solo por haber combatido. Lo cual en términos claros quiere decir que la prosperidad en Finlandia está fundada en la energía con que sus habitantes han sabido y saben luchar contra una naturaleza hostil, inhospitalaria. Este simbolismo les permitía también explicar muchos fenómenos que en su ignorancia primitiva no podrían explicar lógicamente: por ejemplo, las diferencias climatológicas entre el sur y el norte del país o la desaparición temporal de los astros.

La acción principal del *Kalevala* se desarrolla trabajosamente a causa de los diversos episodios que a ella están unidos, y que si bien tienen con ella escasa relación, sirven para agrandar el escenario épico, si es permitido emplear juntas estas dos palabras. El episodio de la creación es como el pedestal sobre que se asienta la venerable figura del inventor del *kantele*, personalidad cíclica que desempeña por sí sola todos los papeles de una mitología, sin necesidad de casarse ni de tener descendencia. El episodio de Joukahainen pone en movimiento al héroe; y el mito de la bella Aino, la extraña Venus finlandesa, es como un preludio del tardío arranque amoroso, o mejor dicho, casamentero, que lleva al viejo cantor a Pohjola y da origen a la

epopeya. Los demás episodios son más breves y menos importantes, hasta llegar al último, al de Kullervo, digno de formar un poema aparte. Aunque ese episodio parece completamente desligado de la acción épica, debe notarse, sin embargo, que el cordón umbilical que a ella le enlaza es tan delicado, que si se lo cortase violentamente quizá el episodio no podría vivir: Kullervo es una víctima del sino, del *ananké* griego; mas su primer crimen, el que le lanza a cometer los demás, es la muerte de la doncella de Pohjola; y la piedra que esta pone en el pan de su pobre criado es la fatalidad, es el mal, que viene del Norte, de la región tenebrosa, de donde vienen todos los males.

- XXI -

Algunas noticias sobre el movimiento literario y artístico de Finlandia

Los habitantes de la montaña conocen por sus nombres los picos más altos y los más bajos, las lomas y los valles; los del llano o la ciudad, que ven la montaña desde lejos, se contentan con saber el nombre del pico más alto y a lo sumo su altura sobre el nivel del mar. Esta misma diferencia se nota cuando se estudia el movimiento intelectual de un país: los naturales lo conocen en toda su integridad, y el extranjero ha de concretarse a señalar los puntos más altos que descubre. Por esto he escrito con alguna extensión sobre el *Kalevala*, señalándolo, si no como un Chimborazo de las letras, como una epopeya de mucho aliento y de originalidad y belleza innegables.

Pero sería casi ofensivo para Finlandia pasar por alto la literatura de varios siglos y hablar solo del *Kalevala*, que, por su antigüedad, es un monumento aislado, sin gran conexión con la cultura moderna; con mayor razón si se tiene en cuenta que el *Kalevala* es una creación finlandesa, y que la cultura general, hasta hace poco, ha sido exclusivamente sueca, importada por la civilización del país. Hay, pues, que tratar aparte de lo sueco-finlandés; y aunque esta materia solo pueda ser explicada con acierto enlazándola con el movimiento literario y artístico de la Escandinavia entera, no estará de más dar aquí un breve bosquejo. En cuanto a la literatura propiamente finlandesa, también hay que anotar el comienzo de un renacimiento literario, que ya ha producido algunas obras dignas de mención.

El movimiento nacionalista finlandés cuenta poco más de medio siglo, y su primera manifestación importante fue la publicación del *Kalevala*, por Loennrot. Esta fue como la exhumación de la partida de bautismo de la raza finlandesa y el punto de arranque del «fenomanismo», cuyo principal sostenedor fue Snellman. Yo no he de hablar de política menuda, y me reservo mi parecer sobre el litigio entre «suecomanos» y «fenomanos»,

partidos que luchan como de costumbre por el bien público y son a ratos una calamidad. Solo diré que para este clima me parece excesivo el encono con que se combate, y que los «fenomanos» (viejos y nuevos, pues hay dos banderías), aunque defienden la causa finlandesa, que es la más justa desde el punto de vista territorial, suelen caer en ridículas exageraciones. Nosotros no comprenderíamos, por ejemplo, la necesidad de que un sueco de origen, al declararse «fenomano», se rebautice o se confirme con un nombre finlandés. Aquí esto es frecuente, y en los últimos tiempos ha habido un trasiego considerable de apellidos. Entre los literatos, el dramaturgo Kivi, el autor de *Kullervo*, se llamaba Stenvall; el senador Yrjoe-Koskinen, autor de una notable *Historia de Finlandia*, antes de ser noble era un Forsman; el novelista Juhani Aho era un Brofeldt, y así por el estilo.

Son muchos los escritores finlandeses que se han dado a conocer desde que comenzó el movimiento nacional; pero los más de ellos, aunque escriben en finlandés, continúan sometidos a la influencia sueca, y algunos se inclinan del lado de Rusia e imitan a sus escritores, a Tolstoi en particular. Sin duda el escritor más independiente hasta el día es Pietari Paeivaerinta, campesino y humilde cantor de iglesia, que se ha creado una gran celebridad con sus cuadros de costumbres, en los que, con espontaneidad y sin aliño, retrata la vida del interior del país, al modo que lo hizo Trueba en España. Juhani Aho es también escritor muy reputado, principalmente por sus narraciones cortas, de las que ha publicado varias series con el título de *Lastuja (Virutas)*.

Paralelo al movimiento literario finlandés se desarrolla el sueco.

Durante la dominación sueca, la literatura sueco-finlandesa solo registra personalidades mediocres, salvo alguna figura aislada, como la de Porthan, el historiador, o el poeta Franzen; mas al desaparecer la dominación política, sea para suplirla, sea como respuesta anticipada al inevitable despertar del espíritu finlandés, surge un período de florecimiento, que será en el porvenir el siglo de oro de esta literatura, y cuyo principal representante es Johan Ludvig Runeberg. Al lado de este figura su mujer Frederika Runeberg, escritora de novelas históricas; Zacarías Topelius, autor dramático y novelista, y en particular maestro consumado en el género de cuentos para los niños; el polígrafo Cygnaeus; el exegeta bíblico Stenback; el poeta Nervander, y muchos más.

Runeberg ha escrito cuentos y ha dado algo al teatro; pero es ante todo poeta, y como poeta, aunque ha cultivado diversos géneros, en el que descuella más es en el legendario, en el que es comparable a nuestro Zorrilla. Su obra más perfecta es *Faenrik Stals Saegner*, el cancionero de la edad heroica de Finlandia, algunas de cuyas poesías, como el *Vart Land* y la marcha de los bjorneborgueses, han alcanzado la máxima popularidad a que puede aspirar un buen poeta: *Elgskyttarne, Julquaellen, Kung Fjalar*, y en general todas sus obras, son el catecismo poético de este país. No es Runeberg un genio innovador ni que asombre por su profundidad, pero es un artista equilibrado y armónico. Y tiene además, en un país como este, dividido en dos nacionalidades de raza, el mérito de haberse aproximado más que ningún otro poeta sueco al espíritu finlandés.

El antagonismo irreducible entre lo finlandés y lo sueco, y la exageración del espíritu cosmopolita, son las dos causas que impiden que la intensa cultura de este país dé los frutos que debía de dar. Agréguese a esto la falta de una crítica severa que espolee a los que trabajan. Son muchos los periódicos, algunos de enorme tamaño, y para un país tan pequeño como este, los medios de publicidad son excesivos. En un dos por tres nace y crece y se consolida una reputación; y como el artista va, como todo el mundo, a sacar el mayor partido con el menor esfuerzo, suele quedarse en los primeros escalones, una vez que se ve aplaudido y se cree haber dado con una forma perfecta de expresión.

Hay pasión por la música: por aquí desfilan todas las notabilidades europeas; hay facilidades para aprender, y se protege mucho al que vale; y sin embargo, fuera de Pacius, que es una figura de segundo orden, no hay compositores de nota. Quizá influya en esto también el carácter demasiado práctico de la enseñanza, que tiende más a asegurar al alumno los medios de subsistencia que a dar vuelo a sus facultades creadoras.

El Museo de pinturas o colección de cuadros del Ateneum es un *totum revolutum*, en el que lo único sensato que yo he encontrado es la abundancia de cuadros flamencos y holandeses, en los que debían estos artistas estudiar con preferencia, por ser los que más se aproximan a lo que deberá ser el arte en Finlandia, cuando exista y no esté como hoy ahogado en germen por la importación extranjera. Si un día aparece en Finlandia un genio pictórico, se asemejará más que a ningún otro a Rembrandt. Cierto que hoy se piensa y se dice que el artista debe ser solo una personalidad; pero yo dudo que un

finlandés pueda adquirir esa personalidad imitando a los franceses o a los italianos, que es lo que ahora se hace. Lo que es natural en el Sur, es absurdo en el ambiente del Norte, y así se nota aun en los buenos pintores de Finlandia, que ven los tipos de su tierra como los vería un extranjero, y los pintan a lo impresionista o a lo decadente, cuando lo lógico sería pintarlos a lo espeso y a lo macizo, en el aire denso que aquí se respira.

Si se visita una Exposición (hay dos anuales, una en primavera y otra en otoño), la impresión que se recibe es semejante a la que produce un niño cacoquimio y arrugado como un viejo. Hay cuadros que se quieren salir de la sala para irse a los países de donde proceden, y no hay extravagancia de la moda que no tenga su representación. Aunque son muchos los pintores y escultores (solo las señoritas pintoras pasan de la docena), son contados los artistas que merezcan este nombre. Vallgren es un escultor elegante y delicado, francés como artista y finlandés solo de nombre; de los pintores, los que representan las dos tendencias más marcadas en este arte son Edelfelt y Gallen: el primero la tendencia sueca, y el segundo la finlandesa, aunque esto solo en la intención, pues en los procedimientos están ambos formados por influencias exóticas.

Edelfelt se inspira indudablemente en la tradición de Runeberg, y sus obras mejor concebidas son las ilustraciones de los poemas de este, en primer término las del *Kung Fjabar*. Como retratista, es un pintor concienzudo, y sus retratos del doctor Pasteur y del doctor Roux son verdaderas obras de arte. En sus cuadros históricos o de género aparece al principio como un buen discípulo de la escuela flamenca (por ejemplo, en su *reina Blanca*), para caer después en un realismo seco y prosaico, como el de las *Viejas de Roukalak*. La Finlandia que él ve es la de los héroes suecos, no la de otros héroes oscuros, los finlandeses, que fueron subyugados en su propia casa solariega.

Axel Gallen es un pintor de imaginación y de talento un tanto desordenado, pero inquieto y trabajador. Cada cuadro suyo es superior a los precedentes. Si fuera poeta, sería un poeta decadente, y la concepción de sus cuadros creo yo que peca de exceso de intelectualismo. En su *conceptio artis* representa a un hombre desnudo, de espaldas, abalanzándose, con las manos contraídas como garras, sobre una embozada Quimera, en medio de un campo verde, monótono, donde crecen unas cuantas flores rojas: esta debe ser la propia concepción de Gallen. Pero sus cuadros verdaderamente importantes son los que forman el ciclo del *Kalevala*: el primero, un tríptico, cuyo asunto

es el *Mito de Aino*, es obra de un aprendiz; la *Construcción de Sampo, por Ilmarinen*, tiene más consistencia; la *Defensa de Sampo, por Waeinaemoeinen* (el momento en que Louhi, transformada en águila, acomete a los Kalevas, y el viejo cantor se defiende con su espada), es una pintura llena de brío y carácter; y el último, *Lemminkaeinen Tuonelasa* (el encuentro de la madre del héroe con su pobre hijo junto al lago Tuoni), es quizá lo más elevado que hasta ahora haya sido concebido por un artista finlandés. El cuadro es una adaptación hábil del goticismo a la tradición poética de Finlandia, y aunque no anuncie un arte nuevo, es un paso dado en firme para la creación de un arte nacional.

- XXII -

Cómo se mueren los finlandeses

La muerte es el término natural de todas las cosas de esta vida; y para que estas cartas, que he ido escribiendo con la mayor naturalidad que me ha sido posible, terminen naturalmente también, voy a matar a los finlandeses y a dejarlos muertos y sepultados para que ningún español vuelva a tocarlos, así como ninguno había escrito hasta ahora sobre esta tierra remota, a menos que yo ande mal de noticias. Pocos son los españoles que aquí vienen, y los pocos que vienen, vienen a sus negocios, y solo en ellos se fijan y no se enteran más que de lo relativo a la venta de vinos, frutas y sal, que es en sustancia lo único que España envía a este país.

No sé si algún sabio habrá estudiado la psicología de la muerte; yo, desde luego, creo que esta rama del saber existe o debe existir, y que es acaso la más importante para la vida. Nacer, todos nacemos lo mismo; es decir, hay quien nace de cabeza y quien nace de pies, y quien toma otras posturas caprichosas y difíciles; pero todos venimos al mundo sin solicitarlo. Si todos nos muriéramos de la misma manera, podría asegurarse desde luego que la vida pasaba sin influir para nada en el hombre. Al contrario, la muerte, siendo un hecho universal, es a la vez tan personal, que de ella puede decirse que es el momento en que espiritualmente se condensa la vida humana. La idea, la imagen que se nos ocurre al pensar en el instante de nuestra muerte, es la que rige en secreto nuestra vida. ¡Cuántos que realizan la proeza vulgar de crear y sostener una familia numerosa, quizá la realicen pensando en lo triste que sería morir abandonados sin tener una mano cariñosa que les cierre los ojos!

La muerte es, pues, un fenómeno individual, y por lo mismo que resume la vida, puede ser también nacional, esto es, expresar los caracteres dominantes de cada nación. En este pueblo excelente de Finlandia, cuyo carácter más saliente se ha visto que es el sentido práctico y el amor al progreso, la regla no sufre excepción, y las gentes se mueren con arreglo a

todos los adelantos de la ciencia y con un buen sentido que hay que envidiarles. Se mueren mucho más viejos que nosotros, según el promedio estadístico, y se mueren de un modo original.

Es frecuente leer en las esquelas mortuorias que a diario trae la prensa, que personas de buena posición social se han muerto en este o en aquel hospital o *sjukhus*. Y según el desarrollo que van tomando las industrias curativas, pronto se morirán todos los individuos en la casa de salud que por clasificación les corresponda. Es cierto que la localización de los enfermos en edificios apropiados es útil para la curación de las enfermedades, y más útil aún para la salud pública cuando se trata de enfermedades contagiosas. A nosotros estas razones no nos decidirán nunca a enviar a nuestros enfermos a los hospitales; pero aquí basta saber que la idea es práctica para que se la acepte: con este sistema un enfermo es un gasto fijo; pero no es una molestia ni un estorbo, y la familia del paciente puede continuar la vida ordinaria. Si un niño tiene la desgracia de romperse un brazo o una pierna, se le lleva a una «bracería» o «pernería» (las palabras no están aún inventadas, pero las inventarán), y se le recoge cuando tiene compuesto el miembro roto. Hay señoras muy distinguidas que van a dar a luz a las casas de Maternidad. Del mismo modo que se va a casa del dentista a sacarse un diente, se va a casa de una comadrona a salir del paso, y a los pocos días se regresa con el diente entre pañales. En cuanto a la enfermera de aquí, no tiene nada que ver con la hermana de la caridad ni con los enfermeros de nuestros hospitales. La *sjukskoterska* suele ser una señorita decente que, después de ciertos estudios y prácticas, obtiene un título y desempeña su cargo en la misma forma y con igual consideración social que si fuera maestra de un colegio o escribienta en una oficina.

Yo no he visto morirse a ningún finlandés, y aunque lo hubiera visto no iba a ser tan descorazonado que sometiera al moribundo a una interviú *in articulo mortis*. Pero hay mil detalles que bastan y sobran para suplir la observación directa, y voy a dar a conocer algunos. La muerte es apacible y serena y un tanto solemne, y por raro contraste es anunciada con derroches de lirismo funerario, del que solo hallamos ejemplos análogos en las Repúblicas sudamericanas. En los anuncios de defunción se dice casi siempre que la muerte fue tranquila y suave, y los entierros son una de las fiestas más animadas del país. Desde la casa mortuoria hasta la iglesia donde la inhumación tiene lugar, está tapizada la calle con ramas de pino; las comitivas son numerosas, marchando a la cabeza la familia del muerto, hombres y

mujeres, llevando coronas. No es tampoco fácil que entierren a nadie vivo, porque el muerto está muchos días en casa. Hay sepelios que se celebran ocho o diez días después de la defunción.

En los comunicados fúnebres que la familia envía a los periódicos, es costumbre publicar versos por el estilo de los que se leen en nuestros cementerios, pero mucho más hinchados y sentimentales; y al final se copia una sentencia, que es como si dijéramos el tema dominante de la vida del difunto. Las más vulgares son: «Bendito sea el nombre del Señor», o «Señor, Tú eres la esperanza única»; pero hay quien pone un pensamiento filosófico o una frase tomada de algún escritor célebre; y lo más común es indicar en abreviatura un versículo de la Biblia para que los lectores «evacuen la cita» y sepan a qué atenerse. De la lectura de estas sentencias y poesías se saca en claro que la muerte finlandesa es esencialmente bíblica, y que la idea que aquí se tiene de la muerte (idea natural en un país donde la vida es tan dura) es que, por muy malo que sea un hombre, merece la corona del triunfo solo por haber vivido y luchado.

Para expresar de un modo plástico estos caracteres de la muerte en Finlandia, voy a transcribir una esquela de defunción de las que vienen diariamente en los periódicos; advirtiendo que las expansiones de la familia de Petersson, que a mis lectores les parecerán exageradas, son aquí moneda corriente, por la razón ya dicha de que esta sociedad, no obstante ciertos refinamientos de cultura, conserva un fondo de candor infantil, propio de los pueblos primitivos o apegados a la vida natural.

†

Se da conocimiento de que mi íntimamente adorado esposo

El pescadero

JOHAN PETERSON

Falleció ayer tranquilamente en el Señor
a consecuencia de un catarro pulmonar, a la edad de 50 años, 3 meses y cinco días,

llorado con profundo duelo por sus cinco hijos,
dos nietos, tres hermanos, dos cuñados,
siete primos, muchos más parientes y amigos

Marla Peterson

Este que veis aquí, pálido y muerto
Ayer estaba sano y colorado;
En la lucha penosa de la vida
Él con fe y constancia ha peleado;
Al fin es libre y ahora se encamina
Al puerto de salud tan deseado,
Donde el Señor le espera para darle
La corona del triunfo que ha ganado.

Algunas semanas después vais al teatro y halláis a las de Petersson, muy serias y enlutadas, presenciando el espectáculo. —¿No son esas las que han sufrido hace poco la pérdida del cabeza de familia? —preguntáis. —Esas son —os dirán—. —¿Y cómo vienen tan pronto al teatro? —volvéis a preguntar —. —¿Cree usted que porque una persona se muera —contestarán—, van las demás a meterse entre cuatro paredes? Para eso sería mejor morirse todas de una vez… Además, el teatro sirve para distraerse; y esa familia que ha tenido una pérdida tan considerable, ¿no le parece a usted que necesita distracción con mayor motivo que nosotros, a quienes no se nos ha muerto nadie?

Y oyendo esta contestación, que no tiene vuelta de hoja, os quedáis como yo me quedé: como si os hubieran tirado a la cabeza el *Organon* de Aristóteles.

Hombres del Norte

Una explicación debo a los lectores de las *Cartas finlandesas*, cuya serie quedó interrumpida en el examen del *Kalevala*. Para completarla, había pensado dedicar algunas más al estudio de la literatura y artes contemporáneas; pero, estando muy ligado el movimiento intelectual de Finlandia al de Suecia y en general al de todos los países escandinavos, me ha parecido preferible tratar esta materia en algunos de estos esbozos críticos que iré describiendo como y cuando buenamente pueda. Y, ya puesto a dar explicaciones al lector, indicaré que con estos artículos sobre los Hombres del Norte no pretendo introducir ninguna influencia nueva en las artes españolas. Mi idea es vulgarizar entre mis paisanos lo poco que sé de estos países y particularmente de su literatura.

Jonas Lie

De las tres personalidades literarias que representan en Noruega el movimiento intelectual, que comienza a llamarse clásico desde que han aparecido en escena los «jóvenes noruegos», la menos conocida en Europa es la de Jonas Lie. Henrik Ibsen goza de una celebridad casi universal, y Björnsterne Björnson es conocido como autor dramático de tendencias modernistas y revolucionarias; la tercera persona del trío clásico, aunque también ha traspasado las fronteras de su país, figura en segundo término y es más citada por su nombre que por sus obras.

El juicio sobre la literatura de un país se ajusta necesariamente a dos perspectivas: hay una perspectiva interior, según la cual cada hombre ocupa el puesto que merece por la importancia nacional de su obra, y hay otra perspectiva exterior, que mide a las personalidades por el valor universal de sus ideas. Lie es un autor nacional que en Noruega ha ejercido y ejerce mayor influencia quizá que Ibsen y Björnson, pero que por su falta de tendencias doctrinales, por su desdén hacia las ruidosas innovaciones artísticas, carece de relieve para atraer la atención del público europeo, más pagado del brillo de la novedad que del positivo mérito. Lie es el Pereda noruego, y sus obras, a causa del mismo vigor con que están adheridas al suelo del país por el que han sido inspiradas y para el que han sido escritas, se despegan de él difícilmente y no pueden remontar muy alto vuelo. Hay, sin embargo, una diferencia entre Pereda y Lie: este, ya que no disfrute de gran nombre literario en Europa, es leído, comprendido y admirado en todos los países escandinavos; en tanto que Pereda es considerado poco más que como un novelista regional en nuestra nación, y tiene que acompañar a veces sus libros de un vocabulario montañés, para que le comprendan sus lectores de otras regiones; que a tal punto llegan nuestra ignorancia y nuestra desidia, que hasta las cosas de nuestro propio país nos suenan a extranjeras en cuanto se apartan unos cuantos kilómetros del lugar de nuestro domicilio.

Lie no es un innovador ni un doctrinario: es un observador de las costumbres de su país y un escritor natural sin naturalismo. Sus obras son «sanas» tanto como buenas. Una amiga mía que conoce y trata a Lie dice que

este no ha tenido nunca otro secretario que su propia mujer, por la pluma de la cual han pasado una a una todas las líneas que el maestro novelista ha escrito para el público; y como un hombre, por muy despreocupado que sea, suele guardar cierta compostura cuando se expresa delante de su familia, los libros de Lie tienen siempre un carácter comedido y ejemplar que le ponen al alcance de todo el mundo. Dato este muy importante en la literatura noruega, en la que abundan los escritores desenfadados y aun obscenos, cuya fama comienza a formarse con libros que la policía tiene que recoger para que la moral pública no padezca. Lie se mantiene alejado de la lucha reformadora, en la que Ibsen y Björnson han conseguido tantos lauros; vive casi siempre fuera de su país, para verlo mejor, y escribe todos los años una novela que aparece indefectiblemente por Navidad, como *julklapp* o aguinaldo que el autor hace a sus lectores; estos compran el libro y lo leen con delectación, y a veces lo compran para regalarlo, porque aquí en el Norte se regalan libros por Pascua y hay una abundancia sorprendente de *julliteratur* o literatura pascual para gloria y provecho de los que escriben. Yo no sé si esto es mejor que concentrar todos los afectos en el pavo y en el turrón; pero es así.

La personalidad literaria de Lie tiene varias fases, bien que la principal sea la de novelista, y en la de novelista, la de autor de cuadros de costumbres. Como autor dramático ha escrito algunas obras, como *Grabows Kat* y *Lystige Koner* que no bastan para asignarle un papel importante en la literatura dramática noruega, tan abundante en obras magistrales. Y como novelista, su especialidad más saliente son las narraciones novelescas. Porque en el Norte es tan considerable el número de los escritores, que el género novelesco se subdivide en especialidades: hay cultivadores del *sojoeroman* o novela marítima, como si dijéramos marinistas literarios; hay quien, como Kielland, consigue crearse una gran reputación escribiendo solo novelas satíricas sobre la gente de negocios (*Garman Worse, Skeppar Worse*); otra variedad de las más importantes es la narración de aventuras fantásticas o cuentos de hadas, que en el Norte despiertan gran entusiasmo; la novela de carácter religioso, la de costumbres literarias y muchas más. Lie es de los contados autores que abarcan los diversos géneros, y en el catálogo, bastante crecido, de sus obras, no hay aspecto de la vida noruega que no se halle representado por una o varias producciones. Como narración más íntima, tiene su *Gaa paa (¡Ibala!)*, y como maravilloso cuentista fantástico, dos volúmenes de *Trold*, en los que la Noruega aparece al través de un encantamiento, poblada de gigantes y monos, geniecillos y brujas, no desprovistos de simbolismo. Este rasgo, así como la importancia extraordinaria que en estas narraciones se da a las

descripciones de la Naturaleza, son los distintivos entre la fantasía del Norte y la de los cuentos árabes, con los que tiene el *Trold* cierta semejanza. Las creaciones fantásticas y alegóricas que tanto sirven para conservar en estos climas helados el espíritu poético territorial son mal comprendidas por nosotros los meridionales; porque en una atmósfera clara y brillante como la nuestra, las figuras no se mantienen mucho tiempo a media luz y bien pronto se contornean y aparecen a nuestros ojos con carácter más real y más humano. Para formar una idea aproximada del *Trold* tenemos un ejemplo en los gnomos con que la fantasía genial de Zorrilla pobló nuestra Alhambra, único paraje quizá en toda España que se presta a servir de asilo a estas pequeñas tribus poéticas; y a pesar del tiempo transcurrido, aún no se sabe si los gnomos se aclimatarán, si lo que fue capricho de un poeta se convertirá en fecunda amalgama de lo oriental y lo septentrional en nuestro suelo.

Pero el carácter más saliente de la figura literaria de Jonas Lie hay que buscarlo en las novelas y cuadros de costumbres. Más formalistas que nosotros en este punto, los literatos del Norte diferencian la novela de la narración y aplican el nombre de *fortoelling* o *berraettelse* a narraciones que nosotros llamamos novelas, aunque no se ajusten a las reglas de la preceptiva. La mayor parte de las novelas de Lie son series de cuadros con unidad novelesca, en las que se describe la vida noruega observada desde diversos puntos de vista. *Thomas Ross, Adam Schrader, Ruttland, Maissa Jons, Lodsen og lians hustru (Lodsen y su mujer), Onde magter (Fuerzas maléficas), Livsslaven (Esclavo de la vida),* no son más que cuadros de la vida en los que va desfilando toda la sociedad noruega, desde las clases llamadas directoras, hasta el proletariado.

Los tipos preferentemente estudiados por Lie, y los que interpreta con mayor acierto, son los de mujer; y las obras consagradas a la mujer, como *Famiyen paa Gilje (La familia de Gilje), Kommandoerens doctre (Las hijas del comandante)* y *Niobe* (estas dos últimas, tituladas ya novelas, son las más celebradas del fecundísimo autor noruego). Algunos de sus libros son, más que novelas, visiones o contemplaciones en que lo esencial no son ni la acción ni los tipos, sino el sentimiento de la Naturaleza. Sus diversos *foertaellinger* y *skildringer* de Noruega, y en particular su libro más popular, *Den Fremsyute (El clarividente),* son comparables a las *Escenas montañesas* y *Tipos y paisajes* de nuestro Pereda.

Lo menos importante en las obras de Lie es el asunto novelesco, porque su fuerza reside en la reproducción viva, fiel, sin realismo sistemático, de lo natural, siendo esta la causa, como indico, de que sus novelas sean casi intraducibles y con dificultad apreciadas por quien no conozca la vida noruega. Sin embargo, en sus últimas novelas el asunto va adquiriendo gradualmente importancia y aun tendencia resueltamente contraria a las tendencias corrientes en esta literatura. En su reciente narración *Nar sol gaar ned (Cuando el sol se pone)* estudia uno de los problemas más debatidos en la actualidad, el adulterio, con vistas a la emancipación femenina. Cerca de Cristianía vive la familia del doctor Grunth, médico militar: el doctor; su mujer, llamada Estefanía; sus hijos y el padre del doctor, capitán de marina, retirado. Este nota el primero la extraña conducta de su nuera y pone al lector en autos de lo que ocurre; y el lector presencia el cuadro de una familia en la que poco a poco se va infiltrando, como germen de disolución, la traición conyugal.

El autor no habla del adulterio, pero lo describe por reflexión, siguiendo paso a paso las transformaciones que todos los miembros de la familia sufren bajo la sugestión de la falta cometida por la madre. El hijo huye de la casa; una de las hijas se niega a casarse, avergonzada por la afrenta de que su madre la hace víctima; por último, el doctor Grunth sabe que su esposa mantiene secretas relaciones con el banquero Wingaard y toma inmediata venganza. Viene Estefanía a la cita convenida con el banquero en una *villa* que este tiene sobre el *fjord* de Cristianía, y luego que bebe una copa de licor que estaba allí dispuesta de antemano, cae presa de violentas convulsiones. El banquero corre en busca del doctor Grunth, que es el médico que hay más a mano, y le explica cómo su mujer se ha puesto súbitamente enferma y ha tenido que refugiarse en la *villa* para que allí le presenten auxilio. Acude el doctor, pero es demasiado tarde: su pobre esposa ha muerto ya a consecuencia de la ruptura de un aneurisma, según el mismo esposo declara.

Solo el padre del doctor sabe la verdad, porque su hijo le dice al volver: «Ha tenido lugar un juicio de Dios y Dios ha juzgado». Así *ventila* su casa el doctor Grunth. No sabemos lo que hubiera hecho de hallarse en el caso de Helmer, el esposo de Nora; pero probablemente no le hubiera dejado marcharse y abandonar la familia. El caso no es el mismo, porque Estefanía no se emancipa, sino que engaña; pero en la ejecución fulminante de la adúltera se nota el poco caso que Lie hace de las alharacas del feminismo, patrocinadas por Björnson.

Con más franqueza se declara en contra del nuevo estado social, creado en Noruega por los reformadores, en su *nutidsroman* o novela contemporánea *Niobe*. En esta obra pone Lie frente a frente dos sociedades: la antigua, «de su tiempo», representada por un matrimonio honrado y trabajador que, sin meterse en honduras ni reformas ni novelerías, gana una fortuna regular, suficiente para vivir a la buena de Dios; y la moderna y flamante, simbolizada por seis hijos de ese matrimonio, los cuales, conforme van creciendo, van haciéndose buenos los unos a los otros, de puro malos que todos son. De los varones, el uno es un desequilibrado, reformador de la Humanidad, el otro es un John Gabriel Borkmann en embrión; es decir, un loco atacado de la manía de las grandezas económicas; y el último es aficionado al estudio de las sustancias explosivas y prepara, sin saberlo, la espantosa catástrofe final. En cuanto a las niñas, están al corriente de todas las «nuevas ideas», y una no se para en las ideas, sino que es entusiasta del amor libre. El conflicto se presenta porque el segundo de los hijos, comprometido en malos negocios, va a declararse en quiebra. El padre no puede soportar esta deshonra, y dejándose llevar de un arrebato momentáneo, prende fuego a los depósitos de madera de su hijo para que el incendio encubra la bancarrota. Después de cometer el atentado, se envenena. La madre pretende entonces hacer frente a la situación; pero cuando, reunidos todos sus hijos, ve que ninguno es capaz de ayudarle y que todo está perdido, incluso el honor, penetra en una habitación, donde su hijo, el anarquista en agraz, guarda algunos cartuchos de dinamita. A poco la casa vuela, y ella con sus hijos queda sepultada en los escombros. «Riete», como el doctor Grunth, no se ha andado con rodeos, y la juventud noruega ha sufrido su correspondiente juicio de Dios. Lie es un hombre expeditivo.

No es Lie un espíritu muy feliz para inventar y sostener una complicada urdimbre novelesca, y no sería difícil hallar en algunas de sus obras ciertos puntos de semejanza con las de autores extranjeros; sin embargo, esto es de valor accidental, puesto que lo característico en él es el realismo pictórico y delicado, al modo de Daudet, no la fuerza de inventiva, ni la acción complicada, ni la habilidad en el manejo de los muñecos. Sus obras más perfectas son las más sencillas. Después de *Naar sol gaar ned*, publicada en 1895, vinieron *Dyre Rein*, el 96, y *Landelin*, que acaba de salir a luz; pues, a pesar de sus setenta años, Lie escribe tan fresca y metódicamente como hace treinta. *Dyre Rein*, en historia *fra eldefars hus* (historia del tiempo de nuestros abuelos), es un modelo de novela al estilo de Lie. La acción está explicada en dos palabras. El juez Orning vive en un retiro arrinconado, escondido en las

montañas, con su mujer y cinco hijas. La menor, Mareta, está prometida a uno de los empleados del tribunal, llamado Dyre Rein; y entre ambos se desarrolla el «idilio trágico», que así debía titularse esta novela, con mejor razón que *Un idilio trágico*, de Bourget. Porque Dyre Rein, naturaleza poco comprensible para nosotros, es un pietista, un espíritu dominado por la alucinación religiosa y el terror a los castigos sobrenaturales. Uno de sus antepasados cometió un crimen que quedó impune, y Dyre Rein cree que él ha de sufrir el castigo, puesto que, según la Escritura, las faltas de los padres caen sobre los hijos y se transmiten de generación en generación. Dyre Rein lucha entre su amor a Mareta y su temor de asociarla a la pena irremediable a que se siente condenado, y la noche antes de la boda se suicida arrojándose a un torrente. No puede darse más simplicidad en el argumento, y, sin embargo, basta para animar una admirable evocación: una reconstrucción de la vida, y no a la manera de los antiguos cultivadores de la novela histórica, sino penetrando más hondo y pasando del parecido exterior de las figuras y ropajes a otro más esencial, el del espíritu, en lo que contados artistas aciertan.

Jonas Lie es el tipo de esos literatos ejemplares que, sin pretensiones de renovar ni el arte ni las ideas, aceptan una forma que se ajuste a un modo de ver personal, y se aplican a dar cuerpo a la sociedad en que viven. Si alguna vez se aparta de su época, no es para profetizar ni para adelantarse a los acontecimientos: es para dar algunos pasos ateos y lamentarse de las cosas buenas que se fueron. Examinando uno a uno sus libros, ninguno nos hará pensar que su autor es un genio extraordinario; pero vista la obra en conjunto, hay en ella materiales para conocer plenamente la vida noruega durante un siglo, y quien tal hace tiene derecho a que se le considere como una figura literaria de primer orden y méritos para ocupar en el porvenir un puesto más alto que el que ocupan muchos meteoros del arte que en Noruega, y en otros países que no son Noruega, deslumbran durante algún tiempo con el brillo de una originalidad enfermiza, y desaparecen luego dejando tras de sí una obra oscura e inútil.

Björnstjerne Björnson

Uno de los críticos más reputados de Europa y el más autorizado de toda Escandinavia, el doctor Georg Brandes, en sus estudios literarios sobre las figuras más salientes de nuestro siglo, coleccionados bajo el título de *Moderne Gelster (Espíritus modernos),* ha trazado el siguiente paralelo entre los dos escritores más célebres de Noruega, Ibsen y Björnson:

«Henrik Ibsen es un poeta austero, como los viejos poetas del pueblo de Israel; Björnson es un profeta, el profético anunciador de tiempos mejores. En el fondo de su espíritu, es Ibsen un poderoso revolucionario. En la *Comedia del amor*, en *Casa de muñecas*, en *Espectros*, fustiga el matrimonio; en *Brand*, la Iglesia del Estado; en los *Puntales de la sociedad*, la sociedad burguesa de su país. Cuanto toca queda destruido bajo su crítica honda e implacable, sin que sobre los montones de ruinas que su pluma va dejando se vea aparecer ninguna forma nueva de organización social. Björnson es un espíritu conciliador, que hace la guerra sin saña. Pudiera decirse que sobre sus poesías luce un sol primaveral, mientras que las obras de Ibsen, con su profunda gravedad, permanecen ocultas en la sombra. Ibsen ama la idea, las consecuencias lógica y psicológica que impulsan a Brand a salir de la iglesia y a Nora a abandonar el hogar doméstico. El amor a las ideas en Ibsen se traduce por amor a la Humanidad en Björnson».

Este juicio fue escrito en 1882, cuando Björnson era considerado como jefe de la literatura noruega, e Ibsen casi como un extranjero; hoy es Ibsen el maestro y amo indiscutible, y el mismo Brandes no se atrevería a compararlo de igual a igual con Björnson; pero los caracteres asignados a ambos continúan siendo los mismos, y las facultades proféticas de Björnson más bien se han acentuado, bien que ahora no anuncien lo mismo que antes anunciaban.

Conocí yo a un diplomático que tenía también la manía de profetizar, y que lo conseguía con buen éxito por un medio muy sencillo. Ocurría alguna novedad de la que tuviera que dar cuenta al gobierno de su país (no diré de qué país), y en vez de dar la noticia como los demás mortales, se valía de un

hábil rodeo. Anunciaba primero con dos o tres fechas atrasadas que tal cosa iba a ocurrir, fundándola en ciertos detalles que exponía con gran sagacidad, y después recibían una segunda comunicación en la que hacía ver cómo sus anuncios proféticos puntualmente se habían realizado. Fácil es precaverse contra estos engaños, con solo mirar la fecha del sello del correo; pero es más fácil que se olvide mirar, y hay quien utiliza estos pequeños olvidos del prójimo para ganar fama de adivino.

Cuando Noruega se separó de Dinamarca, comenzó brutalmente a tomar cuerpo el movimiento nacional iniciado por Welhaven y Wergeland, y proseguido por Björnson, Ibsen y tantos otros hasta nuestros días. A todos estos iniciadores pudiera aplicárseles la anécdota que se atribuye a Wergeland, «el sembrador», del cual se dice que llevaba los bolsillos llenos de semillas para irlas esparciendo por todas partes, e indicar así prácticamente la necesidad de sembrar ideas en aquel país atrasado y miserable. En realidad, lo que se hizo fue sacar a Noruega de la influencia danesa, y mejor pudiera decirse germánica, y sembrar las ideas de la Revolución francesa, colocando el país bajo la égida intelectual de Francia. Y así como el que siembra una haza de melones no necesita ser profeta para anunciar que allí nacerán melones y no calabazas, así los que sembraron las ideas de la Revolución sabían perfectamente que nacería, como había nacido en otros países, un movimiento democrático que no pararía hasta conseguir las libertades políticas y la emancipación de la mujer y de la clase obrera, del mismo modo que hoy, que se ve venir la inevitable corrección de ciertos excesos, se puede también profetizar en sentido reaccionario. La revolución en Noruega ha sido intelectual, y los escritores que la han dirigido sabían lo que iba a ocurrir, puesto que ellos mismos eran los autores. Björnson, que ha sido el portavoz o portapluma de todas las reivindicaciones, escribía no ha mucho, rectificándose: «La literatura individualista ha concluido ya su misión. A ella somos deudores de la emancipación de la mujer y de los esfuerzos para emancipar al obrero; por ella se ha despertado el sentimiento de la responsabilidad personal, y se han abierto nuevos horizontes al pensamiento humano y a nuestra concepción de la sociedad. Ahora debe esta literatura corregir los excesos que ella misma ha creado. Es cierto, con entera certeza, que un individualismo sin freno podría llevarnos a la brutal anarquía, al sensualismo, a las dudas de la decadencia, al desprecio de la libertad, del trabajo, de la verdad y de la ciencia, a no dejarnos otro refugio que un misticismo vago, una especie de entretenimiento malsano con lo infinito».

He traducido este párrafo, no solo para dar a conocer la especial fraseología de Björnson, sino porque en este hay que marcar dos personalidades: la del innovador literario y la del jefe del partido. Björnson es un propagandista político y tribuno de la plebe, y después que hizo su viaje a los Estados Unidos para aprender el arte de agitar a las masas, podría competir con los más resistentes demagogos. Su padre era párroco de aldea, y del padre heredó el hijo la vocación de misionero laico y el espíritu religioso que en él no es formalismo convencional, sino sentimiento sincero. A pesar de su independencia de ideas, se citan en él rasgos tan curiosos como un discurso pronunciado a raíz de la guerra francoprusiana, en el que explicó la derrota de los franceses como un castigo impuesto por Dios a su descreimiento y frivolidad, y el triunfo de los alemanes como una recompensa de la piedad luterana.

Como político y como escritor, Björnson es un romántico, y si con alguien se le puede comparar es con Víctor Hugo, aunque el noruego es un Víctor Hugo de segundo orden. La idea principal de Björnson fue constantemente convertir a su país en un factor importante de la cultura europea; de aquí sus trabajos múltiples, encaminados a crear en su país una cultura a la moderna. Desde sus comienzos aparece Björnson con este carácter, cultivando simultáneamente la novela, la poesía lírica y los diversos géneros dramáticos, y dando casi siempre más importancia que a las obras a la misión social que él les asigna. Las narraciones o novelas cortas con que comenzó su vida literaria, fueron como la revelación del hombre noruego, de un tipo real en oposición al artificioso de la literatura amanerada. Sus *Fortaellinger* no son cuadros pictóricos: son más bien comparables a las *bauernnovevellen* de Auerbach, aunque Björnson se identifica más con sus tipos; tanto, que en la más popular de estas narraciones, *Synnove Solbakken*, el héroe Thorbjon es el mismo Björnson, el cual antes de escribir había vivido la misma vida de los campesinos noruegos. En un renacimiento literario es esencial que el punto de arranque esté en el mismo suelo de la nación, y que los tipos iniciales sean tipos del pueblo, vistos como son, no idealizados y falseados al modo de los pastores de idilio y los campesinos de cromo. Solo cuando en una literatura abundan estos tipos reales, nativos, se puede confiar en un florecimiento artístico fecundo y durable; y la literatura noruega debe a Björnson el descubrimiento del verdadero carácter nacional, revelado, no solo en sus *Narraciones*, sino en sus poesías, y en general en todas las obras de su primera época. Sus poesías aventajan a las de sus predecesores Oehlenschlager, Tegner y el mismo Wergeland, en que están más cerca del

espíritu popular. Björnson ha escrito poemas de gran empuje, como su trilogía de *Sigurd*; pero sus mejores poesías son las baladas y canciones, algunas de las cuales se han convertido ya en canciones populares, que todo el mundo conoce. Entre sus poemas se cita como el mejor el de *Bergliot*, de asunto trágico. Bergliot es la esposa del caudillo Einar Tambarskelve, el cual, juntamente con su único hijo, ha sido vilmente asesinado; y el asunto del poema es la lamentación de la viuda y el lúgubre viaje que emprende llevando consigo los dos muertos amados. Hay en esta marcha algo que recuerda el final del *Erlkonig*, de Goethe, aunque en *Bergliot* es más cruda y más tosca la expresión del dolor, porque Björnson es un poeta natural que no busca la forma, sino que se expresa con espontaneidad.

Al mismo tiempo que como narrador y poeta se daba a conocer como autor dramático. Ha sido diferentes veces director de teatros, y aun se dice que podría ser un actor notable. Aunque había escrito varias obras escénicas, las primeras, representadas con buen éxito, fueron un drama histórico o arreglo melodramático de un asunto tan conocido como la vida de María Estuardo (*María Estuardo y Escocia*) y la comedia *De nygifte (Los recién casados)*. En la primera serie de trabajos de Björnson puede decirse que los más endebles son los teatrales, y, sin embargo, en la escena debía alcanzar su personalidad literaria el renombre de que hoy goza. Débese esto a la influencia de Ibsen, a la nueva dirección que este dio al teatro. Björnson es hombre de acción, más interesado en reformar y mejorar la sociedad que en componer obras de arte.

En su opinión, un libro que no edifica ni destruye, que no alienta al hombre en su lucha por la vida ni le hace la vida más fácil, es un libro inútil. Rechaza la doctrina de la moral en el arte; pero no para dar en la del arte por el arte, sino para caer en un arte filantrópico, que, a mi juicio, es el medio de encubrir bajo la capa del humanitarismo la importancia para crear obras de arte puro.

Al aparecer el drama de tesis, Björnson halló su instrumento de combate y se consagró casi exclusivamente al teatro. Escribe algunas poesías y trabajos novelescos (*Kaptejn Mausana*, relato de Italia; *Magnhild*), pero de carácter distinto que el de las primitivas narraciones. En *Magnhild*, por ejemplo, el autor presenta varios tipos falsos, con los que demuestra que hay que prescindir de la moral de la sociedad y atenerse a la moral humana, y que la mujer tiene el derecho y aun el deber de romper los lazos matrimoniales para

poner a salvo su dignidad moral. Por el estilo son sus comedias a la moderna. La primera fue *En fallit (Una quiebra)*, dedicada a fustigar a la gente de negocios. El estreno de *En fallit* fue en Noruega algo por el estilo del estreno de *El tanto por ciento*, de Ayala, en España: fue la aparición oficial en el teatro del mercantilismo de nuestro tiempo, con todos sus abusos y miserias.

A *Una quiebra*, que es la obra más teatral de Björnson, siguieron *Redaktoren (El redactor)*, destinado a vapulear fuertemente a la prensa; *Kongen (El rey)*, consagrado a demostrar que un rey, aunque sea bueno, tiene que influir perniciosamente en la sociedad, por la misma naturaleza de la institución monárquica; *Leonarda*, crítica general de la sociedad noruega; *En hanske (Un guante)*, donde se defiende la graciosa teoría de que la mujer debe estar convenientemente instruida para saber si su futuro llega al matrimonio en «estado de inocencia».

Yo confieso ser poco aficionado a las comedias demostrativas; y si me dijeran cuál entre todas las de Björnson me parece preferible, diría que ninguna de las representadas a partir de *La quiebra* vale lo que la pequeña comedia *De nygifte*, que cité antes, en la cual no se demuestra ni se fustiga ni se combate nada. El asunto de *Los recién casados* es sencillo. Laura y Axel se casan, y Axel exige, como es natural, que su esposa sea su esposa. Pero Laura, que ama más a sus padres que a su marido, con quien se ha casado más por seguir la rutina que por verdadero amor, no quiere dejar la casa paterna. Hay en Laura un conflicto entre dos amores: el amor a sus padres, que es el más fuerte, y el amor a su marido, que aunque existe no logra salir a luz. Axel, apoyado en su derecho, saca violentamente a Laura de la casa paterna; y para conseguir su intento de hacer comprender a su esposa lo que es el amor conyugal, se sirve de un intermediario escénico, de Matilde, «la amiga de la casa», que acompaña a los recién casados, y que, a modo de partera, con su ingeniosa intervención, consigue que Laura dé a luz su amor, y se arroje, por fin, en brazos de su esposo. Hay en esta comedia más artificio que psicología; pero el asunto me parece más legítimamente teatral que la demostración de que el negociante no debe arriesgar el dinero que le confían sus clientes, o de que el periodista no debe engañar a sus lectores.

Aún no he dicho nada de la última obra de Björnson, *Over Aevne (Sobre las fuerzas*, es decir, *más allá de nuestro poder)*, cuya primera parte data de 1883, y en la que el autor ha querido, sin duda, decir algo más trascendental que en todas sus obras precedentes. La primera parte de *Over Aevne* es

religiosa: versa sobre el milagro. El personaje principal es Sang, un creyente en toda la extensión de la palabra; un espíritu religioso, místico, casi iluminado por su ideal de virtud, pureza y santidad. Además de Sang, figuran su mujer, Klara, que está paralítica; sus dos hijos Rakel y Elías, y Hanna, hermana de Klara. Después de algunas escenas en que son presentados los personajes, Sang, que no es creyente fanático, sino piadoso y tolerante con los que no participan de su fe, anuncia que va a la iglesia a rezar y a pedirle a Dios un milagro: que envíe a la pobre paralítica un sueño reparador, y tras el sueño, la salud. Todos se quedan suspensos ante aquel anuncio; vase Sang, y a poco se oye la campana de la iglesia y Klara se queda dormida. *Mor sover!* (¡madre duerme!) repiten sin cesar Elías y Rakel, y el acto termina con este abejorreo que recuerda algo el estilo incoherente de *La intrusa*, de Maeterlinck. El segundo y último acto es la discusión del milagro, como una confrontación del hecho sobrenatural con el espíritu de la Iglesia constituida; además de los personajes del primer acto, aparecen, entre otros, el pastor Brett (el desconocido), el obispo y un coro sacerdotal. Se oye un «¡aleluya!» lejano, y todos lo repiten de rodillas. En este momento solemne aparece Klara, andando lentamente y dirigiéndose a su esposo, le dice: «Ven a mí, amado mío», y cae muerta. Sang acude a sostenerla y exclama, con tono infantil: «Pero esta no era la intención…». Y cae muerto también.

Y el lector se queda sin saber si ha habido, en vez de verdadero milagro, una doble muerte por sugestión, producida por el exaltado misticismo de Sang, o si el milagro está en que la salud que él pedía solo se halla en la muerte.

La segunda parte de *Over Aevne* es socialista. Los hijos de Sang tienen el idealismo, pero no la fe del padre, y su idealismo se transforma en acción. Rakel se consagra a cuidar enfermos, y Elías se convierte en redentor de la clase obrera. Organiza la resistencia de los obreros contra los fabricantes; reúnense estos en un palacio para formar una liga contra los obreros, y entonces Elías, imitando el ejemplo de su padre, se ofrece a sacrificarse por sus compañeros volando el palacio con dinamita. De esta suerte presenta Björnson en su drama una doble tesis contradictoria; pues de un lado ofrece un cuadro de la lucha entre capitalistas y trabajadores y se hace eco de las reivindicaciones del proletario, y del otro, convirtiendo a Elías en anarquista, demuestra los peligros que se corren al transformar un principio en acción. Todo esto sería más propio para tratado en un libro o en un folleto que en un drama; pero las corrientes de la época llevan al teatro las cuestiones sociales,

y no hay país que no tenga su correspondiente «drama del socialismo». No ha mucho se estrenó en París el drama de Octavio Mirbeau. *Les mauvais bergers*, que tiene algunos puntos de semejanza con el de Björnson, aunque el de Mirbeau tiene más realidad y más jugo, y no se halla tan recargado de «doctrina». Muy superior a ambos me parece el de Hauptmann *Die Weber (Los tejedores)*. Hay en este algunos personajes tendenciosos, como Jager, el militar que vuelve al pueblo y dirige la asonada popular, puesto allí, sin duda, para marcar cierto enlace entre el ejército y el pueblo; como el viejo Hilse, el obrero que predica la resignación y no quiere luchar, y al que una bala perdida le mata en su casa, puesto, asimismo, para indicar que nada se gana con la resignación; pero en conjunto el drama alemán es el más «dramático», y acaso dentro de un siglo, cuando cambie el estado social, pueda ser representado y aplaudido como un hermoso drama histórico. El drama del socialismo de Björnson es el más seco y el menos humano: Elías, a pesar de ser hijo de Sang, me parece inferior al *Juan José*, de Dicenta, en el que hay siquiera pasión, aunque sea del género sanguinario.

No es fácil dar a conocer en un artículo a una personalidad tan compleja y a ratos abigarrada como la de Björnson, el cual es como un compendio de todo lo bueno y de todo lo malo de su país. Así como Ibsen ha sido impuesto a Noruega por Europa, Björnson es una creación nacional; para mayor fortuna, habiendo nacido en el país de los osos, su fortaleza es la de un oso, y se llama oso por dos veces, pues el nombre Björnstjerne Björnson significa «Constelación de la osa mayor, Hijo del oso». En otro país hubieran dicho que un hombre que así se llamara estaba destinado a hacer el oso durante toda su vida, pero en Noruega son más serios, y ven en el nombre un simbolismo, la marca territorial de este innovador multiforme. Por esto Björnson no habla casi nunca en nombre propio; habla en representación del pueblo noruego, sin el cual se quedaría como un pez fuera del agua. «Yo quiero —ha dicho— vivir siempre en Noruega, aporrear y ser aporreado en Noruega, cantar en Noruega y morir en Noruega».

Henrik Ibsen

I

Visto en sus retratos, Jonas Lie, con su cara lisa y bonachona y su redondo bonete, podría pasar por un excelente maestro de escuela; de Björnson es sabido que tiene la mayor cantidad posible de oso; Ibsen, con su cabeza gorda, agrandada más aún por la cabellera y patillas blancas, encrespadas, se asemeja a un león. El símil no es solo ocurrencia mía, pues lo han utilizado ya muchos críticos, y alguno ha ido más lejos y ha asegurado que la semejanza es falaz, y que Ibsen parece un león, pero no un león de verdad, sino un león con melenas postizas. Este rasgo malévolo del crítico francés Teodor de Wyzewa lo anoto aquí en prueba de imparcialidad, para hacerme también eco de una opinión bastante extendida: la de los que creen que en la obra de Ibsen hay más aparato que consistencia. Tales se han puesto las cosas que ya no se puede ser ni hombre de genio. El criticismo destructor todo lo aniquila, y quien ayer era remontado por las nubes, hoy es arrastrado por el fango, sin que haya tenido tiempo siquiera para saborear su momentáneo triunfo.

En la reacción contra la literatura escandinava, particularmente contra Ibsen, personificación de ella, la mayor parte de la culpa corresponde a los mismos literatos escandinavos, que pretendieron presentar a Ibsen como un fenómeno nuevo en el teatro universal; poco se hubiera hablado y escrito si lo presentaran como lo que realmente es, como un gran autor dramático, comparable a Echegaray, a Dumas, a Hauptmann, no superior a ellos; pero hoy es difícil abrirse camino, y se suele acudir intencionadamente a la exageración en el aplauso para provocar la censura exagerada y despertar la atención del público indiferente.

Cuando Ibsen fue dado a conocer en Francia por Eduardo Rod, en el prólogo que escribió al frente de la traducción del conde Prozor, los naturalistas, por boca de Zola, se apresuraron a decir que Ibsen pertenecía a la vieja escuela romántica y que llegaba demasiado tarde; y esta opinión se ha

generalizado hasta el punto de que los más autorizados críticos franceses, como Lemaître y Sarcey, han partido de ella para combatir la influencia de Ibsen, en muchas de cuyas obras han visto un trasunto de las de Dumas y Sand, pasadas ya de moda. Otros han notado la rápida popularidad de Ibsen en Inglaterra, y han deducido de aquí que el dramaturgo noruego se ha formado bajo el influjo del positivismo inglés. Sin embargo, si aparte el mérito real de las obras de Ibsen hay algo que justifique el éxito que han logrado, este algo es la identificación de Ibsen con el estado de espíritu de la sociedad en el momento presente. La mayor originalidad de Ibsen está en que, nacido en un período romántico, no es romántico, y en que, sin hacer escala en el positivismo ni en el naturalismo, ha saltado a las avanzadas de la reacción. Ibsen es en el teatro lo que Nietzsche en la Filosofía; es un defensor exaltado del individuo contra la sociedad, y por este lado se aproxima a las soluciones del anarquismo; luego, por no someter la acción del individuo a ninguna cortapisa, cae en las mayores exageraciones autoritarias.

Nosotros los españoles no comprendemos bien este novísimo movimiento reaccionario, porque en España quedan aún muchos reaccionarios a la antigua que no han querido pasar por el arquillo de las conquistas democráticas; así, cuando alguien habla de reacción, es inscrito *ipso facto* en las filas del tradicionalismo, aunque predique la reacción en nombre del progreso. Porque lo original en los neorreaccionarios como Ibsen es que no se apoyan en las tradiciones ni en los privilegios, antes los desprecian; se apoyan en el fuero individual, en el derecho absoluto del individuo a luchar contra la sociedad y aun a destruirla para mejorarla. Para reformar la sociedad hay que reformar al individuo, y a este solo se le reforma dejándole que luche sin consideración a los daños que pueda producir a los individuos menos aptos para el combate. En una palabra, «la fuerza es superior al derecho», que dijo y practicó Bismarck con excelente resultado.

Así se comprende que Ibsen, fugitivo de Noruega, no encuentre en Europa lugar más a propósito para establecerse que la Roma de los Papas; no por simpatía, sino porque Roma era la única ciudad donde no había libertad al estilo moderno. Y cuando las tropas italianas entraron en Roma, Ibsen escapó sin tardanza, y escribió una carta que parecerá incomprensible a quienes han visto en Ibsen una especie de anarquista teórico: «Han quitado Roma a los hombres para entregarla a los políticos. ¿Dónde nos refugiaremos ahora? Roma era el único punto de Europa que gozaba de verdadera libertad: la

libertad de la tiranía de la libertad política…». Probablemente, pensaría refugiarse en Rusia, cuyo régimen autocrático le entusiasmaba en extremo.

El crítico Brandes refiere que, en una discusión con Ibsen (en la que este, como de costumbre, ensalzaba el sistema de opresión, por el que explicaba el brillante florecimiento de la literatura rusa), le hizo observar que en Rusia se podía aún apalear impunemente. «Usted tiene un hijo —le preguntó—. ¿Le gustaría a usted que a su hijo le dieran latigazos?». «Que se los dieran, de ningún modo —contestó Ibsen—; pero que los diera él, me parecería perfectamente».

Ibsen, pues, es un aristócrata; pero su aristocracia no es la de la tradición ni la del dinero: es la de la fuerza; y la fuerza a que él rinde parias no es la material, es «la del carácter, la de la voluntad, la del entendimiento». Los generosos apóstoles de la democracia, que cándidamente creyeron dar la paz al mundo consignando en leyes todos «los derechos del hombre», se quedarán ahora turulatos al ver que del seno de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad sale una generación de déspotas, ansiosos de utilizar todos esos derechos para desarrollar e imponer su personalidad, aunque tengan que pisotear a los débiles. Ya hemos visto de sobra lo que puede dar de sí la aristocracia del dinero; la de la inteligencia que ahora apunta será quizá peor, porque pretenderá dominar en nombre de esta o aquella verdad. Al sacerdote que decía: «Cree lo que yo creo», le sucede el genio pretencioso que dice: «Piensa lo que yo pienso». Un genio o un tipo así es Ibsen.

La idea fundamental de Ibsen vale poco, lógicamente, como vemos; pero lo lógico tiene poco que ver con lo dramático. Para triunfar en la escena hay que producir «un efecto» presentando situaciones en armonía con el estado del espíritu público. Si se quiere ser aplaudido «ruidosamente» hay que tener una gran dosis de picardía y conocer bien el terreno. Ibsen vio con gran claridad el cansancio democrático que la sociedad padece, el deseo universal de romper esta monotonía en que vivimos, y dio a la escena con gran oportunidad sus tipos revolucionarios de nuevo cuño. He aquí el secreto de toda su obra.

Cuando se estrenó en París *Nora*, dijo Sarcey que, suprimido el final del drama, este sería casi perfecto. Nora es perdonada por su esposo, y el público cree que la esposa se dará por satisfecha y la casa quedará como una balsa de aceite. Esto sería lo lógico. Pero, poco antes de caer el telón, Nora descubre

un nuevo carácter. El drama representado es un drama de mentirijillas, en el que aparece una «casa de muñeca», como solían ser las casas antes de Ibsen: Nora se ha visto a sí misma en aquella casa y se avergüenza de desempeñar el papel que allí desempeña, y de repente toma la decisión de abandonarla.

Este inesperado desenlace es lo ibseniano de la obra; sin él, poco o nada habría que decir. En *Gengangere* llega aún más lejos la audacia femenina. Fru Alving es la esposa que se sacrifica al cumplimiento de sus deberes; muerto su marido, le quedan de él dos retoños, a cual peor: su hijo Osvald, tan vicioso como su padre, y Regina, una hija que el señor Alving tuvo con una criada y que sigue en la casa como criada también. Osvald y Regina son los *gengangere*; es decir, las reencarnaciones o reapariciones (aparecidos, espectros, suelen traducir) de sus padres. Osvald se encapricha con Regina, y le dice a su madre que no puede vivir sin la muchacha: parecía lógico que una mujer que se ha sacrificado al cumplimiento del deber inculcase a su hijo este mismo sentimiento. Fru Alving, sin embargo, «descubre otro nuevo carácter», es decir, comprende la inutilidad de su sacrificio, se rebela contra él y quiere que su hijo sea feliz, asintiendo a que se case con Regina, aunque sabe que son hermanos. Y se casarían si no anduviera por medio el pastor Manders, encargado de hacer entrar en razón a la madre sin escrúpulos.

Muchos críticos, entre otros el francés Lemaître, dudan de la realidad de estas mujeres de Ibsen porque desconocen la sociedad del Norte. Hay que vivir aquí algún tiempo para convencerse de que esos tipos están más bien atenuados. Las ideas de emancipación han producido en los temperamentos fuertes esa nueva moral revolucionaria, y en los débiles algo peor: una inmoralidad fría, reflexiva, calculadora, que descuaja al más terne. Hay tipos de inmoralidad que pudiera llamarse metafísica. En *Gengangere*, la criada Regina proclama su derecho a prostituirse; en *John Gabriel Borkman*, una aventurera del amor, Fru Wilson, emprende un viaje de placer en compañía del joven calavera Erhart y lleva consigo a una amiguita, porque sabe que el hombre es tan variable como la mujer, y que el mejor medio para que el libertino no se le escape es tener a mano «una suplente».

Los hombres de Ibsen son, por regla general, imbéciles, cuya misión es hacer resaltar la superioridad de las mujeres, pero en los hombres de verdad el rasgo constante es ponerlos solos, en lucha abierta con la sociedad: son individualidades exaltadas al modo que hemos visto en los tipos de mujer. Esto es instintivo en Ibsen. Su primera obra, el drama *Catilina*, era el estudio

de un carácter de un hombre aislado, representante de la antigua libertad romana, en pugna con una sociedad corrompida por el abuso de la fuerza. Su último drama, *John Gabriel Borkman*, representa asimismo a un hombre dominado por el afán de reunir mucho oro para realizar grandes empresas en pugna con la sociedad, que se atiene al texto de las leyes, con arreglo al cual Borkman es un banquero quebrado, un estafador. Borkman es el Conde de Lesseps en el asunto de Panamá. El vulgo se fija solo en que ha habido engaño; pero el que lo realizó, no por interés personal, sino por dar cima a una concepción grandiosa, ¿no tiene derecho a decir, como dice el protagonista del drama: «Yo he hecho lo que he hecho porque no soy un cualquiera, sino que soy John Gabriel Borkman»? Entre los protagonistas de la primera y la última obra, son numerosos los personajes en quienes se transparenta la idea capital del teatro de Ibsen; y la figura más acabada, aunque no la mejor, es la del doctor Stockmann en *En folkefiende (Un enemigo del pueblo)*. En este drama ha dado Ibsen forma a su idea favorita en la conocida paradoja con que la obra acaba: «El hombre más fuerte es el que está más solo».

Esta idea es un reflejo de la vida misma de Ibsen, puesto que él ha tenido que luchar y expatriarse y se ha formado en la expatriación y en el aislamiento. En un volumen de poesías (*Digte*), en el que el autor coleccionó varias composiciones, en general cortas y de pocos vuelos, salvo alguna muy renombrada, como la de *Terje Viger*, he leído un saludo del poeta extraviado al pueblo noruego en la fiesta del centenario, celebrada el 18 de julio de 1872, donde el autor declara que el principal motivo de gratitud que tiene para con su pueblo es la dureza con que este le trató y le impulsó a luchar y a ser grande, dándole en la expatriación «la sana y amarga bebida que fortalece».

Mit folk, som skaenkte migli dybaskalerk
den sunde bittre stylkedrik, hvoraf
son digter jeg, pa randen af min grav,
tog kraft til kamp i doegnets brudte straler…

Ibsen es un dramaturgo de formación lenta y penosa; su comprensión de los tipos noruegos no es en él espontánea, sino que parece nacer de un esfuerzo de la voluntad. Como el présbita solo ve bien a distancia, Ibsen comprendió a Noruega desde lejos: quizá si no hubiera salido nunca de su país, hubiese sido un autor mediocre, tal como nos lo demuestran las obras de su juventud.

II

Entre lo mucho que he leído estos días en la prensa con motivo de la celebración del septuagésimo aniversario del nacimiento de Ibsen (20 de marzo de 1828), lo único que me ha llamado la atención es el relato, publicado por un periodista de Copenhague, de una entrevista con la suegra (!) del insigne dramaturgo. La señora Thoresen, que no es una suegra vulgar, sino que es una escritora de nota, asegura que, cuando Ibsen entraba en su casa en calidad de novio, era un sujeto insignificante. La novia, al contrario, era una joven excepcional, una «naturaleza poética», y, a juicio de la suegra, en la transformación de Ibsen corresponde no escasa gloria a su mujer. Para mí es indiscutible que en la vida de Ibsen hay una gran influencia femenina, pues solo así se comprende que el pesimismo del autor se descargue casi exclusivamente sobre el sexo fuerte, y que, sin perjuicio de despreciar «en abstracto» a la mujer, la coloque de hecho muy por encima del hombre. Pero lo esencial es marcar ese desdoblamiento de la personalidad de Ibsen. Ibsen fue conocido en Europa cuando vivía lejos de su país; pero antes, cuando se ganaba el sustento trabajosamente como mancebo de botica o rodando por los teatros como director de escena en compañías de mala muerte, había dado a luz en forma embrionaria los elementos con que diera forma a su obra definitiva.

Sus primeras obras, escritas casi todas en verso o en prosa y verso, corresponden a muy diversos géneros y forman larga serie. *Catilina, Fru Yuger til Ostrat, Haermaendene pa Helgeland, Gildet pa Solhaug, Kaerlighedens Komedie*, *Kongs-Emnerme*, *Brand, Peer Gynt, De Unges Forbund, Keyserog Galilaeer* y *Samfundets Stotter,* precedieron a *Et Dukkebjem* o *Casa de muñecas,* en la que por primera vez se reveló el nuevo Ibsen, completamente formado ya. De estas obras, unas son de carácter histórico: *Catilina, Kongs-Emnerme (El pretendiente de la Corona)*; Emperador y Galileo, drama universal en el que el autor quiso resumir la historia del mundo; *La fiesta en Solhang*, cuadro de costumbres noruegas en el siglo XIV. El simbolismo está representado principalmente en las dos *poesías dramáticas*: *Brand,* en quien Ibsen crea candorosamente un tipo ideal de pureza cristiana, sin posible realidad en la vida, y *Peer Gynt,* que es la autobiografía del autor en sus años juveniles, cuando vivía en la casa paterna. El teatro de tendencia lo inician la *Comedia del amor (Kaerlighedens Komedie)*, en la que el autor se burla del matrimonio, y la *Alianza de la*

juventud (De Unges Forbund), sátira contra la juventud inepta, vacía y charlatanesca de *nuestro tiempo*. De todas estas obras solo he visto representar *Samfundets Stotter (Los sostenes de la sociedad)*, y aseguro que es mala: Ibsen moraliza contra las clases directoras como podría hacerlo cualquier papanatas. Las demás las he leído casi todas, y las encuentro viejas en comparación con las posteriores de Ibsen. La personalidad del autor fluctúa entre varias tendencias contradictorias: a ratos parece un moralista vulgar, a ratos un demoledor y a ratos un apóstol. La única obra ejecutada con maestría es *El pretendiente de la Corona*, y tampoco es realmente un drama histórico, como se titula, sino de psicología no exenta de tendencia.

En la segunda época no hay obras de carácter histórico: el drama de tesis con un sentido más realista y el simbolismo se funden en una sola pieza y crean lo característico y personal de Ibsen, la estructura *wagneriana*, si así puede decirse, de sus creaciones, en las cuales la unidad no es el resultado de una disposición convencional de las diversas partes de la obra, sino que está expresada en un concepto universal, en un *leitmotiv* que se extiende vagamente sobre diversos cuadros escénicos pintados con exactitud casi naturalista. En el teatro de Ibsen, la mitad o más del pensamiento del autor queda detrás de la escena y ha de ser *comprendido* por el espectador: en el Norte esto puede pasar, porque el público va al teatro a atender y a aprender, y lo mismo asiste a la representación de un drama que a una conferencia en que se le habla de religión, filosofía o historia; pero en el Mediodía la gente va al teatro a divertirse, a ver y a aprender solo lo que le entre por los ojos: nuestro teatro es escénico, no intelectual, y nuestro simbolismo no puede ser el simbolismo *de concepto* de Ibsen, sino el simbolismo *de acción* de *La vida es sueño*. Y dicho sea de paso, ¡cuánto más profundo, más bello y más comprensible no es el simbolismo de Calderón que el de Ibsen, ante quien se pasman algunos que no conocen nuestro teatro!

La fuerza, pues, de Ibsen está en ese simbolismo concentrado que anima a sus personajes y sugestiona el espíritu del espectador que lo comprende. En *Casa de muñecas* el sentido del drama se aclara solo en la última escena, cuando Nora abandona a su marido y a sus hijos. «Yo no soy la mujer que aquí hace falta… —le dice—: a ti te conviene una muñeca». En *Aparecidos* hay una larga y fatigosa escena, en la que discuten Fru Alving y el pastor Manders (los personajes de Ibsen discuten casi siempre). De repente se oye ruido entre bastidores, una silla rueda, y la voz de la criada Regina dice: «*Osvald, da. Er dugal! Slip mig!*». «¿Qué es eso?», pregunta el buen

Manders. Y la madre de Osvald, que recuerda acaso otra ocasión en que oyó las mismas palabras, aunque entonces la broma no corría entre Osvald y Regina, sino entre el padre del señorito y la madre de la criada, deja escapar la palabra *gengangere*, que nos da a entender que el asunto del drama es la famosa ley de la herencia, y que los hijos son capaces de reproducir la escena que tiempos atrás representaron los padres. De igual modo, en *Un enemigo del pueblo* el simbolismo del manantial de aguas corrompidas, o en *Vildanden la del «pato salvaje»*. En *Rosmersholm* la grandeza de la figura de Rebekka está en que es una encarnación del Norte, así como Ellida, en *Fruen fra Hafbet (La dama del mar)*, es un símbolo del mar. Y algún punto de relación existe entre el amor que Rebekka siente por Rosmer y la influencia misteriosa que ejerce en Ellida el «hombre desconocido» que ha de venir por el mar; es decir, la realidad que ha de venir a romper el misterio. En *Bygmester Solness (El maestro de obras Solness)*, el sentido íntimo de la alegoría está en que Hilde, la enamorada de Solness, no es una mujer real, sino la fuerza ideal impulsora del artista. Solness no es un hombre vulgar; pero la necesidad le obliga a construir «casas para hombres»; Hilde le incita a encaramarse en la torre de la iglesia; esto es, a remontarse a las alturas ideales; y cuando le ve caer y estrellarse, no se entristece, sino que exclama con acento de triunfo: «Llegó a todo, a lo alto, y yo oí arpas que sonaban en el aire. Él era el hombre que yo había soñado». Hasta a un tipo tan prosaico como *John Gabriel Borkman* halla Ibsen modo de espiritualizarlo. Borkman era hijo de mineros; en su niñez trabajó en las minas, y de este primer oficio le quedó la idea dominante de su vida; como el minero busca el filón venturoso que se esconde en el seno de la tierra, así Borkman vive soñando en el oro; a su afán lo sacrifica todo, incluso el amor, y cuando llega a director de Banco y se compromete en malas especulaciones, no se rinde a la evidencia ni se da por vencido, y muere delirando en sus grandezas soñadas. Hay en todos los personajes de Ibsen una mezcla rara de vulgaridad y de idealismo, algo que él mismo explica cuando en *Lille Eyolf (Eyolfito)* hace decir a Rita: «Nosotros somos hijos de la tierra». «Pero tenemos —contesta Alhmers, su marido— algo del mar y algo del cielo».

La primera obra que publicará Ibsen, según ha anunciado, será una historia de sus trabajos, en la que hará ver que todas sus obras obedecen a un plan preconcebido. Quizá sean algo así como el ciclo de los Rougon-Masquart, de Zola. Sin estar en el secreto, se nota en el teatro de Ibsen cierto ligamen, porque la idea fundamental es siempre la misma, porque parece que cada nueva obra contesta a las objeciones suscitadas por la precedente. Así, la

objeción capital contra Nora era el abandono que hacía de sus deberes conyugales. En *Gengangere,* Fru Alving huye también y busca al pastor Manders, de quien está enamorada. Este la obliga a volver al hogar, y la convence de que en la vida es necesario el sacrificio. Pero el sacrificio es inútil, porque no impide que Osvald sea tan vicioso como su padre, ni Regina tan perdida como su madre. Quizá Nora llevaba razón. *Enfolkefiende* y *Rosmersholm* responden a un mismo pensamiento. El doctor Stockmann rompe con la sociedad, y cree que al quedarse solo es más fuerte que la sociedad entera. Rosmer es también un solitario que no hace buenas migas ni con el *rektor* Kroll (la reacción) ni con Peder Mortensgard (la democracia); sus predicaciones son inútiles, y, a pesar de la nobleza de su carácter, solo consigue hacerse comprender de Rebekka, porque esta le ama.

Siendo el tipo favorito de Ibsen el hombre justo y fuerte que lucha contra la sociedad, ha tenido que presentar al lado de Rosmer y de Stockmann las desviaciones del tipo: Borkmann, que, llevado de su excesiva ambición, se hunde sin conseguir su intento, mientras su hijo Erhart, en quien cifraba su orgullo, se divierte alegremente con la señora Wilson. El egoísmo del hijo sobrepuja al del padre. En *Lille Eyolf*, el niño Eyolf muere ahogado, y su muerte es como un castigo del proceder egoísta de sus padres. Hay, por último, en esta serie de personalidades que aspiran a saltar por encima de la moral, de la ley o de la voluntad social, una muy interesante: la protagonista de *Hedda Gabler*, la obra maestra de Ibsen, a mi juicio. Hedda Gabler es lo que llamaba el novelista alemán Spielhagen una «naturaleza problemática», un problema sin solución, o sea una mujer que carece de condiciones para adaptarse al medio social; no es tan vulgar que se acomode a la vida rutinaria, ni su espíritu es tan elevado que se sobreponga a las rutinas; no es tan buena que se conforme con vivir modesta y honradamente, ni se atreve a ser mala por miedo al qué dirán: el autor la coloca entre un hombre de extraordinario mérito, Ejlert Loevborg, a quien Hedda no es capaz de comprender, y un pedantesco profesor, Joergen Tesman, con quien se casa sin estimarle. Y entre los rasgos contradictorios de figura tan anómala, el que la embellece y la hace simpática es el amor a lo bello, el amor a una muerte bella. Se dirá que su falta de condiciones para la existencia se traduce en la idea singular de suicidarse en una reunión de familia, después de tocar un vals en el piano.

Como *Mariana* es, en mi sentir, la mejor obra de Echegaray y más duradera, *Hedda Gabler* es la mejor obra de Ibsen. Porque en el teatro lo bueno y lo que dura es lo psicológico. Las cuestiones sociales pasan, y las que

hoy nos enardecen, mañana nos hacen bostezar. Y en el teatro de Ibsen, aparte otros defectos menores, como la afectación y cierta fraseología bíblica, que a ratos deslucen la naturalidad del diálogo, el punto flaco es la importancia excesiva que se da a los «problemas sociales». Sobre esto, y con referencia a Dumas, ha escrito el crítico inglés Archer una frase muy gráfica, que ahora recuerdo y cito para terminar: «Las obras que se proponen corregir abusos o reformar instituciones sociales pierden su virtud tanto más pronto cuanto más inmediato es el efecto que producen. Si no tienen otro principio de vitalidad más vigoroso, se hunden bien pronto en el olvido, como balas de cañón que mueren en la misma brecha que abrieron».

Arne Garborg

Garborg es un escritor sintomático. En todas las obras de arte hay un elemento de valor universal y permanente, que refleja lo que hay de permanente y universal en la vida humana, y otro elemento circunstancial, que se acomoda a las tendencias dominantes del espíritu público en cada época; el primero se pudiera decir que es como el cuerpo de la obra, y el segundo el ropaje. Por vigoroso e independiente que sea un artista, no podrá jamás librarse en absoluto de las influencias de su tiempo y por mucho que se remonte y se separe de la sociedad en que vive, siempre dejará traslucir en sus creaciones algo por donde se descubra el ambiente ideal en que el autor ha respirado. Pero así como hay artistas que trabajan para desasirse del medio, para dar a sus tipos la máxima humanidad que sea posible darles, a fin de que no envejezcan pronto y de que al perder su interés de actualidad no se conviertan en maniquíes, así hay también quienes, dotados de sensibilidad más intensa o menos disciplinada, se dejan dominar por las corrientes del día y crean obras que son como espejos en que se retrata la fisonomía fugaz de las personas y cosas que van pasando. A estos les llamo yo escritores sintomáticos, puesto que sus obras valen, más que como creaciones artísticas, como indicaciones del estado intelectual y sentimental de la sociedad.

Arne Garborg representa en Noruega la reacción religiosa que ha sucedido a la decadencia o decadentismo, provocado por las exageraciones de la escuela naturalista ; y su significación no es aislada, puramente personal, puesto que en todas las literaturas se registra el mismo fenómeno, bien que con caracteres diferentes. El tolstoysmo en Rusia es esta misma reacción, que ha buscado su asiento en el cristianismo primitivo, transformándose en socialismo o comunismo evangélico. En Francia son muchos los novelistas que, por convicción o dilletantismo, vuelven los ojos a la religión, entre otros Rod, Huyssman y Bourget (este, principalmente, a partir de su *Cosmopolis*). En Dinamarca no ha mucho que el jefe de los decadentes o neorrománticos, Jörgensen, se convirtió al catolicismo, publicando, inspirado por sus nuevas creencias, libros tan notables como *Beuron* (descripción de este convento de benedictinos) y *Den yderste Dag (El día del Juicio)*. En Noruega todas estas

fases están personificadas en Garborg, de quien ha dicho Björnson que es un hombre cuyas creencias han viajado con billete circular. Comenzó por pietista; creyente fanático, se declaró más tarde librepensador, cayó luego en el escepticismo; regresó contento al hogar cristiano y aun anduvo cerca de la religión dogmática; y, últimamente, ha defendido las excelencias del tolstoysmo. En tiempos de más fe, un hombre de tan poca consistencia de ideas sería mirado con prevención; pero en nuestros días, como ha dicho el crítico francés Faguet, hablando de la conversión del cardenal Manning al catolicismo, es casi honroso para un hombre cambiar de religión, porque esto indica que tiene alguna, o por lo menos que está preocupado por la cuestión religiosa. ¿No es más triste la indiferencia de los que se ponen este o aquel rótulo religioso, solo por cubrir la fórmula y por evitarse quebraderos de cabeza?

Pero lo interesante no son las metamorfosis religiosas de Garborg, sino que cada una de ellas ha dado pie para alguna obra de importancia. Porque en los libros de Garborg el tema fundamental es el religioso, examinado desde diversos puntos de vista. Y los más valiosos, como obras de arte, son los que marcan el retroceso, la reacción en sentido cristiano, y casi podría llamarse católico, en particular su novela más discutida, *Trötte Menn (Hombres fatigados)*, donde el autor se propuso pintar, según sus propias palabras, «la agonía de la burguesía» materialista y escéptica de nuestro «fin de siglo», para concluir demostrando la inutilidad y aun imposibilidad de la vida divorciada de la religión, al modo que lo hizo en Francia Huyssman con su novela *En route*.

El héroe de *Trötte Menn*, el literato decadente Gabriel Gram, es un escéptico que dedica cuatro años a analizarse con una frialdad que para sí la quisieran los más templados microbiólogos; desde junio del 85 a abril del 87 va consignando en un diario sus autoobservaciones, unas veces dispuesto a gozar de la vida, cometiendo los mayores disparates, otras decidido a saltarse la tapa de los sesos.

Los otros «hombres fatigados» son dos amigos de Gram: Georg Jonathan, un *yankee* en el que el autor significa el materialismo brutal y cínico, y el doctor Kvaale, o sea la desvergüenza científica. Los dichos y hechos de estos tres personajes, consignados puntualmente en el diario de Gram, son un alegato implacable contra la cultura moderna, un análisis angustioso del desquiciamiento espiritual de tres hombres o, mejor dicho, de una sociedad

que muere por consunción de sus ideas. En estos últimos tiempos hizo fortuna la famosa «bancarrota de la ciencia» de Mr. Brunetière. Garborg proclama la bancarrota de la ciencia, la de la política, la del arte y aun la de la sociedad entera. Quizá la única afirmación con que en este libro nihilista se contiene es la que cierra su última página: «los que se hallen fatigados de la vida deben ir en busca de un sacerdote». Garborg no habla de ninguna religión en particular, pero lógicamente se deduce que los que, gobernados solo por la razón, se desquician y pierden energía necesaria para sobrellevar dignamente la carga de la existencia, no han de volver a la religión de libre examen, sino que han de refugiarse en una religión dogmática, que los libre de una vez de la inquietud y la pesadumbre de la duda.

No es ciertamente Garborg el único que juzga con mal talante la civilización que gozamos o padecemos; abundan los malavenidos y los reaccionarios o revolucionarios a contrapelo. Sin embargo, Garborg no es un propagandista ni un novelista vulgar; en cuanto escritor, es considerado como «la mejor pluma de Noruega» y, como crítico, quizá no haya quien le supere en profundidad y agudeza. Sus obras novelescas tienen este sello del criticismo que constituye la personalidad de Garborg, desde que se dio a conocer, hace más de veinte años, con un notable estudio crítico sobre Ibsen, hasta su última obra sobre Lie, publicada con motivo de las fiestas celebradas en honor del viejo novelista. Y, en el estudio sobre Ibsen, está la clave de todos los trabajos del mismo Garborg.

Un carácter constante de las sociedades decadentes, o de las que comienzan a renacer, es el desconocimiento de sus hombres. El espíritu nacional sumido en la inconsciencia arroja fuera de sí las fuerzas inteligentes que resisten al descenso, o que inician una nueva dirección. Falta la inteligencia, o la voluntad, y cuando surge alguien que da pruebas de tenerlas, se le señala con el dedo, y se dice: «Ese no es de casa; ese es un perturbador», y no falta quien pida que se conduzca al desdichado a la frontera y se le despida a puntapiés, para que la nación pueda vivir en paz. Algo de esto le ocurrió a Ibsen en su país; porque se creía que en el país no encajaban bien sus ideas. Se reconocía su mérito, pero se le consideraba como a un extraño. Garborg fue el primero que demostró que Noruega era un país metafísico y que Ibsen no solo había nacido en el país, sino que debía nacer en él y era natural que naciera. La originalidad de Ibsen estaba en que sus personajes tenían ideas y a veces eran ideas; su simbolismo era filosófico, y fue preciso

convencer a los noruegos de que en Noruega podía nacer, entre las rocas peladas, el hombre-idea de Ibsen.

En este punto, como dice Geigerstam, uno de los críticos de Garborg, este trabaja por cuenta propia, porque su temperamento crítico le llevaba también a escribir novelas de ideas y quería justificarse por adelantado. Así en su primera novela *Bodöstudenter (Estudiantes campesinos)*, donde traza un cuadro interesante de la vida de Cristianía, entraba ya en el terreno político y económico; su novela *Mannfolk* y su único ensayo dramático *De uforsonlige* eran, más que otra cosa, actos políticos. Sus obras de más puro carácter psicológico son su novela analítica *Hos Mamma (En casa de mamá)*, una *Kvinnoroman*, como aquí dicen, o novela de mujer, en la que se describe un tipo de muchacha de provincia, con minuciosidad fatigosa, y su libro más celebrado, las cartas de *Jolbottnen*, autobiografía íntima de los dos años que el autor vivió en este pequeño retiro. En estas cartas se inicia la última evolución de Garborg, la que aparece en sus *Hombres fatigados* y en *Fred (Paz)*, novela de asunto igualmente religioso pero desarrollado en un cuadro de costumbres campesinas.

Además de crítico y novelista, es Garborg uno de los poetas más originales de su país. Su poema alegórico *Haugtusse* pertenece al género fantástico, pero Garborg interpreta el *trold* de un modo nuevo y sugestivo. El tema alegórico es el eterno; el de la luz luchando con las tinieblas; asimismo aparece el país de los gnomos, al que desciende la heroína Veslonoy; pero el cielo de *Haugtusse* no es solo una serie de descripciones de esta naturaleza fantástica, es también una psicología de lo humano en relación con lo imaginario, que al tomar cuerpo en formas diversas, ya atractivas, ya horripilantes, va excitando y poniendo en movimiento todas las fuerzas de nuestro espíritu.

Haugtusse, como las más de las obras en prosa de Garborg, está escrita en *maal*, dialecto hablado en el suroeste de Noruega y elevado por Garborg a la dignidad de lengua literaria. Este es otro rasgo importante de su personalidad, sobre el que haré alguna indicación para concluir. Aunque se dice literatura noruega y literatura danesa, en realidad ambas son una sola literatura, puesto que, salvo pequeñas diferencias, el lenguaje literario es el mismo, por haber quedado el danés como lengua oficial de Noruega. Los escritores noruegos, que iniciaron el movimiento de separación intelectual entre Noruega y Dinamarca, escribían en danés y tenían su centro de operaciones más en

Copenhague que en Cristianía y desde Copenhague partieron, con Ibsen a la cabeza, a la conquista del público europeo. Garborg creyó, con razón sobrada, que la independencia intelectual exigía como complemento la independencia en el idioma y que, prescindiendo de este motivo, había otro de mayor fuerza aún. La novela moderna exige, ante todo, la verdad artística, y la verdad exige que se haga hablar a los personajes en la lengua en que hablan realmente. Habrá, sin duda, un interés político en que disminuya el número de las lenguas, las cuales son la causa constante de antagonismos y dificultad grave para donde se hablan diversas lenguas o dialectos. Y tanto es así, que no hay nación donde no exista una «cuestión de lenguas», forma embozada en que salen a la luz divergencias más profundas. Pero si políticamente están los hombres interesados en servirse de un solo idioma, ya que no en todo el mundo, en grandes demarcaciones, artísticamente tienen un interés no menor en hablar en su lengua natural.

Quien quiera que conozca los malos ratos que se pasan para expresar una idea miserable en la lengua que más a fondo se domina, no ha de ser tan desalmado que critique a quien escribe en el idioma o dialecto en que piensa, so pretexto de que no es lengua regular u oficial. Allí donde haya una docena de hombres que se expresen naturalmente en una forma de lenguaje, allí hay un verdadero idioma y si uno de esos hombres es artista debe escribir en este idioma suyo y no en ningún otro; que el arte tiene sus fueros y ha de buscar la mayor perfección posible, sin tener en cuenta consideraciones ajenas a su misión. Por esto, aunque la tentativa de Garborg ha dado lugar a vivas controversias, su triunfo es ya indiscutible, porque un hombre resuelto que tiene de su parte la razón, se impone siempre. Garborg ha tenido imitadores y hoy cuenta ya una literatura en «nuevo noruego» o *maal*, periódicos e imprentas y aun cátedra para la enseñanza científica del dialecto. De esta suerte, si como hombre de ideas puede imputársele a Garborg la introducción de algunas tendencias exóticas en la literatura noruega, como escritor tiene el mérito de haber creado una lengua literaria y de haber dado con ella un carácter más nacional al renacimiento iniciado por sus predecesores.

Vilhelm Krag

Para distinguir a un poeta versificador de un poeta pensador no se me ocurre comparación más exacta que la del titiritero y el cómico o si se quiere la del gimnasta y el actor. El gimnasta nos produce una impresión instantánea; nos sorprenden sus saltos atrevidos y sus extrañas dislocaciones, y aun hay gentes mal nacidas cuyo ánimo se queda en suspenso, más que por lo artístico de los ejercicios, por la probabilidad de que el gimnasta caiga y se estrelle. Pero no se cae, sino que sigue un día y otro repitiendo sus habilidades y concluye por aburrirnos. Su obra es mecánica, exterior y tan poco sugestiva como el movimiento de una polea. Vista una vez, ya está vista para siempre. En cambio el actor entra en escena y comienza, acaso, a decir palabras vulgares que hemos oído mil veces y que no estimulan nuestra atención; después, va tomando diversas actitudes y reflejando infinitos movimientos de espíritu y al final reconocemos que aquel hombre ha creado algo entre nosotros. Y volvemos a verle otra vez y cien veces, si es un verdadero artista, y siempre descubrimos en él algo nuevo, porque las formas de la idea son inagotables.

Así también el versificador nos sorprende con la armonía y la sonoridad de sus primeras composiciones y nos hace pensar que tenemos delante a un genio portentoso; mas, pasada la primera impresión, sus músicas nos parecen monótonas y aun la forma exterior que antes nos seducía se nos figura que, falta de idea interior, comienza a arrugarse como los vestidos que están mucho tiempo colgados en el clavijero. A la inversa, el poeta pensador es al principio prosaico y ni siquiera se diría que es poeta; solo cuando las ideas, trabajando en la forma, consiguen ajustar a su medida el ropaje poético, se cae en la cuenta de que «aquello» que empezó tan míseramente llevaba dentro de sí un germen robusto y de larga vida.

Por ambos caminos se puede llegar a ser un gran poeta. El versificador triunfante, pero ofuscado por el aplauso, suele quedarse en los comienzos. Hay poetas-fenómenos de diez o doce años que después son malos funcionarios públicos, y hay quien a los cincuenta años se da a conocer con un poema magistral. Zorrilla, que era versificador, fue aclamado poeta sobre

la tumba de Larra el día que a este lo enterraron, y con el tiempo, ahondando en el filón de nuestras leyendas históricas y populares, fue poeta grandísimo; Campoamor, médico y filósofo, empezó por escribir versos prosaicos, casi aleluyas, y creó al fin la dolora, que es poesía legítima, aunque murmuren los «clásicos».

Con esto que va dicho, se sabrá quién es Krag en cuanto anuncie que es un gran versificador que va camino de ser un gran poeta y que es ya el mayor entre los noruegos. Era casi una criatura en 1891 cuando publicó en el periódico *Samtiden* un poema breve titulado *Fandango*, que de golpe y porrazo le dio la fama de que goza y que continúa siendo su obra maestra. Krag fue en Noruega lo que Salvador Rueda en España; solo que Krag ha cumplido casi todo lo que prometía. Yo no conozco en lengua noruega nada tan perfecto como *Fandango*. Las poesías de Björnson son más fuertes y sanas; las de Bortker, en las que hay mucho de Heine, son más delicadas, y las de Vogt revelan más independencia de temperamento; en ninguno de estos poetas anteriores a Krag había hecho asomadas el decadentismo, que con él se inicia aunque en forma templada y así inofensiva, por ser Krag refractario a los refinamientos sensualistas que dan tono a la secta; pero Krag les supera a todos por la maestría suma con que expresa su «estado de espíritu» en rimas musicales.

Fandango es una poesía oriental, en la que el poeta acertó a encerrar su personalidad entera. El señor del harén ordena que se calle la atronadora música de los jenízaros y que entren las bailarinas tcherquesas; del cuadro de baile avanza Zerlina, el señor celebra sus encantos, pero ve en su rostro huellas de sufrimiento; es que Zerlina piensa en la muerte. La fiesta se transforma en una honda lamentación melancólica con su estrépito chinesco.

Las poesías de Krag son intraducibles, porque su fuerza principal reside en el ritmo. Véase, como muestra, una estrofa de *Fandango*, en que describe la aparición de las tcherquesas de pies desnudos, las que bailan al son acompasado y suave de las guitarras:

Tscherkesserinderne, tscherkesserinderne
lad dem kun komme!
ind skal de danse pa spaede sma fodder
til daempet musik

fra fjerne guitarer.
Surrende, kurrende, kjaelende toner
smilende, hvilende, hviskende toner
sanseliq soede;
Fandango!

El diálogo con Zerlina es de una delicadeza insuperable:

Zerlina, min terne, din hals er sa söd
dit öie sa sort
men dit öie er vadt, Zerlina, etc.
Zerlina, hija mía, tu cuello es tan fino,
tus ojos tan negros;
y en tus ojos hay lágrimas, Zerlina;
Zerlina, hija mía, tus labios son rojos
y tus mejillas suaves,
mas ¿por qué están tan pálidas, Zerlina?
¡Zerlina, hija mía, rosado es tu cutis,
tu boca tan pura!
Mas… ¿por qué te oigo suspirar, Zerlina?
«Oh señor, ya se acerca el frío otoño
y las rosas de Persia se deshacen
y en la corola del clavel hay llanto
y el amor muere, señor».

Son numerosas las poesías publicadas por Krag hasta la fecha. Yo tengo a la vista sus colecciones *Digte* y *Nie Digte* en las que ha reunido más de un centenar de composiciones breves, entre las que sobresalen sus *Cantos de estío* y sus *Nocturnos*. Tiene, asimismo, una colección de *Cantos del Sur (Sangre fra Syden)*; un poema en prosa *Natt* y una gran poesía dramática en tres actos *Vester i Blaafjeldet*; su obra de más empeño, aunque no la mejor. En esta ha querido dar nueva y personal forma a la idea del *Fausto* y en el desarrollo de la idea se notan afinidades con el *Peer Gynt*, de Ibsen. El Mefistófeles de Krag es Kaare Kvaen y su protagonista Joe Hoog es Fausto,

es Manfredo, es el Adam del *Diablo Mundo*, es, en suma, una reaparición del eterno tipo romántico.

No creo que el fuerte de Krag esté en estas filosofías. La cuerda que él toca como nadie es la de la melancolía de la muerte. Su genio, exótico en Noruega, se inspira mirando al país del sol, pero este no basta para destruir la tristeza ingénita de su temperamento. De ahí esa visión fugaz de una mujer luminosa que se deshace como las rosas de Persia. En realidad Zerlina, embriagada en luz y perfumes, no ha pensado nunca lo que Krag le hace decir; la idea de Krag nace de un contraste entre el Norte y el Sur, y este contraste es puramente lírico.

Muchas veces, en los barcos de vela que van con tablones al Mediterráneo y vuelven con sal de Ibiza, Cádiz o Torrevieja (siempre la prosa al lado de la poesía) he visto algún jovenzuelo, flaco y nervioso, que emprende la ansiada excursión al Sur, llevando por delante su guitarra puesta de mil moños. Luego vuelve contando con entusiasmo sus impresiones y punteando sin fin de canciones, ante todo serenatas. Así debió comenzar Krag.

Nosotros no comprendemos la atracción misteriosa que el Sur ejerce sobre el Norte.

—Tanto como nosotros pensamos en ustedes —me decía una muchacha de aquí—, y ustedes no se acuerdan nunca de nosotros, ni piensan siquiera en que existimos.

—¿Qué remedio cabe? —le contesté yo—. El pensamiento tiene horror al frío.

Knut Hamsun

En su estudio crítico *Le roman russe* ha expuesto el escritor francés M. de Vogüé una idea que no es solo aplicable a la literatura rusa sino a todos los literatos del Norte: así como en estos climas la naturaleza se adormece durante el largo período invernal y vive solo, aunque con vida muy intensa, en el estío, así también las artes se desarrollan sin continuidad y a un período de súbito florecimiento le antecede y le sigue un profundo sopor.

En Noruega el hecho es exacto, aunque a primera vista quede encubierto por la superabundante producción de literatura «importada» del extranjero. Aún viven los hombres del renacimiento noruego Ibsen, Lie, Björnson, Kielland y otros astros menores, y la tendencia dominante es, sin embargo, la decadentista. Lo lógico hubiera sido dejar que se agotara el período noruego; callarse durante unos cuantos años y esperar un renuevo genuinamente nacional; mas si en el Norte la germinación de las propias ideas es lenta, la actividad exterior es muy viva. El cosmopolitismo es tan radical que quiere acapararlo todo, sin distinguir lo bueno de lo malo, ni si lo malo o bueno concuerda o no concuerda con el carácter del país. Paréceme, por ejemplo, que el decadentismo, iniciado en los países donde se exageró la tendencia naturalista, es necio y absurdo en Noruega. El decadentismo es como una lamentación del ideal ante el triunfo de «los intereses», de la prosa, de la vulgaridad intelectual y de la literatura fotográfica: y en el Norte se lamentan sin motivo, porque aquí la fuerza impulsora es aún idealista. Existe el naturalismo; pero, aunque parezca increíble, lo han introducido los mismos decadentes.

La novísima escuela noruega no tiene, pues, su origen en la literatura patria, es cosmopolita y las dos tendencias más marcadas que en ella se notan son la naturalista (más la de Maupassant que la de Zola y, más aún, la de los escritores rusos) y la decadente. El iniciador de ella fue Garborg con sus *Hombres fatigados*, bien que Garborg no es en realidad un decadente, sino más bien el inventor del nuevo estado de espíritu, al modo que, en Rusia, Turgueneff, sin ser nihilista, sacó a la luz el nihilismo en su novela *Tierras vírgenes*. Casi todos los escritores noruegos que forman el moderno plantel

navegan en estas aguas; en algunos como Aanrud, Hilditsch y Thomas Krag (hermano del poeta) el carácter saliente es realista y ninguno de ellos ha escrito nada comparable a las buenas novelas y cuentos de Lie y Björnson. En este grupo, la personalidad más notable es la de Fru Amalía Skram, novelista y dramaturga de tendencias revoltosas, a cuyo lado la señora Pardo Bazán es, en punto a radicalismo literario, una niña de teta. Otros escritores como Jaeger, Finne y Hamsun son resueltamente decadentes.

Hamsun es el más fecundo y original entre los escritores nuevos. Nada he leído de Jaeger, cuyas obras están fuera de la circulación a causa de su obscenidad. Gabriel Finne no es tampoco un literato al alcance de todas las fortunas: aun sus *Juegos pecadores (Unge syndere)* y sus *Hijos del doctor Wang (Doctor Wangs sönne)* son ejercicios arriesgados de sensualidad. De esta última han dicho algunos críticos que es un libro bueno para producir náuseas. Lo cual no impide que encierre una tesis importante, la de la educación de los hijos, que el autor defiende sea confiada no a los padres sino a la sociedad. Hamsun es ante todo escritor hombre de ideas frescas. Su primer trabajo, publicado anónimo, fue atribuido a Garborg, con cuyo estilo y humor tienen los de Hamsun alguna semejanza. Sin embargo, el humorismo de Garborg es duro y concentrado como el de Swift, mientras que Hamsun, que ha vivido entre *yankees*, es humorista, excéntrico y superficial a la manera de Mark Twain, con quien el crítico inglés Nisbet Bain lo relaciona muy acertadamente.

El decadentismo de Hamsun se anuncia en la cubierta de sus obras. En *Redakter Lynge*, sátira contra la prensa, hay un arbolito podado en forma de bola, sobre la que descansa un repugnante sapo. Una mujer con un serrucho en la mano viene a aserrar el arbolito por cerca del pie. En *Sult (Hambre)* hay, sobre el negro fondo de la cubierta, un esqueleto humano; y por si esto no bastara pasan, casi volando, de derecha a izquierda, un sinfín de perros famélicos que van en busca de una tajada, que por lo visto no existe en el mundo. La obra es en efecto un estudio fisiológico del hambre, en un cuadro de la vida bohemia de Cristianía. Porque en Cristianía hay bohemios como en los buenos tiempos de Murger, y la mayor parte de los escritores jóvenes han pasado por ahí. Como Hamsun su *Hambre*, Garborg tiene sus *Estudiantes campesinos*, Jaeger su *Bohemio de Christianía* y Finne su *Filósofo*.

Más crédito que estas novelas primerizas y que sus estudios sobre América (*Det moderne Amerikas aandsliv*) y su colección de charlas

espirituales titulada *Mysterier*, han dado a Hamsun sus obras posteriores, en particular su novela *Pan*, en la que ha tratado un tema hoy a la moda, el mismo de *Multer Erde*, del alemán Mac Halbe, y de *Les deracinés*, del francés Maurice Barrès; hasta tal punto se trabaja para nivelar el espíritu europeo que no hay obra de importancia que no tenga su similar en todas las naciones. Este amor a la naturaleza, en España es también común de que se acerca una nueva degollina, por el estilo de la francesa del siglo anterior, pues los enternecimientos de la humanidad cuestan siempre muy caros. *Pan* es un cántico a la naturaleza y la historia de un hombre que, harto del mundo y convencido de que sus males se curarán volviendo al seno de la «tierruca» o echándose «peñas arriba», que diría Pereda, se refugia en lo alto de unos cerros, se decide a vivir como en los buenos tiempos del dios Pan. Todo iría bien si no existieran las mujeres; pero el teniente Glahn tiene la desgracia de tropezar con dos y de las dos se enamora, y la que no le engaña se muere. Glahn cree entonces que la paz soñada es un desvío y se va a América, en cuyas salvajes praderas y en una casa no menos salvaje da fin a sus días. Este final parecerá traído por los cabellos, mas hoy se vuelve a la novelesca, y se leen con gusto estas extravagancias pintorescas; entre las novelas más leídas de los modernos autores ingleses están las de Meredith, y en una de ellas, si mal no recuerdo, la heroína tomó a última hora la determinación de curar heridos con cuyo motivo viene a España a prestar sus nobles servicios en las ambulancias del Norte, donde a la sazón había guerra civil.

No es posible determinar bien cuál será la personalidad definitiva de un escritor que, como Hamsun, está en evolución constante y escribe al año una o dos obras. También en el teatro ha hecho asomadas y su último libro *Aftenröde* está escrito en forma dramática. Un crítico amigo de Hamsun, Christiensen, le ha definido diciendo que es un escritor que posee admirablemente el arte de la conversación y que quiere ser poeta. Mas, a pesar de que su talento psicológico es poco profundo y sus ideas muy volubles, tiene una cualidad de gran valor, la que le ha granjeado el título de Dostoiewski noruego, la de conocer la miseria humana. Hamsun ha sido marino, obrero, emigrante y *cowboy* en los Estados Unidos y, en suma, se ha ido formando él solo, a fuerza de rodar por el mundo y es quizá, por la misma independencia de su cultura estética, el escritor joven de quien puede esperar más su país.

En lo tocante a su significación, como uno de los cabezas del decadentismo, ya he dicho que no hallo esta tendencia bien encaminada. Hay

en el decadentismo un lado bueno, el de ser una protesta contra el positivismo dominante; pero esta protesta hay dos modos de formularla; quejándose como mujeres, que es lo que hacen los decadentistas, o luchando como hombres para afirmar nuevos ideales. El decadentismo es cansancio, es duda, es tristeza, y lo que hace falta es fuerza, resolución y fe en algo, aunque sea en nuestro instinto; que, cuando nos impulsa, a alguna parte nos llevará.



ÁNGEL GANIVET, (Granada, 13 de diciembre de 1865 - Riga, Letonia, 29 de noviembre de 1898), escritor y diplomático español.

Se le considera, por su incertidumbre vital y por su angustia espiritual, precursor simbólico de la Generación del 98, proyectando su lucha interior en su visión de España en su obra Idearium español, donde interpreta a España como Virgen dolorosa rodeada de la cultura positivista y escéptica del siglo XIX.

Inicia sus estudios con retraso, cursando entre 1880 y 1890 el bachillerato y las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, consiguiendo siempre notas de sobresaliente. En 1888 empieza el doctorado en Madrid; se doctora, con sobresaliente y premio extraordinario, con La importancia de la lengua sánscrita, tras no serle aceptada otra tesis titulada España filosófica contemporánea.

Se presenta a las oposiciones al Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, que gana, y es destinado a la biblioteca del Ministerio de Fomento en Madrid. Se integra poco a poco en el mundo literario madrileño, e inicia una relación de amistad con Miguel de Unamuno en 1891, cuando estudian juntos para las oposiciones a cátedra de griego (que Unamuno conseguiría por Salamanca y Ganivet perdería por Granada).

En 1892 gana con el número uno unas oposiciones al cuerpo consular y es nombrado vicecónsul en Amberes, tomando posesión en julio; pasará cuatro años en la ciudad belga. Durante ese tiempo, se desarrolla intelectualmente: lee, aprende idiomas, aprende a tocar el piano y empieza a escribir. En 1895 es ascendido a cónsul y destinado a Helsingfors (actual Helsinki). En los algo más de dos años que pasa en Finlandia produce la mayor parte de su obra literaria. Posteriorment

Allí, fruto de una crisis espiritual, solo, tras las pérdidas de las últimas colonias de España y entristecido por la grave situación de su nación, cae en una profunda depresión que lo llevará a suicidarse tirándose al Río Dvina de Riga desde un barco (tras haber sido salvado en una primera intentona).